

El hombre **de** **Stalingrado**

A man in a dark suit is seen from behind, looking towards the colorful, onion-domed St. Basil's Cathedral in Moscow. The cathedral's towers and domes are painted in various colors like green, blue, and red. The sky is overcast and grey. The man is standing on a paved area with some trees and a fence in the foreground.

Robert Blake

**El hombre
de
Stalingrado**

Robert Blake

El hombre de Stalingrado 2019

©Copyright y edición de la obra: Robert Blake

©Todos los derechos reservados.

Prohibida su copia o distribución sin la autorización del autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Gracias por comprar este ebook.

INDICE

[CAPITULO I](#)

[CAPITULO II](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VII](#)

[CAPITULO VIII](#)

[CAPITULO IX](#)

[CAPITULO X](#)

[CAPITULO XI](#)

[CAPITULO XII](#)

[CAPITULO XIII](#)

[CAPITULO XIV](#)

CAPITULO I

Nueva York 1993

Mijail se levantó del asiento con una amplia sonrisa en el rostro, le dió un fuerte apretón de manos a su acompañante, cogió el maletín y salió del hotel Plaza.

Un fuerte viento ladeaba los arbustos de la quinta avenida, mientras oscuros nubarrones de un gris intenso presagiaban un fuerte aguacero.

Al salir a la calle Mijail Lukhov sintió la presencia de dos aguerridos tipos de rasgos eslavos que le seguían a cierta distancia; ni tan cerca como para no ser descubiertos ni tan lejos como para no perder de vista su objetivo, en ningún momento dudo de que se trataba de profesionales.

Mientras recorría el Midtown y atravesaba Little Italy pensó de ¿quien podía tratarse aquella vez? KGB, CIA, FBI, mafia. Cabía la posibilidad de que fuese cualquiera de ellos, con todos tenía cuentas pendientes del pasado, aunque los rasgos eslavos le hicieron suponer de que era alguien de su patria.

Durante unos segundos medito si subir a un taxi, coger el metro o seguir caminando hasta su hotel que se encontraba en el Downtown cerca del edificio de la ONU.

La caminata era larga, pero quizás de esa manera pudiera despistarles en un descuido.

Mijail Lukhov era un antiguo agente del KGB que había pasado varios años en Usa como agente doble; de rostro poco agraciado, fuertes espaldas y nariz prominente, con el paso de los años se había acostumbrado a la vida americana, aunque sin renunciar a sus fuertes convicciones políticas. Aunque los americanos sospechaban de sus actividades jamás consiguieron obtener pruebas que lo inculparan. Tras una desgraciada operación en Berlín en la que su amante perdió la vida deserto de la Unión Soviética y se vendió al mejor postor siempre que la suma fuese considerable.

Tras atravesar el concurrido parque de Washington Square donde intento desembarasarse de sus seguidores llegó hasta el Soho. Por un instante creyó perderlos de vista, para comprobarlo se detuvo en un exclusivo escaparate de una de las más prestigiosas boutiques de moda del barrio mas hipster de Nueva York.

Desde la luna de la fachada observó como uno de los individuos se comunicaba con un pinganillo. Un instante después los dos tipos aceleraron el paso, habían recibido la orden de atraparlo como fuera.

Mijail ya no era joven, había sobrepasado los cuarenta, pero solía correr cinco millas diarias y ejercitaba halterofilia desde su juventud, su fuerte musculación y haber dejado el tabaco le hacían conservarse en plena forma.

A lo lejos divisó el World Trade Center repleto de gigantescos rascacielos que parecían tocar el cielo con sus enormes y gigantescas cúpulas.

En aquella zona el fuerte viento apenas se notaba, los altos edificios impedían su entrada, tan

solo unas frías ráfagas se colaban entre la abertura de las calles.

Mijail era consciente de que aunque hubiesen recibido la orden de matarlo no se atreverían a hacerlo a plena luz del día. Debía evitar a toda costa callejones sin luz y lugares poco transitados, algo improbable ya que comenzaba a adentrarse en Wall Street el distrito financiero que controlaba la economía estadounidense y por ende la mundial.

Sin embargo, seguía sin encontrar una solución para deshacerse de ellos, no se le ocurría un lugar donde ocultarse, y no podía acudir a la policía; desde hacía años su ficha policial recorría las bases de datos de las diferentes agencias de inteligencia del país. Para Mijail era inviable abrir una cuenta corriente bancaria, toda transacción económica debía efectuarla en efectivo.

Por un instante, pensó entrar en algún establecimiento público, aquello le proporcionaría unos minutos para pensar que hacer a continuación. Mijail se detuvo en seco, respiró hondo y sopesó la situación con detenimiento.

Por el rabillo del ojo vio como un autobús se detenía en su parada unos metros más adelante, hasta aquellos momentos no se había planteado aquella opción, pero quizás no sería una idea tan descabellada.

Justo cuando el autobús se disponía a arrancar Mijail corrió con todas sus fuerzas y alcanzó la puerta mientras comenzaba a cerrarse. Los dos tipos que lo seguían se percataron de la maniobra, pero solo uno pudo alcanzar el vehículo a tiempo, al otro se le cerraron las puertas en las narices, mientras su compañero discutía acaloradamente con el conductor para que le dejara subir.

El chofer, un afroamericano de más de uno noventa de altura, le miró a los ojos con desprecio y le advirtió que si continuaba molestando detendría el autobús y avisaría a la policía. El eslavo desistió de sus amenazas y avanzó lentamente por el pasillo, no quería tener problemas con los agentes de seguridad. Un instante después encontró a Mijail sentado junto a la ventana del asiento más cercano a la puerta de salida. Consciente de que solo podía seguirlo hasta que decidiese bajar se limitó a observarlo fijamente durante un buen rato. Mijail le sostuvo la mirada, llevaba años trabajando con tipos de su calaña, y jamás se había dejado amedrentar por ningún mal nacido.

—¿Podría decirme adonde lleva esta línea? —le preguntó Mijail a una anciana que estaba sentada a su lado.

—A Battery Park —respondió—. La última parada es el transbordador a Staten Island.

Aquel descanso aunque breve, fue para Mijail como un sorbo de aire fresco. Aunque no duro demasiado, quince minutos más tarde bajo del autobús, mientras su perseguidor le iba a la zaga.

Cuando entró en el embarcadero vio como una enorme cola se formaba frente a la puerta principal, el ferry con destino al distrito más alejado de Nueva York estaba a punto de zarpar. El trayecto era gratis, por lo que desde hacía años se había convertido en una de las atracciones turísticas más demandadas de Nueva York, junto a los neoyorkinos que vivían en la isla y cogían el barco a diario, miles de turistas de las más diversas nacionalidades hacían el trayecto, era la forma más económica de poder disfrutar de unas increíbles vistas de la bahía de Manhattan y aproximarse a la estatua de La Libertad.

El ferry que partía cada veinte minutos salió del embarcadero cuando todos los pasajeros subieron a bordo. Mijail se situó en la popa, era el lugar más concurrido, desde donde se contemplaban las mejores vistas de la gran manzana.

Durante el trayecto se le ocurrieron innumerables opciones: la más atrevida fue la de lanzarse al agua y recorrer a nado la distancia que le separaba de la isla de Ellis justo antes de llegar a la estatúa de La Libertad, pero las bajas temperaturas de Nueva York a mediados de enero le hicieron desistir de aquella disparatada idea; habría muerto congelado antes de alcanzar su destino.

La segunda opción era acudir a la embajada soviética, pero suponía un enorme riesgo, ya que si era la KGB quien lo estaba siguiendo dictaría su sentencia de muerte.

La tercera opción era plantarle cara, el tipo se había quedado solo y no se le presentaría una oportunidad mejor. Mijail se lamentó de haber dejado su arma en el hotel, no quería acudir a la reunión del hotel Plaza dando la impresión de ser un matón de tres al cuarto.

Por último recordó que conocía a un tipo en Staten Island que regentaba un comercio al que una vez había hecho un gran favor; sin ninguna duda había llegado el momento de que se lo devolviera. El propietario era un judío de mediana estatura que regentaba una tienda de compraventa de oro en las inmediaciones del embarcadero. Su única duda es si podría confiar en él.

Al llegar a Staten Island, los pasajeros bajaron a ritmo acompasado, Mijail trató de confundirse entre ellos, pero fue inútil, en cuanto descendió por la pasarela que une el embarcadero con tierra firme ya lo tenía pegado a su talones.

Atravesó un boulevard repleto de restaurantes y bares con amplias terrazas con vistas al mar. Al llegar al final divisó en la otra acera el establecimiento que buscaba, estaba justo donde lo recordaba.

Cuando cruzó la calle se le iluminaron los ojos al ver las molduras de hierro forjado que decoraban el enorme luminoso de color amarillo que anunciaba la compra-venta de oro.

Mijail miró hacia atrás por última vez para comprobar a qué distancia estaba su perseguidor. Justo en ese instante sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó al suelo. Era la hora del almuerzo y la calle estaba desierta, en su afán por llegar lo antes posible a la tienda del judío se había alejado de las terrazas llenas de turistas.

El tipo que lo golpeó lo arrastró hacia el callejón más cercano y lo metió en una furgoneta azul metalizada.

Mijail se había olvidado por completo del segundo hombre que lo perseguía. El tipo tras perder el autobús había preguntado a varios transeúntes adonde se dirigía aquella línea. Tras averiguar que conectaba con el ferry de Staten Island no tuvo la más mínima duda de que subirían al barco. Llamó a la central y rápidamente lo recogió una furgoneta que atravesó Brooklyn y llegó a Staten Island antes que la embarcación.

Los dos tipos subieron a la furgoneta y se dirigieron al aeropuerto de Newark. Desde allí tomaron un vuelo privado de regreso a casa.

Mijail pasó el viaje de vuelta sedado. A mediodía el avión privado aterrizó en una diminuta base a las afueras de la ciudad. Los captores lo introdujeron en un coche y atravesaron una poblada urbe.

Aunque somnoliento poco a poco fue recobrando la conciencia y divisó desde la ventanilla un paisaje que le resultaba familiar, no tenía ni la mas mínima duda de donde se encontraba, aunque de momento no reconocía la ciudad exacta. La urbe estaba repleta de vetustos edificios de mediana altura de un difuminado color grisáceo que albergaban en su interior pequeñas viviendas donde habitaban tres o cuatro familiar por hogar.

Mijail había nacido en uno de aquellos edificios, aun recordaba con amargura su oscura juventud, su padre era un borracho que jamás estaba en casa, el vodka le hacía olvidar su mísera vida, mientras su madre lograba sacar adelante a sus seis hijos con lo que le proporcionaba el estado.

Llevaba diez años sin pisar la Unión Soviética, pero sabía que algún día tendría que regresar, desde su huida había dejado en el camino a numerosos enemigos, pero no entendía porque después de tantos años alguien reclamaba ahora su presencia, quizás algún documento que encubría una de sus numerosas operaciones había salido a la luz o alguien clamaba venganza por algún asunto del pasado.

Sea como fuere ya no había marcha atrás, en pocos minutos conocería la verdad, alguien había dispuesto un amplio dispositivo para atraparlo.

Poco después uno de los tipos que lo custodiaban le vendó los ojos, Mijail dedujo que se estaban aproximando a la guarida del captor y nadie ajeno a la organización podía conocer su ubicación.

El coche comenzó a balancearse, habían entrado en un camino de grava. El conductor detuvo el vehículo y sus secuaces lo bajaron a rastras, con los ojos vendados se quedó inmóvil sin saber qué dirección tomar.

—Continua —le ordenó el captor dándole un fuerte empujón en la espalda que estuvo a punto de acabar con sus huesos en el suelo.

Mijail comenzó a caminar en línea recta, cuando se torcía su acompañante lo agarraba por el brazo y lo reconducía en la dirección correcta. Durante el corto trayecto las fuertes pisadas sobre la grava le dieron a entender que se encontraba en un lugar poco transitado; no era demasiado arriesgado aventurar que se trataba de alguna granja a las afueras de la ciudad o presumiblemente de una cantera.

Poco después oyó voces, el acento le resultaba familiar, cada vez tenía más claro en qué lugar de la Unión soviética se encontraba. Mijail había nacido en San Petersburgo, pero conocía de sobra de donde provenía aquella peculiar forma de hablar.

El tipo más corpulento abrió una trampilla y lo condujo por unas diminutas escaleras. Luego

le ordenó que se detuviese, arrastró una silla y lo sentó a la fuerza.

Su compañero le quitó la venda de los ojos sin ningún miramiento, un par de luces al fondo lo deslumbraron en un primer instante, pero tras unos segundos de confusión observó que era un espacio donde reinaba la oscuridad, las luces apenas alumbraban un sótano con una fuerte humedad.

Por la escalera del fondo apareció un tipo de anchas espaldas y cabello ralo que debía rondar los sesenta. Llegó a la altura de los captores, intercambio con ellos unas cuantas palabras y se sentó frente a Mijail en una silla. Los secuaces se quedaron de pie a ambos lados, mientras varios tipos armados deambulaban por el sótano, aquel bunker parecía inexpugnable.

—Bien, Mijail —exclamó el tipo de cabello ralo.

Mijail lo miró fijamente, sin ninguna duda se trataba del jefe, conocía a muchos agentes de la Unión Soviética, pero estaba convencido de que jamás lo había visto.

Aun no se le había pasado por completo el efecto del somnífero, pero puso los cinco sentidos en atender las palabras de aquel tipo.

—¿Te preguntarás por que estás aquí?—comenzó a explicar—. Si hubieses realizado bien tu trabajo nos habrías ahorrado muchas molestias.

—¿Quien demonios es usted? —preguntó Mijail.

El jefe rio.

—Me habían asegurado que eras un tipo listo —le recriminó—. Creo que se equivocaban.

Mijail abrió los ojos de par en par y lo miró con inquietud.

—Hace un mes te contrataron para realizar cierto trabajo —respondió el jefe con tranquilidad—. Pero acabaste traicionándonos.

Mijail tragó saliva, comenzaba a comprender de qué iba aquel asunto. Desde el principio había sospechado que podía tratarse de aquello, pero jamás imagino que aquella organización fuese tan poderosa. Desde su llegada a Estados Unidos se vendía al mejor postor, sin importarles quien lo contratase, los encargos le llegaban a través de terceros, por lo que jamás preguntaba quien lo contrataba y cuál era el motivo.

—¿Con quien te creías que estabas tratando! —exclamó el jefe echo una furia dándole una fuerte patada a la silla.

Mijail comenzó a entender con quien se la estaba jugando.

—Se te contrato para eliminar un objetivo —añadió—. Y no solo no lo llevaste a cabo, acabaste aceptando un soborno por incumplirlo.

—No sé de qué me estás hablando —se defendió Mijail, que había conseguido esconder el dinero en el ferry de Staten Island pensando que aquellos tipos le perseguían para robarle.

Lo que desconocía es que sus captores le habían estado siguiendo desde su llegada a Nueva York y descubrieron como le entregaban el dinero.

El jefe abofeteó a Mijail y acto seguido uno de sus secuaces comenzó a golpearlo sin parar.

Cuando se detuvo, sangraba por una ceja y tenía el labio partido.

—Se te acaba el tiempo —le aseguró el jefe—. Solo queremos el nombre y te dejaremos marchar.

Mijail no creyó ni una sola palabra y guardó silencio.

El jefe le hizo una señal a su lacayo y este volvió a golpearlo.

—¿Se refresca tu memoria? —le preguntó mientras acudía impasible a la paliza que le estaban infligiendo.

Mijail aguantó de forma estoica una vez más.

—Continua —volvió a ordenar el jefe a sus hombres.

—Ya basta —suplico Mijail que había llegado a su límite tras recibir un nuevo puñetazo, no podría aguantar una nueva paliza.

El jefe se agachó hasta la altura de su rostro.

—¡El nombre! —grito a escasos centímetros.

Mijail susurró unas palabras y el tipo asintió satisfecho.

Tras una breve charla con sus secuaces se dirigió al fondo y subió por la misma escalera por la que había llegado.

Uno de sus hombres se acercó a Mijail, sacó un revólver de la chaqueta y le apuntó a la sien.

CAPITULO II

Venecia 1993

El avión de Sam aterrizó en Venecia a las siete de la mañana, hora italiana. Los semblantes de buena parte del pasaje denotaban un estado de somnolencia fruto del jet lag que afectaba a uno de cada dos pasajeros que efectuaba un viaje transoceánico.

Sam había recorrido muchos rincones del planeta debido a su trabajo, sin embargo, jamás había estado en la capital del Véneto.

Al salir de la terminal, las lanchas motoras que hacían las veces de taxis acuáticos esperaban a los pasajeros atracadas en el muelle para transportarlos al centro de la ciudad. Carter nunca había visto nada semejante.

Venecia se asemejaba mucho a una pequeña isla unida a la península por un pequeño brazo de tierra que la conectaba por carretera con el resto del país; la laguna circundaba tres cuartas partes de su perímetro. Sin embargo, la forma más rápida de llegar desde el aeropuerto era por mar.

Tras aguantar una interminable cola donde se escuchaba hablar en diferentes idiomas, un resuelto capitán le hizo señas para subiera a bordo.

—¿Americano? —preguntó al recoger el equipaje.

Sam, que continuaba con el jet lag, tan solo asintió levemente, se subió a la lancha y se sentó en la parte trasera. El piloto le hizo un par de preguntas mientras colocaba el equipaje, pero éste le respondió taciturno con monosílabos y leves movimientos de cabeza.

El tipo encendió el motor, que rugía como si fuera un auténtico fuera a borda, dio un fuerte volantazo hacia la derecha y una estela de espuma se dibujó en el gran azul.

En breves instantes, Sam Carter divisó a lo lejos la silueta de aquella hermosa ciudad que había sido la envidia y admiración de todos los viajeros desde el Renacimiento.

El sol aún bordeaba las turbias aguas de la laguna y ascendía entre los edificios creando bellas sombras al más puro estilo del claro oscuro en un lienzo del Barroco.

Cuando la lancha se aproximaba, Sam no pudo reprimir levantarse de su asiento ante la incomparable belleza de la entrada al Gran Canal.

Abrió la cremallera de su bolsa y extrajo la Pentax k1000 que desde hacía años le acompañaba a todas partes; además de su gran pasión aquella cámara era su herramienta de trabajo.

Desde que tenía quince años Sam Carter sabía que quería ser fotógrafo. Una tarde abrió a hurtadillas el sobre de correos que su padre recibía mensualmente de la revista National Geographic. En ella descubrió la famosa fotografía de Steve McCurry de «La niña afgana» que acabaría dando la vuelta al mundo en 1985.

Aquella inquietante mirada y sus penetrantes ojos verdes le hicieron sentir tanta pasión por el mundo de la fotografía que enseguida supo que era aquello a lo que quería dedicarse el resto de su vida. Su padres intentaron disuadirle de lo contrario, el mundo de la fotografía, al igual que el del resto de las artes, es un trabajo efímero donde un día estás en lo más alto y al siguiente estás

mendigando un puesto de trabajo en un periódico de mala muerte.

Firme de convicciones, Sam Carter continuó con su afición hasta convertirla en su profesión.

Al girar en la sinuosa curva que da acceso al ancho cauce del Gran canal, Sam reguló el objetivo focal en 35 mm, la distancia ideal que le ofrecía unos resultados más nítidos y disparó su cámara analógica en repetidas ocasiones. La velocidad de la lancha ofrecía ciertos problemas para guardar el equilibrio, pero Carter estaba curtido en mil batallas, y sabía de sobra que las fotos no saldrían desenfocadas.

Los hermosos palacios barrocos despertaron especialmente su interés, y con una velocidad inusitada consumió su primer carrete. A ambos lados del Gran Canal se levantaban más de doscientos palacios construidos desde la edad media hasta el Siglo XVIII. Su longevo cauce estaba atravesado por cuatro puentes, entre los que destacaba el soberbio puente de Rialto, que se inclinaba a su paso como si quisiera dar la bienvenida a todo el que visitaba aquella hermosa ciudad.

Al atravesarlo, una interminable hilera de los más prestigiosos restaurantes de la ciudad se abrieron a su paso.

A Sam le apasionaba fotografiar el patrimonio histórico de las ciudades, ya que no era su trabajo habitual, después de pasar por varias revistas, entre las que destacaba la agencia Magnum, se había dedicado al mundo de las pasarelas.

Para Sam Carter fotografiar modelos no era tan apasionante como conseguir una instantánea de guerra en la que captar el horror de la contienda o el sufrimiento de un niño desnutrido en un campo de refugiados, sin embargo, era un trabajo más duradero con el que podía pagarse la hipoteca.

La lancha motora derrapó frente al muelle que daba acceso a la plaza de San Marcos provocando numerosas olas que se rompieron al instante sobre enormes espigones de roca.

El taxista le ayudó a bajar la maleta, y se despidió de él con la misma rapidez con que había llegado.

De pie, mirando absorto las impresionantes dimensiones de aquella magnífica plaza, descubrió la principal característica de aquella ciudad:

«Una interminable riada de turistas que atravesaban sus calles a cualquier hora del día».

Le llamó especialmente la atención la elegancia que desprendían los edificios de aquella hermosa plaza, a la que llamaban la Piazza, y que Napoleón había bautizado como «el salón más bello de Europa»; el suelo estaba decorado con losas de piedra.

Sam volvió a sacar su cámara y observó con detenimiento los edificios que la delimitaban: a un lado el palacio Ducal, residencia de los Dogos de Venecia que habían ejercido la máxima autoridad de la ciudad hasta el siglo XVIII.

En el centro se alzaba majestuosa la Basílica de San Marcos, donde cuenta la tradición se hallaban los restos del apóstol. A su derecha el famoso Campanile, el punto más alto de la ciudad desde donde se avistaba la llegada de los barcos, y por último, la torre del Orologio, donde un soberbio reloj marcaba el calendario y el curso de los planetas.

Tras recorrer unos doscientos metros entre el incesante murmullo de la gente y aguantando

algún que otro codazo divisó al fondo de un oscuro callejón el rotulo de su hotel:

«Il condotiero de Venecia».

Al atravesar la puerta varios niños corrían por el vestíbulo formando jaleo mientras un par de turistas alemanes hacían el check-in.

A la izquierda había un pequeño salón con un par de sillones donde sentarse y una vetusta mesa de cristal de murano donde se amontonaban sin orden aparente diversas revistas sobre la historia de la ciudad.

Carter se acercó al mostrador y abrió la cremallera lateral de su trolley buscando la reserva de hotel.

El recepcionista le entregó la llave, y subió en un pequeño ascensor que le llevó hasta la cuarta planta.

En realidad Sam no había venido a buscar a ninguna celebridad, su única intención era encontrarse con Jennifer, una bella modelo que había conocido en una fiesta del Upper East Side.

Al abrir la puerta encontró una cama de madera de nogal, un televisor de apenas 21 pulgadas y un par de cuadros con bellos paisajes de Tintoretto.

Carter soltó en la cama su neceser y fue colgando su ropa en el ropero que había frente a ella. Miró su reloj y se sorprendió al ver que tan solo eran las once de la mañana.

Frente al espejo del baño comprobó que el jet lag había hecho estragos en su rostro, Sam Carter era un tipo alto y delgado, de media melena castaña, ojos marrones, y facciones atractivas, pero aquella mañana unas pronunciadas ojeras le recordaron que aquel viaje le había dejado huella.

Por eso, decidió que lo mejor sería esperar a que se pasara el jet lag, aquel día se lo tomaría de descanso, y al siguiente iría a visitar a Jennifer.

Tras descansar un rato se dedicó a visitar la ciudad como el resto de turistas.

A Sam le llamó especialmente la atención sus deslumbrantes escaparates, aunque en Nueva York estaba acostumbrado a contemplar sofisticadas representaciones, se sorprendió por el gran talento que demostraban los escaparatistas que decoraban las tiendas de antigüedades; sin embargo, la mayoría eran tiendas de souvenirs pensadas para el turismo, entre las que destacaban: soberbias mascararas venecianas, extravagantes sombreros, deslumbrantes cuadros, sofisticadas góndolas e infinidad de camisetas entre la que destacaba la típica camiseta a rayas.

En muchas calles se encontraban los ristretos, pequeños bares donde se podían degustar los platos típicos de la región, su tamaño se asemejaba mucho a las tapas españolas.

Tras un rato deambulando sin rumbo, Sam Carter llegó a la conclusión de que aquella ciudad no solo era la más bella de las que había visitado, también se dio cuenta de que todo estaba diseñado para el turista, era una ciudad peatonal en la que tan solo se podía caminar o trasladarse en lancha o vaporetto.

A media tarde, Sam se sentó agotado en una de las cafeterías cercanas al barrio de Cannaregio, uno de los más antiguos de Venecia y donde residen los venecianos autóctonos de la ciudad —gondoleros, comerciantes, artesanos y restauradores—, y que constituye un remanso de paz.

El censo oficial de Venecia no sobrepasa los cincuenta mil habitantes, pero todos los años visitan su ciudad más de treinta millones de turistas.

Allí sentado, frente a una pequeña mesa circular de un material que imitaba a la perfección al incomparable mármol de carrara, Carter saboreaba un expreso lungo con una ligera capa de crema que se deshacía en la comisura de los labios.

Mientras observaba aquella inmensa vorágine de turistas de las más diversas nacionalidades, una chica de larga melena rubia se acercó a él.

—Disculpa ¿eres americano? —le preguntó al fijarse en el libro de Tom Clancy que había dejado encima de la mesa.

Él asintió con la cabeza.

—Lamento molestarte. Pero estoy en un apuro.

Sam entreabrió los ojos esperando su explicación.

—Todavía no sé como ha ocurrido, porque soy muy precavida —explicó—, pero cuando he ido a pagar el bocadillo en una cafetería mi dinero había desaparecido.

—Hay que tener cuidado —respondió—. Esta ciudad parece segura, pero siempre hay ladrones de guante blanco sueltos.

La chica afirmó con la cabeza.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—Soy de Montana, pero ahora resido en San Francisco.

—¡Ah! ¡Montana! —exclamó Sam—. Búfalos y vacas

—Sabía que dirías eso —respondió con una bella sonrisa.

Carter le hizo un gesto para que se sentara.

—Mi nombre es Lisa Spencer —dijo alargando su mano.

Sam se inclinó hacia delante y se la estrecho.

—¿Has probado a ir a la embajada?

—Por desgracia esa era mi última opción —afirmó bajando la cabeza—. Debes rellenar un formulario, y... —hizo una breve pausa—, no sé si debería contarte esto, pero hace un par de años me escapé de casa y no quiero que sepan dónde estoy.

—Demasiadas vacas —contestó Sam con una ligera sonrisa.

Lisa soltó una carcajada.

Carter se sintió atraído por ella desde el primer instante, además de su franqueza Lisa era una chica que irradiaba vitalidad por todos sus poros, no sobrepasaba la veintena, tenía una sonrisa contagiosa y tan solo un pequeño defecto: unas grandes orejas que intentaba disimular con su largo cabello.

Aquella tarde vestía una falda de vuelo y un suéter ajustado, muy alejado de la moda de aquellos años.

Sam miró el reloj al ver que comenzaba a anochecer.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Seguro que solucionamos el problema.

—Gracias. Eres la quinta persona a la que pregunto y comenzaba a perder la esperanza.

—No dejaré que pases la noche en la calle —le aseguró.

Lisa le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—¿Y a qué te dedicas? —le preguntó.

—Estuve un par de años en Los Ángeles intentado ser actriz, pero tan solo conseguí un par de audiciones en una serie que ni tan siquiera se emitía a nivel nacional.

—No todo el que llega a Hollywood lo consigue —suspiró Carter.

Lisa asintió.

—Al final todo se arregló hace un año —prosiguió explicando— cuando comencé a salir con un tipo de San Francisco y me habló de una empresa que realizaba recorridos turísticos por la ciudad. Tras pensarlo durante un mes los llamé y conseguí el trabajo.

—Hiciste bien —respondió Sam—. Aún tienes tiempo para ser actriz, y mientras tanto tienes que ganarte la vida con algo.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí —contestó Lisa un poco sonrojada—, ¿y tú a qué te dedicas?

—Soy fotógrafo.

—¿En serio? Siempre quise dedicarme a ello.

Sam pensaba que para su corta edad había querido dedicarse a demasiadas profesiones al mismo tiempo.

—Debe ser un trabajo fascinante.

—Lo es —le aseguró Sam, acostumbrado a provocar aquella reacción en todo al que conocía—. Aunque como cualquier otra profesión también tiene sus inconvenientes.

Sam sacó de la mochila la última revista donde habían expuesto sus obras, la había comprado en el aeropuerto poco antes de embarcar a Europa.

Lisa cogió la revista y se puso a ojear sus páginas con sumo interés.

—Me encantan —confesó mientras contemplaba las imágenes—. ¿Siempre captas primeros planos?

—Algunos me achacan que tengo un enfoque un tanto minimalista de la realidad —sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo y le ofreció uno a Lisa, ella negó con la cabeza—, y quizás lleven algo de razón.

—Si te decantas por esa técnica será porque tiene sus ventajas.

—Las tiene —afirmó halagado al ver que estaba tan interesada—. Con ella consigo captar toda la belleza de los objetos. A veces paso horas esperando el momento oportuno para captar las luces y las sombras, es un trabajo que a veces lleva todo el día.

—¿Y estas fotos en blanco y negro? —preguntó Lisa al cerrar la última página de la revista.

—Con el blanco y negro es como si le arrancarás el alma a las personas. Se busca más la

expresividad de los sentimientos que la belleza de las formas, al igual que ocurría en la época helenística.

Lisa lo miraba embobada mientras explicaba las diferentes técnicas que utilizaba.

—¿Y qué persigues con tus obras?

—Como la mayoría de los artistas intento crear imágenes atemporales que vivan más allá de las páginas de una revista —repuso dando una fuerte calada a su cigarro.

—Algunas son realmente hermosas, yo diría que no se diferencian mucho de un lienzo.

Sam Carter sonrió, la chica parecía haber captado la esencia de su trabajo.

—Sabes, he llegado esta mañana a la ciudad y estoy un poco cansado —reconoció, aunque se sentía a gusto a su lado—, pero antes de volver al hotel necesito comer algo. ¿Te apetecería ir a cenar conmigo?

Lisa asintió encantada.

—Junto al Gran Canal hay una trattoria donde sirven las mejores lasañas de la ciudad. Ayer probé una con gorgonzola y trufas que estaba deliciosa.

—Suena bien —dijo levantándose de su asiento—. ¡A qué esperamos!

Cuando las sombras comenzaban a ganar la partida y una suave luz apenas se reflejaba sobre las oscuras aguas de la laguna veneciana, Lisa y Sam se dirigieron a la trattoria que había junto al Rialto.

Por el camino atravesaron la piazza y Sam se detuvo frente a la Biblioteca de San Marcos. Unas horas antes había pasado por su lado y había quedado hechizado por la armonía clásica de su fachada y su minuciosa decoración.

No pudo resistirse a sacar la cámara y realizó una serie de seis fotografías.

El restaurante era un lugar acogedor decorado con motivos marineros. Sobre varias garrapas de chianti se extendía una interminable maraña de redes de pescadores que colgaban de un bajo techo de color verde pistacho donde destacaba el ancla de un velero y dos remos dispuestos en sentido longitudinal.

Un camarero de afable sonrisa les condujo hasta una gran mesa situado entre varias isletas con un mantel a cuadros rojo y blanco.

Sam se dejó aconsejar por Lisa que ya llevaba varios días en la ciudad y pidieron una botella de lambrusco acompañada por unos aperitivos de marisco.

Como plato principal él pidió unos canelones rellenos de salmón y caviar que eran la especialidad de la casa y ella unos raviolis rellenos de setas y roquefort.

—¿Y por qué viajas solo? —le preguntó Lisa con las manos en el mentón y los codos apoyados sobre el mantel.

—Los fotógrafos solo tenemos vacaciones cuando finalizan los eventos, y todos mis amigos ya habían regresado de las suyas —respondió—. Además, tengo una buena amiga que participa mañana en un desfile de modelos en el Lido —a Carter le costó trabajo reconocerlo, ya que cada vez se sentía más atraído por ella.

—¿Una amiga especial? —preguntó Lisa inclinándose hacia delante.

Sam guardó silencio durante unos instantes, siempre había sido una persona reservada, pero aquella chica había sido tan honesta con él que consideró una descortesía no corresponderle del mismo modo.

—De momento tan solo nos estamos conociendo —reconoció al fin.

—Comprendo —murmuró Lisa—. Debe ser muy especial, cuando has viajado desde Nueva York y tan solo os estáis conociendo.

Carter esbozó una sonrisa, pronto comprendió que no solo era simpática también poseía una gran inteligencia.

Sam fue al baño mientras Lisa continuaba dando cuenta de sus raviolis. Cuando regresó vio que el vino estaba a punto de acabarse y pidió otra botella.

El camarero trajo un tinto espumoso y lo puso sobre de la mesa. Con un pequeño sacacorchos tiró con fuerza y golpeo sin querer el vaso de Sam, el vino que aún quedaba en su copa se derramó sobre sus pantalones.

—¡Stronzo! —exclamó Lisa hecha una furia al comprobar cómo había vertido toda la copa.

—Scusa signora. Signore, traeré un poco de gaseosa para limpiar la mancha.

—Es que en esta ciudad no os enseñan a servir una mesa —le recriminó Lisa que continuaba hecha un basilisco, arrastró la silla y volvió a sentarse.

—No te preocupes —dijo Carter intentando calmarla—. Llevaré el pantalón a la lavandería del hotel. De todas formas mañana iba a ponerme uno nuevo.

—Es que no soporto la incompetencia de la gente —se quejó Lisa.

El camarero regresó con la gaseosa y un antimanchas que guardaba en la despensa.

Cuando el tipo se marchó, Lisa proseguía fulminándolo con la mirada.

Sam se dio cuenta de que la chica también poseía un fuerte carácter. La cena prosiguió con los postres y un amargo licor de amaretto.

Pagaron la cuenta y regresaron por callejuelas en las que apenas había una tenue iluminación bajo el silencio de la noche veneciana.

Cuando llegaron al hotel el recepcionista les comunicó que no quedaban habitaciones libres. Les aconsejó un albergue que había a escasos doscientos metros.

Sam y Lisa se dirigieron al establecimiento bajo la ligera brisa que se había levantado al anochecer, las calles ya no estaban tan abarrotadas como antes, y la tenue luz de algunos callejones otorgaba un halo de misterio a la ciudad que no habían advertido hasta el momento.

La entrada del albergue era tan oscura que se asemejaba al interior de una cueva.

Un siciliano de nariz aguileña les comunicó que aún quedaban un par de habitaciones libres.

Cuando el tipo le dijo el precio de la habitación, Sam metió la mano en el bolsillo y sacó su cartera. Al abrirla se dio cuenta de que apenas le quedaba dinero en efectivo, se lo había gastado todo en la cena, puso cara de circunstancias y apenas miró a Lisa, aquel momento tan embarazoso no entraba en sus planes, por un momento se temió que la chica tuviera que pasar la noche al raso.

—¿Aceptan American Express? —preguntó con preocupación.

Sam sabía que aquella tarjeta no la admitían en muchos establecimientos, había sido lanzada al mercado para clientes con un poder adquisitivo alto, y tenía serias dudas de que la admitieran en un albergue.

Su hermana le había insistido en numerosas ocasiones de que llevara encima una tarjeta Visa o Mastercard, pero Carter nunca hacía caso de los consejos de los demás.

—Por supuesto, amigo. Tenemos clientes de todas partes del mundo.

Sam emitió un profundo suspiro, la chica le caía simpática y no quería defraudarla.

—Habitación 245 —informó el recepcionista tras coger la llave—. Que paséis una buena noche —añadió con una sonrisa.

—¿Podrías ayudarme a subir las mochilas? —le preguntó Lisa.

—Claro —respondió un tanto indeciso, estaba tan cansado que deseaba regresar al hotel.

Al fondo de un largo y sinuoso pasillo encontraron una pequeña habitación.

Lisa abrió la puerta, se volvió hacia Sam y lo miró con unos ojos rebosantes de deseo.

CAPITULO III

Stalingrado 1942

Aitor Garmendia se levantó de un salto de la cama al oír el incesante zumbido que se repetía en su cabeza una y otra vez; una vez más las pesadillas le estaban jugando una mala pasada.

Jadeante y con la respiración entrecortada, suspiró aliviado al dejar de escuchar aquel intenso sonido que le perseguía desde que era un niño, volvió a pegar la cabeza en la almohada hasta que el sueño le venció.

Media hora después el ruido volvió con más fuerza, pero esta vez para quedarse definitivamente. Aitor supo en aquel instante que esta vez no se trataba de una inquietante pesadilla, habría reconocido aquel sonido en cualquier parte del mundo.

Corrió hacia el ropero, y se vistió a toda prisa.

Irina lo observó desde la cama, le encantaban sus intensos ojos negros y su media melena alborotada, desde que lo vio por primera vez se sintió atraída hacia él.

—¿Qué ocurre Aitor? —le preguntó medio dormida.

Ambos mantenían una relación desde hacía un par de años, aquel día los padres de Irina no estaban en casa y habían aprovechado para pasar la noche juntos.

—¡Rápido! Despierta a tus hermanos. Tenéis que esconderos en el sótano más profundo que conozcas.

—¡Te has vuelto loco! —le recriminó Irina agazapada entre las sábanas temiendo que hubiera perdido la razón.

—¡Han vuelto Irina! ¡Ya están aquí! Tengo que ir a casa y avisar a mi familia. Haz lo que te digo ¡Me oyes! —le dijo zarandeando su hombro.

Irina abrió los ojos como platos, jamás lo había visto así.

Aitor abrió la puerta y bajó las escaleras como alma que lleva el viento.

En ese momento Irina lo oyó por primera vez, era como un gigantesco enjambre de abejas que se aproximaba al panal. Pocos minutos antes había comenzado a amanecer, pero de repente el cielo se oscureció y se llenó de manchas negras.

Irina Volkov se aproximó a la ventana angustiada.

—¡Corred! —gritaba Aitor desesperado mientras atravesaba la calle a las pocas personas despiertas a aquellas horas—. ¡Corred si apreciáis vuestra vida! Los bombarderos lo destruirán todo.

Cinco años antes Aitor Garmendia había pasado por la misma experiencia a la tierna edad de diez años. Un año después sus padres habían tomado la decisión más dura y cruel de toda su vida, lo habían embarcado junto a un gran número de niños en un carguero rumbo a la Unión Soviética, la llegada de los nacionales era inminente y el gobierno vasco, aislado del resto de la zona republicana, tomó la desesperada decisión de evacuar a sus niños por mar.

Desde aquella horrible mañana Aitor no había olvidado el fuerte ruido que producían los motores de los aviones de la Luftwaffe cuando bombardearon su ciudad natal: «Guernica».

Cinco años después Aitor volvía a oír los mismos motores, siempre pensó que encontrándose tan lejos de casa, jamás los oiría, pero se equivocaba.

Irina contempló horrorizada desde la ventana de la habitación como los aviones abrían las compuertas y las bombas caían una tras otra sin respetar ni los hospitales.

—¡Levantaos! —gritó a sus hermanos despertándolos a la carrera.

Su hermana pequeña fue hasta el ropero a coger un vestido.

—No hay tiempo para eso —le dijo cogiéndola de la mano, el resto la siguió.

Sus padres trabajaban como panaderos en un horno a dos manzanas de allí, si no habían oído el motor de los aviones, para cuando llegaran ya sería demasiado tarde.

Aitor continuaba corriendo despavorido mientras las bombas destruían todo lo que encontraban a su paso, zigzagueando dudaba si correr bajo los soportales o hacerlo a plena luz del día, un par de casquetes de un balcón rozaron su hombro y estuvo a punto de perecer bajo los escombros.

A duras penas consiguió atravesar media ciudad, cuando llegó a la casa de sus padres adoptivos cayó desolado de rodillas en el suelo y se tumbó en el frío asfalto, frente a él ya no quedaba nada, el edificio había desaparecido de la faz de la tierra.

Aquel día la Luftwaffe consiguió reducir a escombros casi media ciudad en un masivo bombardeo planeado a la perfección varias semanas antes.

La ofensiva alemana enmarcada en la Operación azul, era el intento del tercer Raich por conquistar los pozos petrolíferos del Cáucaso, y acabar con la ciudad que honraba el nombre de su líder Joseph Stalin.

La ciudad era un importante cruce de caminos entre Moscú, el Cáucaso y el Mar Negro, y un destacado puerto sobre el Volga; el río más largo de la Unión Soviética. Además, poseía la mayor fábrica de cañones que proveía al ejército ruso.

—¡Hecho!—confirmó el sargento Hoffman tras colgar el teléfono.

El general Paulus asintió satisfecho.

—¡Ha llegado el momento! —Aseguró a su lugarteniente—. Dé la orden.

El grueso de la infantería constituida por más de trescientos mil hombres subió a bordo de una larga hilera de camiones que esperaba en las proximidades de la estepa rusa. Desde allí se dirigieron a la orilla este del Volga.

A su llegada descubrieron que no existía ningún puente que cruzara el río, se empleaban grandes barcazas para comunicar ambas orillas entre sí, lo que dificultaba la travesía.

La Luftwaffe había vuelto a bombardear la ciudad pocos minutos antes mientras los alemanes embarcaban sus tropas y, sin tiempo que perder, lanzaban una oleada de barcazas al mar, sabían que aquel era un momento crucial, los rusos habían montado sus cañones en la orilla oeste y comenzaron a atacar las barcazas en cuanto se hicieron al agua.

Dieter Smichdt era uno de los oficiales que iba a bordo de una de ellas, de mirada altiva y profundos rasgos arios se había enrolado en el ejército en los primeros días de constituirse el tercer Raich, ferviente admirador de las ideas del Führer consideraba aquella batalla como un antes

y un después en la conquista del viejo continente.

Dietar comprobó como una lluvia de continuas andanadas sobrevolaban sus cabezas desde la otra orilla. Los misiles caían a escasa distancia provocando enormes olas que empapaban de agua a los soldados. Las barcas eran un blanco fácil en aquel río revuelto, que en tan solo unos instantes pasó de un azul impoluto a una mancha de humo negruzca donde ardían las naves alcanzadas por la artillería, los gritos de horror se repetían en ambas orillas, si no conseguían cruzar a tiempo acabarían en el fondo del Volga.

La Luftwaffe seguía bombardeando las posiciones defensivas de los soviéticos, intentando que su infantería sufriera el menor número de bajas posibles.

El cauce del Volga no era demasiado ancho y las primeras unidades del grueso de la infantería llegaron a la otra orilla en escasos minutos que a la mayoría se les hizo eternos. Una vez en la otra orilla, todo fue muy rápido, los soldados alemanes lograron controlar los escasos cañones que los rusos habían logrado armar para defenderse, de esa forma el resto de barcas consiguieron cruzar el Volga sin dificultad.

El ejército alemán, muy superior en número y armamento, consiguió dominar casi el noventa por ciento de la ciudad al cabo de unos días. Sin embargo, la resistencia era feroz, los rusos defendían casa por casa, la mayor parte de la resistencia se organizaba en la orilla oeste del río Volga.

—Os dije que sería pan comido —se jactaba Dietar Smichdt mientras saqueaban la despensa de una familia rusa que había huido a la desesperada.

—No tan fácil, Dietar —anuncio el Capitán Wulfrick que entraba por las puertas del improvisado cuartel en que se había convertido la vivienda—. Los rusos defienden con uñas y dientes lo que queda de la ciudad. Tendremos que andar con cautela si no queremos morir a manos de un disparo enemigo. El alto mando ha comenzado a llamarlo «Guerra de ratas».

—Las ratas siempre acaban saliendo de sus madrigueras —respondió Dietar con una carcajada.

Todos en el interior de la vivienda rieron.

A la mañana siguiente Dietar y su batallón salieron en dirección al sector norte, les habían ordenado controlar la zona de los grandes almacenes.

El grupo atravesó los escombros de la devastada zona escondiéndose en cada esquina, los francotiradores rusos habían infligido numerosas bajas, y se habían convertido en un problema importante.

Sin embargo, aquello no conseguía detenerlos, la superioridad numérica era tan abrumadora que tan solo servía para retrasar lo inevitable.

—Aguanta, Vladimir —le decía Aitor mientras veía su rostro pálido consumido por la impotencia—. El camarada Stalin enviará al ejército en nuestra ayuda, y entonces esos bastados alemanes recibirán su merecido —exclamaba levantando el puño en alto.

—Pero ¿cuándo, Aitor? Llevo sin comer nada desde ayer. Me fallan las fuerzas y apenas nos quedan municiones —respondió agazapado tras un derruido muro de hormigón defendiendo un importante cruce de caminos.

—En cuanto llegue el invierno, camarada. En cuanto llegue el invierno.

Aquella misma pregunta se la hacía Irina a diario. En aquel momento Aitor recordó su suave piel blanca, sus rizos ondulados cayendo en cascada sobre los hombros, sus arrebatadores ojos verdes y sus dulces caricias.

Aitor regresó a la realidad en cuanto observó como un grupo de alemanes cruzaba de un extremo a otro de la calle tras las vigas de un derruido edificio.

Le hizo un gesto a Vladimir y éste se agachó de inmediato, cogió su fusil y apuntó hacia el objetivo.

A una señal de Aitor ambos apretaron el gatillo alcanzando el blanco, dos soldados alemanes cayeron fulminados mientras el resto corría a esconderse tras unos escombros, los oficiales se desangraban gritando bajo el intenso frío del atardecer del Cáucaso.

Dietar Smichdt vio desde su posición de donde provenían los disparos, con un gesto ordenó a sus soldados que abrieran fuego.

Los alemanes dispararon hacia el muro mientras Aitor y Vladimir observaban impotentes como otro grupo de infantería llegaba al cruce.

Aitor sabía que no tenían suficiente munición para acabar con ellos, su única esperanza es que los alemanes desconocían cuántos soldados había tras el muro.

El grupo de Dietar se dispersó entre los escombros formando un abanico.

—No malgastes la munición hasta que no tengas un blanco fácil —advirtió Aitor a Vladimir.

Los alemanes comenzaron a avanzar sin que ninguno tuviera un objetivo claro.

—¡Dispara! —gritó Vladimir desesperado—. Cada vez están más cerca.

Aitor hizo caso a su amigo y alcanzó en la pierna a uno de los alemanes, mientras Vladimir erraba el disparo, el resto de los soldados aprovechó el momento para continuar avanzando.

Un instante después Vladimir soltó un desgarrador alarido y cayó inerte sobre su fusil, un certero disparo le había alcanzado en medio de la sien, las gotas de sangre se derramaban por su frente mientras Aitor observaba desesperado como el grupo de alemanes se encontraba a escasos cinco metros.

Aitor soltó el fusil y gateo por detrás del muro buscando una salida. Otro disparo le alcanzó la pierna y se retorció de dolor. En ese momento echó a correr hacia el río cojeando, cruzó por en medio de un edificio en ruinas que daba acceso al otro lado de la calle, estaba convencido de que los alemanes no conocerían aquel atajo.

Cuando llegó al otro lado, miró hacia ambos lados y no vio a nadie, a escasos trescientos metros se encontraba la casa de Irina, si conseguía llegar hasta allí despistaría al grupo que lo seguía.

Aitor dobló la esquina esperando en conseguirlo, de repente la pistola de Dietar Smichdt se cernió sobre su rostro y se quedó paralizado.

El alemán lo miró con una enorme cara de satisfacción como si degustara aquel momento, había recorrido un par de calles hasta cazar a su presa.

CAPITULO IV

Sam Carter se fijó en la intensa mirada con que lo devoraba Lisa, ella se acercó, la rodeó con sus hombros y le dio un apasionado beso.

Sam acarició su cabello, la llevó hasta la cama y continuó besándola.

—Espera un momento, Lisa —dijo un instante después, apartándose de ella—. Esto no está bien. Tengo que marcharme.

—¿Por qué?

—No he viajado hasta Venecia para esto.

Sam salió por la puerta de la habitación sin despedirse pensando que hacia lo correcto.

Cuando atravesó el vestíbulo la recepción estaba vacía, al fondo se escuchaba una fuerte discusión, parecía la voz del recepcionista dirigiéndose a sus compañeros.

De regreso al hotel se quedó fascinado por la vida nocturna de aquella ciudad, muchos de los turistas habían cambiado la ropa informal de la mañana y se habían acicalado para la noche.

A la mañana siguiente, Sam Carter se levantó cargado de adrenalina, al fin podría reencontrarse con Jennifer. Su estancia en Italia estaba siendo mucho mejor de lo que esperaba, tan solo había viajado tres veces a Europa: en el viaje de fin de curso a París, a realizar una sesión fotográfica a los Países Bajos y un año antes a Barcelona, sin embargo, tenía serias dudas de si su forma de ver la vida encajaría con la europea.

Fue hasta el baño, se rasuró con cuidado de no cortarse, se echó una suave colonia y se puso su mejor traje. Durante unos instantes se miró fijamente al espejo, las ojeras habían desaparecido y su anguloso rostro regresaba a la normalidad.

Salió del hotel y respiró la suave brisa marina que inundaba toda la laguna.

Sam enfiló la torre del Orologio y se adentró en el sector de las mercerías. Los barrios más próximos a la plaza de San Marcos estaban flanqueados por tiendas y antiguas viviendas. En un abrir y cerrar de ojos se perdió entre varias calles descubriendo la otra gran peculiaridad de la ciudad: el trazado sinuoso de sus calles, repletas de callejones y callejuelas atravesadas por canales de todos los tamaños. Por suerte, las vías y puentes más relevantes estaban señalizados con grandes letreros que en muchos casos indicaban donde se encontraban los monumentos más importantes.

Una guapa italiana le informó que para dirigirse al Lido debía comprar los billetes del vaporetto.

Al llegar a la plaza de San Marcos se subió por una estrecha pasarela en el barco que acababa de realizar su primera parada.

Las brumas eran densas a primera hora de la mañana, no había demasiada gente a bordo, a la mayoría de los turistas no les gustaba madrugar. El barco no paró de balancearse mientras atravesaban la laguna que separaba el Lido de tierra firme.

Al bajar descubrió una cara muy diferente de la ciudad de Venecia. Bajó por un largo paseo marítimo de arena dorada con hamacas y sombrillas dispuestas en un perfecto orden y separadas tan solo por el color del hotel al que representaban.

Sam contemplaba el paisaje ensimismado, no recordaba haber visto ninguna playa tan sofisticada, las que frecuentaba solían ser playas medio salvajes donde los bañistas se situaban a su antojo.

A mitad del paseo se hallaba el hotel Cipriani, el lugar donde pernoctaban todas las personalidades que visitaban la ciudad: actores que acudían al festival de cine de la Mostra de Venecia, políticos de la liga norte y personalidades que eran invitadas a las galas que daban glamour a la ciudad.

Sam Carter accedió por una lenta puerta giratoria a un enorme vestíbulo que, aunque conservaba ciertas reminiscencias de los años veinte, parecía recién salido de un anuncio de película. Tras un rápido vistazo comprobó que todos sus clientes provenían de las clases altas que visitaba la ciudad. Por un instante, se alegró de llevar puesto su mejor traje, si se hubiese presentado con el aspecto del día anterior seguramente no le hubiesen permitido la entrada.

Se acercó a recepción y preguntó por Jennifer.

—Déjeme que lo compruebe —dijo una bella italiana de intensos ojos verdes y pelo rizado mientras tecleaba su nombre en el ordenador.

Sam esperó impaciente mientras veía pasar a lo más granado de la sociedad italiana.

—Lo siento, señor. Pero ya no se encuentra aquí.

—¿Está usted segura? —exclamó abriendo los ojos como platos—. He viajado desde Nueva York tan solo para verla. Podría volver a comprobarlo.

La recepcionista sabía de sobra que el sistema informático no cometía errores, pero al ver la enorme frustración en su rostro accedió a hacerlo de nuevo.

—Su compañía se marchó ayer —le aseguró—. Hubo una coincidencia de fechas, y el desfile de Carl Stewart tuvo que celebrarse un día antes.

—¿Podría decirme si han regresado a Nueva York?

—Espere un momento, lo preguntaré —se dirigió al encargado, un tipo alto de grandes gafas de pasta y traje de Versace. La chica señaló a Sam y mantuvieron una breve conversación.

—La próxima semana la compañía tiene previsto celebrar un desfile en Praga —le comunicó tras volver a su puesto.

—¡Praga! —exclamó sin dar crédito a lo que estaba oyendo—. ¡Al otro lado del telón de acero!

—Ya no, señor —le interrumpió la italiana—. La Unión soviética desapareció hace un par de años, y los países satélites ya no forman parte de su entorno.

Carter hizo un gesto desdeñoso, no estaba al tanto de los últimos cambios en Europa.

—Praga se ha convertido en uno de los destinos turísticos más importantes de Europa. Las firmas de moda están apostando fuertemente por ella.

Sam bajó la cabeza y guardó silencio durante unos instantes intentando asimilar aquel inesperado cambio.

—Muchas gracias —respondió.

Dio media vuelta y abandonó el hotel cabizbajo, aquel era un duro golpe que daba al traste

con sus soñadas vacaciones.

Al regresar, recorrió el paseo marítimo que tanto le había impresionado sin tan siquiera mirarlo. Volvió a coger el vaporetto, se bajó en la plaza de San Marcos y comenzó a deambular por sus estrechas calles.

Al rato, los gritos del mercadillo lo despertaron de su desidia, cuando se aproximaba al puente de Los Descalzos su organismo le recordó que aún no había desayunado. Se detuvo en una terraza y pidió café y cereales.

Sam estaba hecho un mar de dudas, mientras tomaba un sorbo de café llegó a la conclusión de que tan solo le quedaban tres opciones: Pasar toda la semana en Venecia donde tenía pagado el hotel, cambiar los billetes y regresar a Nueva York en el siguiente vuelo o continuar buscando a Jennifer y coger el primer medio de transporte con destino a Praga.

Dos turistas británicos se sentaron en la mesa de al lado y pidieron un desayuno contundente. A Carter se le revolvió el estómago cuando vio aquella grasienta bandeja repleta de judías, huevos, salchichas y bacón.

Continuaba inmerso en sus pensamientos cuando algo de la conversación llamó poderosamente su atención.

—Te digo que nunca puedes fiarte de las apariencias —comentó a su marido una flacucha y espigada rubia de largo cabello plateado.

—Ésta es una de las ciudades más seguras del mundo —respondió su pareja, un corpulento galés de más de uno noventa de altura—. Aquí nunca ocurre nada.

—Pues esta vez te equivocas. Tomá —le dijo entregándole el periódico—. Léelo tú mismo. Ha ocurrido en un lugar público.

Su marido cogió el periódico y leyó la noticia que aparecía en primera plana.

Un profundo escalofrío recorrió el cuerpo de Sam cuando descubrió la fotografía que aparecía en la portada:

«Era la imagen de Lisa».

Sam se agachó como si se le hubiese caído algo y leyó el titular:

«Turista americana brutalmente asesinada en un albergue juvenil».

A Sam Carter se le descompuso el cuerpo y comenzó a temblar sin parar.

—¡No sé dónde vamos a llegar! —exclamó el galés—. Ya ni siquiera se puede viajar tranquilo de vacaciones.

—Y ¿qué hace la policía? —preguntó su esposa mientras le servían un zumo de naranja natural.

—Al parecer ya tienen un sospechoso. El recepcionista dice que iba acompañada de otro americano.

Sam sabía que aquello lo convertía en el principal sospechoso de un asesinato.

Se levantó de la silla y pagó la cuenta.

La británica reparó en él al verlo tan nervioso, Sam se dio cuenta de que lo miraba y se alejó

de allí con rapidez, no quería que nadie pudiera identificar su rostro.

Volvió a deambular por las calles sin rumbo, pero esta vez no dejaba de mirar a todos lados.

Al doblar una calle un policía se le quedó mirando fijamente, al principio a Carter le extrañó su actitud, pero enseguida cayó en la cuenta, el recepcionista había realizado un retrato robot de su rostro y ahora toda la policía le estaba persiguiendo.

Sam salió huyendo de allí, hasta que finalmente acabó en el probador de una tienda de souvenirs.

Al rato unos fuertes golpes se oyeron en la puerta, Sam llevaba más de media hora encerrado allí, había perdido la noción del tiempo.

—Señor —le llamó la dependienta—. ¿Se encuentra usted bien?

—Un momento —respondió a sabiendas de que comenzaba a llamar la atención—. Enseguida salgo.

Fue hasta el mostrador y compró un sombrero de paja con una fina banda de color rojo idéntico al que utilizaban los gondoleros.

Al salir, cogió el sombrero y se lo encaló hasta las cejas, aquel enorme sombrero que le tapaba más de medio rostro serviría para sus propósitos.

Sam Carter sabía que la única forma de salir de aquel atolladero era encontrando al culpable, mientras caminaba pensó en la noche anterior, intentando recordar algún comportamiento extraño en Lisa o en alguien que los vigilara.

Atravesó el puente de la Academia y cuando se adentraba en una de las callejuelas se detuvo en seco. «Fue en ese instante cuando comprendió que no era el retrato robot lo que más debía preocuparle, había pagado con tarjeta de crédito la habitación del albergue, en aquellos momentos la policía ya dispondría de todos sus datos. A cualquier lugar que se dirigiera darían con él».

El pánico le invadió, su siguiente idea fue entregarse, no conocía a nadie en aquella ciudad. Estaba convencido de que con un buen abogado podría demostrar que él no tenía nada que ver con el asesinato; aunque todas las evidencias demostraran lo contrario.

Sin embargo, Carter no confiaba en la justicia italiana, un juicio en otro idioma del que no entendía nada era una de las peores experiencias que podía vivir, por ello decidió dirigirse a la embajada americana, pero unos metros más adelante cambió de opinión, aunque consiguiera llegar antes que los carabinieri, las pruebas eran tan concluyentes que la embajada lo acabaría entregando a las autoridades italianas.

Desesperado miró al cielo y respiró profundamente.

Como si un rayo de luz le iluminase, recordó que en Europa las cosas no funcionaban como en Estados Unidos, a diferencia de su país, que cuando el FBI cursa orden de búsqueda y captura afecta a todos los estados, en Europa cada país dispone de sus propias leyes; que en Italia lo persiguieran por asesinato no significaba que lo hicieran en el resto de los países europeos.

Fue entonces cuando lo tuvo claro, su única salida era escapar de Italia lo antes posible, y el mejor lugar para dirigirse sería Praga donde se encontraba Jennifer.

A la llegada a Venecia había visto desde la lancha motora unas vías del tren justo a la entrada

de la ciudad.

Sam se confundió entre los turistas y realizó el recorrido a pie, fue evitando las calles más transitadas; siempre que podía se adentraba por estrechos callejones, y aunque se equivocó en un par de ocasiones y tuvo que desandar el camino, su decisión fue la correcta, apenas se cruzó durante el camino con algún turista despistado. En poco más de media hora se presentó en la estación.

Al llegar divisó una pareja de carabinieris con su impecable uniforme negro que realizaban una ronda en la estación. Sam agachó la cabeza, y atravesó el andén hasta la taquilla donde se vendían los billetes.

—¿Podría decirme a qué hora sale el próximo tren para Praga? —preguntó intentado aparentar tranquilidad.

—Lo siento, señor —respondió una chica joven con una gran melena rizada—, no quedan billetes para Praga.

—Pero me aseguraron que es uno de los destinos turísticos más demandados de Europa —se quejó Sam.

—Ese es precisamente el motivo. Todo se encuentra agotado.

—¿Y no hay otra forma de llegar hasta allí? —preguntó mientras veía por el rabillo del ojo como los carabinieris pasaban por su lado sin reparar en su presencia—. Un familiar de mi esposa ha fallecido, y necesito llegar cuanto antes.

—Podría coger un tren hasta Milán o Ginebra y allí comprobar si quedan billetes para Praga.

Sam emitió un hondo suspiro y se secó el sudor de la frente, sabía que aquella era una pésima opción, cuantas más escalas realizara durante el recorrido más tardaría en abandonar el país, y la policía italiana tendría tiempo para cerrar las fronteras.

—¿Qué es esto de aquí? —quiso saber Carter al ver una gran pegatina en la ventanilla.

—Es el Eurorail. Es un billete con el que puede viajar por diferentes países de Europa.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes! —gruñó Sam.

La taquillera guardó silencio al verle tan exaltado.

—¿Un momento! —exclamó—. Eso quiere decir ¿que comprando uno de estos billetes puedo ir directamente a Praga?

—Siempre que el tren disponga de plazas libres puede dirigirse a donde quiera.

Sam se quedó un instante en silencio.

—¿Y qué duración tiene?

—Existe un billete de un mes y una versión más económica de solo un par de semanas. Además puede elegir el recorrido por una zona determinada o comprar el que abarca toda Europa.

«Así que puedo dirigirme a cualquier lugar» pensó Carter para sí mismo.

—En ese caso dígame ¿Cuál es el próximo tren que sale de esta estación?

—El expreso de Viena parte en quince minutos. Sería ideal para usted. De Viena a Praga tan solo hay trescientos kilómetros.

—¡Y a qué estamos esperando! —aseguró con una sonrisa por primera vez aquella mañana
—. Deme el billete que incluye toda Europa.

—Necesito su pasaporte. Son trescientos dólares.

Sam Carter se quedó mirando a la chica fijamente durante unos momentos y pensó responder que no tenía dinero suficiente, si entregaba el pasaporte se arriesgaba a que en el ordenador apareciera una orden de búsqueda y captura contra él, sin embargo, los medios informáticos aún eran lentos, y confiaba en que la orden no se hubiese cursado.

Justo cuando sacaba el pasaporte de su chaqueta recordó que aquella mañana, poco antes de conocer el asesinato de Lisa, había sacado dinero en una oficina de divisas y le habían pedido el pasaporte, si la orden se hubiese emitido lo habrían detenido en aquel mismo momento.

El único inconveniente es que al entregar el pasaporte la policía averiguaría tarde o temprano que Sam había huido fuera del país.

Mientras esperaba impaciente frente a la ventanilla a que tramitara el billete, las manos no paraban de temblarle.

—Aquí tiene —dijo la chica extendiendo el pasaporte y el billete por debajo del cristal.

—Gracias, encanto. Me ha salvado la vida.

La chica se echó a reír.

—Anden número siete. ¡Dese prisa! Solo faltan cinco minutos.

—Tranquila. No lo perderé.

Sam Carter se dirigió a paso ligero pero sin correr hacia el andén de donde partía el expreso, lo último que deseaba era llamar la atención.

Cuando subió al tren el revisor le explicó los vagones en los que se podía sentar, el billete no incluía primera clase.

Desde la ventanilla vio como un par de carabinieris subían a inspeccionar el tren, Carter aligeró el paso y se encerró en el primer lavabo que encontró, pensaba permanecer allí hasta que el tren arrancara.

Un instante después uno de los carabinieris llamó a la puerta y se le paralizó el corazón.

CAPITULO V

Aquella tarde Irina Volkov permanecía asomada en la ventana esperando el regreso de Aitor, ya habían pasado tres días desde que se vieron por última vez y comenzaba a estar preocupada.

De repente, los primeros copos de nieve hicieron acto de presencia en el cielo. Irina no pudo reprimir una sonrisa cuando recordó las palabras que a diario le susurraba Aitor:

«En cuanto llegue el invierno».

Irina estaba convencida de que Aitor llevaba razón, los rusos vencerían cuando llegara el frío.

En ese momento la puerta se cerro de golpe y la sobresaltó, se había olvidado de que su madre regresaba a aquella hora de la panadería. Su padre había muerto durante el primer bombardeo de la Lufwaffe, las bombas le sorprendieron en plena calle repartiendo el pan.

Irina se acercó a recibirla, pero en cuanto vio su rostro sabía que algo no iba bien, llevaba varios días demacrada, pero aquella tarde tenía el rostro más sombrío de lo habitual.

—¿Qué ocurre, mamá? —le preguntó preocupada.

—Lo hemos perdido todo, cariño —respondió corriendo a sus brazos—. El bombardeo de esta mañana ha alcanzado la panadería. Ya no nos queda nada —le aseguró y comenzó a llorar.

La madre de Irina trabajaba en un obrador comunitario, y aunque el propietario era el Estado, trabajar allí siempre tenía sus ventajas, jamás le faltaba el pan y la harina en casa.

Irina nunca había sopesado aquella posibilidad, una riada de sentimientos corrió por su mente, quería huir de la ciudad, ya no aguantaba más aquella odiosa guerra, por un instante pensó en coger el primer tren de mercancías, pero los oficiales rusos tenían la orden de disparar. Stalin había ordenado defender la ciudad hasta las últimas consecuencias.

Se sentó junto a ella, y al rato se calmó al ver como dejaba de llorar. Lo único que la retenía en aquel lugar es que tenía que ayudar a cuidar de sus hermanos: Sasha de siete años, Alexei de cinco y Alina de tres.

Aun así no descartaba huir con Aitor si la situación mejoraba.

—Toma —le dijo su madre abriendo el abrigo—. Es lo único que he conseguido salvar — Irina cogió el saco de harina y lo llevó hasta la cocina.

Al abrir el estante superior descubrió que solo quedaban unas pocas patatas y aquel pequeño saco de harina.

La madre de Irina era una mujer realmente bella, los hombres se giraban a su paso y le lanzaban piropos, su padre nunca supo por qué se había fijado en él, Irina pensaba que siempre le estuvo agradecida por convencer al sovieta para que entrara a formar parte de la panadería. Sin embargo, aquel día Irina se fijó en que su deslumbrante belleza había desaparecido en tan solo un mes, los ojos tristes y resecos de tanto llorar, la mirada perdida y soñolienta, los parpados hinchados y aquellos intensos ojos azules que competían con el más radiante de los amaneceres habían desaparecido para siempre.

Pero lo más alarmante era su estado de ánimo, la muerte de su marido había hecho mella en ella, pero aquella mañana todo empeoró, la panadería ya no existía y su madre ya no quería seguir

luchando.

Irina se lavó las manos y preparó la escasa cena que había preparado para aquella noche, si querían sobrevivir tenía que racionar la comida que les quedaba. Sus hermanos ajenos a todo aquello se sentaron en la mesa, y dieron cuenta de la cena en tan solo unos instantes, mientras su madre siguió tendida en el sofá sin probar bocado.

—Quiero un trozo de tarta —pidió Sasha cuando Irina retiraba los platos de la mesa.

Su hermana se agachó y meció su sedoso cabello.

—A partir de hoy ya no habrá más tarta —le aseguró con una forzada sonrisa—. Los alemanes se las han llevado.

—¡Malditos sean! —respondió Sasha golpeando con fuerza sobre un agrietado tablero de madera.

—¡Sasha! —exclamó Irina— ¿Quién te ha enseñado esos modales?

—Ha sido en el colegio —aseguró Alexei, su hermano pequeño, con un dedo acusador.

Sasha se volvió y le dio un puñetazo en la espalda.

—Tranquilo, cariño —dijo Irina—. Comprendo que estés enfadado. Te prometo que los alemanes se irán muy pronto.

Irina acostó a sus hermanos y echó una manta sobre su madre que seguía en el sofá sin moverse. En la calle continuaba oyéndose el ruido de las ametralladoras, las granadas de mano, el peculiar sonido de los carros de combate y aquel inteligible idioma que Irina odiaba con toda su alma.

Pasaron tres días sin que la madre de Irina se levantara del sofá, no salía a la calle y apenas hablaba, su hija le hizo ingerir a la fuerza el poco alimento que quedaba.

Aquella noche Irina se acercó cuando volvió a acostar a sus hermanos, y se sentó a los pies del sofá donde seguía acostada.

—La comida se ha terminado —le comunicó resignada.

Su madre apenas la miró y cerró nuevamente los ojos.

—Tenemos que hacer algo —le espetó preocupada.

Irina gruñó al ver que seguía sin reaccionar.

—¡Es que tus hijos ya no te importan! —le gritó echa una furia.

Su madre se levantó y le dio una fuerte bofetada.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que ejerza la prostitución con los alemanes?

Irina comenzó a llorar y corrió hacia su cama dejando a su madre tendida en el sofá.

Al día siguiente cuando Irina despertó se llevó una grata sorpresa, su madre se estaba vistiendo y había hecho lo propio con Alina.

—Prepárate —le dijo a Irina—. Esta mañana recorreremos la ciudad en busca de alimento. Yo me dirigiré con tu hermana al sector de telégrafos y tú iras en dirección sur a la zona del

ferrocarril.

—Vas a llevarte a Alina —se sorprendió Irina—. Ha estado nevando durante toda la noche.

—No me fío de dejarla con tus hermanos. La llevaré cogida de la mano, no se perderá.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Irina mientras su madre calentaba agua para hervir un té con unas hojas que había utilizado en innumerables ocasiones.

Su madre apenas asintió.

Irina se marchó la primera, salió por la puerta de atrás del edificio y atravesó varios callejones que conducían hacia la zona del ferrocarril.

Su madre se quedó vistiendo a Alina, le puso un abrigo y un gorro que le resguardara los oídos del intenso frío de la nieve.

Una hora después bajó con su hija por la parte delantera. Se giró hacia atrás y se despidió de Sasha y Alexei que permanecían observando desde la ventana.

Unos metros más adelante se oyó un fuerte estruendo, una bala silbó y la madre de Irina se desplomó en el acto.

La niña se agachó muerta de miedo y miró a los ojos sin vida de su madre. Alina lloraba desconsolada sin soltar la mano al comprobar que ya no se movía.

El francotirador volvió a cargar su arma, puso la bala en la recámara, y ajustó la mirada telescópica.

CAPITULO VI

—Vamos Giuseppe —le ordeno su compañero del cuerpo de carabinieri mientras continuaba llamando a la puerta del aseo—. El tren va a arrancar.

El agente de la policía italiana dio media vuelta y bajó por las escalerillas del vagón.

Sam Carter no salió del aseo hasta que comprobó que la estación de Venecia quedaba atrás.

Un sentimiento de tristeza se apoderó de su interior, le había encantado aquella hermosa ciudad a la que jamás podría regresar mientras aquel asunto no se resolviera.

Sam sabía que no podría respirar tranquilo hasta que el tren no atravesara la frontera italiana, los carabinieri podían detenerlo en cualquier momento.

Fue hasta el vagón que le había indicado el revisor y se puso a ojear una revista que había encontrado en su asiento, aquella era la única forma de ocultar su rostro mientras permaneciera allí.

Durante unos instantes tuvo tiempo de analizar todo lo que le estaba ocurriendo:

A pesar de su complicada situación lo que realmente le importaba era la muerte de Lisa, a pesar del poco tiempo que habían pasado juntos había cogido aprecio a aquella simpática chica de Montana que no merecía un final tan trágico.

En ese momento, cayó en la cuenta de un detalle que se le había pasado por alto, si algún día decidía volver había un grave problema para probar su inocencia:

La noche del asesinato el recepcionista del albergue no se encontraba en su puesto cuando salió del edificio, tan solo le oyó discutir con uno de sus compañeros; aquello lo inculpaba aún más. No solo había pagado la habitación a su nombre, también había un testigo que aseguraría que había pasado toda la noche con ella; el siciliano nunca lo vio abandonar la habitación.

Sam se quedó dormido durante un largo rato por el agotamiento. Cuando se despertó comprobó desde la ventanilla que el tren se detenía en la frontera italiana.

No tenía ni la menor idea de que la frontera se encontrara tan cerca. El corazón le iba a estallar cuando varios policías de aduanas subieron a bordo. Sin embargo, aquello era solo un control rutinario que se realizaba en la frontera.

Aún le aguardaba una sorpresa más, al pasar la frontera descubrió en un cartel el país que atravesarían a continuación:

«Suiza».

Sam no entendía por qué debían atravesar aquel país para dirigirse a Austria.

Cuando al fin cruzaron la frontera, por fin se relajó y comenzó a pensar en Jennifer, en el día en que ambos se habían conocido.

Poco después, regresó de sus pensamientos cuando escuchó al revisor responder las preguntas de dos pasajeros que acababan de subir al tren.

Bajó la revista que había mantenido sobre sus ojos durante un par de horas y miró por primera vez a las dos personas que tenía sentadas frente a él.

Un tipo con cara de pocos amigos de mandíbula prominente y pantalones de tergal un tanto anticuados y una coqueta pelirroja de largo pelo rizado que no paraba de mecerse el cabello ni un solo minuto, aquello le desconcertaba hasta tal punto que decidió no mirarla durante un rato.

—¿Hablas mi idioma? —le preguntó a la chica que lo miraba de arriba abajo.

—¡Ah! eres americano.

—El típico americano que no sabe nada de Europa —contestó Sam con sarcasmo—, que no se interesa por la actualidad, y que por supuesto no habla ningún otro idioma.

—Y ¿para qué ibas a hacerlo? —respondió ella con vehemencia—. Todo el mundo habla vuestro idioma. No sabes la gran suerte que tenéis, yo he pasado años estudiando idiomas y comienzo a estar un poco cansada.

Carter se quedó perplejo, no esperaba aquella respuesta.

—Por lo demás llevas razón. Los americanos que he conocido apenas saben nada de Europa. Parece que solo se interesan por París.

Sam se relajó y soltó una carcajada, tenía varios amigos que pensaban que París era la capital de Europa.

—Mi caso no es el de la mayoría —le explicó al fin—. Soy fotógrafo profesional, y necesito estar informado de la actualidad. Aunque he de reconocer que no hablo idiomas.

—Me alegra saberlo.

—Y ¿tú de dónde eres?

—Soy danesa, y trabajo en una agencia de viajes.

—Suena interesante —contestó Sam meciéndose la barbilla—. Hace un rato he comprado un billete de Eurorail, pero llevaba tanta prisa que apenas he podido informarme.

—Aquí lo llamamos Interrail —le explicó la danesa—. La diferencia estriba en que debes ser ciudadano de la Unión Europea para poder comprar un Interrail. A los que no son europeos les venden el Eurorail, pero básicamente es lo mismo.

—Ya pensaba que me había equivocado de billete, desde que subí al tren solo oigo hablar del Interrail —respondió con una gran sonrisa.

—Deberías tener cuidado, porque cuando lo compras todo parece idílico. Un viaje por Europa en el que puedes cambiar de país en cualquier momento, pero en realidad tiene muchos inconvenientes.

—¿Como cuáles? —quiso saber Sam que comenzaba a preocuparse.

—Para empezar no incluye coches cama. Y si no conoces los horarios te puedes pasar las horas muertas en las estaciones, además puedes coger los trenes más lentos de cada itinerario o acabar en una estación medio abandonada por donde apenas pasa ninguno. Y lo que es peor, hay muchas ciudades que no están conectadas entre sí.

—Sonaba mejor cuando lo compré —le aseguró desconcertado.

—Se trata de vender ¿recuerdas? No te van a explicar los inconvenientes.

Sam se desternilló.

—Pero ahí no acaba todo —prosiguió informando—. Existe una gran diversidad de estaciones: las hay grandes y modernas, y pequeñas y anticuadas. Yo te aconsejaría que te familiarices con los tabloneros de horarios, que averigües donde están las consignas, la cafetería, los lavabos, las salas de espera, las ventanillas de información, tanto para consultar dudas como para hacer reservas. Acabarán siendo como tu segunda casa.

—Eres lo mejor que me ha ocurrido desde que me levanté esta mañana —le confesó con una amplia sonrisa—. Es una suerte haberte conocido.

—Gracias —respondió ella— ¿Cuánto tiempo llevas en Europa?

—Solo un par de días.

—Entonces debo ser tu primera sorpresa.

Sam sonrió pensando en lo que había dejado atrás.

—En los viajes en tren la gente aprovecha el tiempo leyendo, durmiendo o preparando el trayecto de su siguiente itinerario. En mi caso prefiero la vida social, se aprende mucho conociendo otras personas y sus diferentes formas de ver la vida.

Carter afirmó con la cabeza.

—Y ¿qué me recomiendas para alojarme?

—Hay guías de albergues, pero lo habitual son los hostels. Los hay con habitaciones individuales que son un poco más caras y habitaciones compartidas. Suele haber buen ambiente y los precios son asequibles.

—Probaré uno en la próxima ciudad.

—¿Adónde te diriges?

—A Praga. He quedado con una buena amiga.

La pelirroja se echó a reír.

—Bonita ciudad. Seguro que te gustará.

—¿Y tú?

—Regreso a Dinamarca —respondió con un suspiro—. Se acabaron mis vacaciones en Italia.

—Y ¿por qué atravesamos Suiza? ¿Este tren no se dirige a Viena?

—Así es. Pero no va directo, hace parada en Ginebra, Zúrich, Innsbruck y Salzburgo.

—Creía que iba directo.

La danesa negó con la cabeza.

—Ese es el 467 Nightjet. Este tren no llega a Viena hasta por la mañana.

A Sam no le agradó escuchar aquello, debería pasar allí toda la noche, y llegaría un día después de lo previsto a Praga.

—¿Me has comentado que hay coches camas? —le preguntó mientras observaba como los últimos rayos de sol se perdían entre los escarpados picos de los Alpes.

—Todos los trenes nocturnos poseen un compartimento con coches cama. Aunque tendrás que pagar un suplemento. Pero si no lo has comprado antes de subir deberás preguntar al revisor si

quedan plazas libres.

—Todavía arrastro el jet lag —aseguró Sam—, y necesito dormir varias horas.

—¡Mira! por ahí viene —dijo la pelirroja señalando a un tipo delgado y enjuto que abría la puerta del vagón.

Carter se levantó y fue a su encuentro.

El revisor se encontraba al principio del vagón pidiendo los billetes a un grupo de franceses que se habían subido en Ginebra.

—Me gustaría pasar la noche en un coche cama ¿Podría comprar un billete? —le preguntó Sam.

—Acompáñame hasta el último vagón y lo comprobaremos —le indicó con un gesto de su mano—. El Interrail es una locura ¿sabe? En cada estación suben nuevos grupos y siempre hay que comprobar si quedan plazas libres.

—Comprendo —repuso con un tono conciliador.

Sam Carter y el revisor atravesaron más de medio tren entre el fuerte traqueteo que provocaba el contacto con los raíles. Los pasillos no eran demasiado anchos y tenían que apartarse cada vez que se cruzaban con algún pasajero. Para complicarlo más si cabe todo el tren se quedaba en penumbra cada vez que atravesaban un túnel bajo los Alpes.

Cuando llegaron al último vagón el revisor leyó sus notas, en ellas aparecía un par de compartimentos con camas libres.

Abrió uno de ellos y comprobó que no había nadie en su interior.

—Creo que esta es la última cama libre —dijo tachando la otra al recordar que un pasajero la había ocupado en Ginebra—. Su litera es la de arriba. Tendrá que compartirla con otro pasajero.

—No importa —replico—. Servirá.

Fue hasta el baño e intentó abrirlo, pero el pestillo estaba echado, supuso que el otro pasajero estaría en el interior.

—Estos vagones tienen un suplemento de quinientos francos suizos.

—Y ¿cuánto es eso en dólares?

—Unos cuarenta —informó el revisor tras hacer unos rápidos cálculos mentales.

—Después de haber pagado trescientos dólares, no es barato.

—Lo toma o lo deja amigo —respondió el revisor cansado de que le hicieran perder el tiempo.

—De acuerdo —contestó frunciendo el entrecejo—. Pensaba que los precios en Europa no eran tan altos.

—Eso depende del país adonde vaya y del entorno por donde se mueva —le explicó el revisor mientras le entregaba el dinero y le devolvía el cambio.

—¿Dónde queda la cafetería? Cenaré algo antes de dormir.

—Tendrá que retroceder hasta donde nos encontramos y atravesar un par de vagones más.

—¡Justo en el otro extremo! —Se quejó con una ligera sonrisa—. Hoy es mi día de suerte. El revisor se encogió de hombros y le extendió el billete hasta Viena.

Sam Carter fue hasta la cafetería y pidió una hamburguesa doble con queso. Después de un par de días comiendo pasta en Italia necesitaba algo que le recordara sus orígenes.

La cafetería estaba semivacía, la mayoría de los pasajeros que realizaban el Interrail compraban bocadillos antes de subir y apenas hacían gastos en su interior.

Carter tuvo la sensación de que quedarse a solas en la cafetería era otra forma de llamar la atención, pero estaba hambriento y el sueño le vencía por momentos.

De regreso observó desde la ventanilla como caían los primeros copos de nieve y una amplia capa comenzaba a cubrir los cristales. El otoño había hecho acto de presencia, se presumía una fría noche sobre los Alpes.

Saludó a la pelirroja al pasar por su vagón y llegó al compartimento que le habían asignado.

Sam se llevó una enorme sorpresa al abrir la luz, en el suelo había un tipo tendido sin moverse.

—¿Se encuentra bien amigo? —se apresuró a preguntarle.

Al comprobar que no contestaba, rápidamente se agachó, le dio media vuelta y vio que tenía un disparo en el corazón por donde sangraba con abundancia.

Le puso los dedos en la yugular y descubrió que ya no tenía pulso.

Unos fuertes golpes se oyeron a su espalda.

—¡Abran ahora mismo! —repetía el revisor fuera de sí— ¿Qué está ocurriendo ahí dentro?

Carter se quedó paralizado al oír las voces.

—¡Abran a la policía! —se oyó un instante después. Una pareja de agentes se había unido al revisor.

Sam se sentó en el sillón y se tapó los oídos con las manos. Sabía que estaba en un callejón sin salida. No conocía de nada aquel tipo, ni sabía lo que le había ocurrido, pero era consciente de que si abría la puerta estaría perdido. La policía comprobaría el pasaporte y lo relacionaría con el asesinato ocurrido en Venecia.

Tenía que pensar algo con rapidez si no quería pasarse el resto de su vida encerrado en una cárcel suiza acusado de doble asesinato.

Uno de los policías comenzó a dar patadas en la puerta, estaban dispuestos a echarla abajo sino abría de inmediato.

Sam comprendió que no le quedaba otra salida que abrir aquella puerta. Se quitó la ropa, fue hasta el baño y se enrolló una toalla mojada sobre el cuerpo. Luego corrió hasta la puerta y abrió con tranquilidad.

—¿Es que está sordo? —le recriminó el revisor.

Uno de los policías le apartó de un manotazo y entró en el compartimento.

—Me estaba dando un baño y me pareció oír unos golpes —se defendió—, creía que eran en

el compartimento de al lado, con la ducha abierta es imposible oír nada.

Carter retrocedió un par de pasos y puso la suela de su zapato sobre la mancha de sangre que había en el centro de la habitación.

—Los pasajeros del compartimento contiguo aseguran haber escuchado un disparo ¿No ha oído nada?

—Acabo de llegar, y me estaba dando una ducha antes de irme a la cama.

—¿Ha estado aquí toda la noche? —preguntó uno de los policías.

—Acabo de regresar de la cafetería. Puede preguntar allí si quieren.

—Compró el suplemento del coche cama hace media hora —intervino el revisor.

—He pasado toda la tarde en el vagón que hay junto a la cafetería. Tengo un billete de eurorail.

El agente frunció el ceño, mientras su compañero continuaba escudriñando palmo a palmo cada rincón del compartimento.

—Y ¿su compañero de habitación? —le preguntó el revisor.

—Aún no le he visto. Sé que hay otro pasajero en el compartimento porque me lo dijo.

—Aquí no hay nada —aseguró el otro policía—. Tan solo hay una maleta en la litera de arriba.

—Cógela. Nos la llevaremos. —Le ordenó a su compañero—. Quizá nos pueda aportar algo sobre este asunto.

—Puede que volvamos a tomarle declaración más tarde —le avisó el agente que llevaba el caso—. No abandone el tren bajo ningún concepto.

Sam asintió con la cabeza con el miedo reflejado en sus ojos.

El revisor y los policías salieron del compartimento y prosiguieron su búsqueda por el resto del tren.

En cuanto salieron, Sam se desplomó sobre la litera, no se sentía con fuerzas de continuar con aquello, era incapaz de asimilar lo que estaba ocurriendo en tan corto espacio de tiempo, era el segundo asesinato en el que se veía involucrado en tan solo veinticuatro horas.

Durante unos instantes pensó que había llegado el momento de entregarse, aquella losa sobre sus hombros se hacía insoportable, pero por más que recapacitaba más convencido estaba que lo declararían culpable.

Su otra opción era volver a escapar, pero si la policía suiza daba la voz de alarma, todas las estaciones estarían vigiladas. Suiza era un país pequeño y la noticia se difundiría en un abrir y cerrar de ojos.

La policía Suiza tenía fama de eficiente, y no sería difícil encontrar a un sospechoso que ni tan siquiera hablaba su idioma.

Desesperado, el sueño le venció y cayó rendido después de un par de días sin apenas dormir. Sin embargo, el estado de nervios en el que se encontraba le hizo despertarse un par de horas después.

En esos breves instantes en el que aún no había abierto los ojos, pensó que aquello formaba parte de un mal sueño, y que estaba durmiendo en su loft de Brooklyn.

El traqueteo del tren le hizo volver a la cruda realidad, intentó quedarse dormido de nuevo, pero comprendió que aquello era misión imposible.

Al salir al pasillo Sam descubrió que una espectacular tormenta de nieve había cubierto las grandes ramas de los árboles formando todo tipo de figuras. La nieve había transformado el manto verde en una hermosa pradera de un blanco impoluto.

Abrió la ventanilla mientras la fría brisa de la noche acariciaba su cabello y encendió un cigarrillo.

Un instante después, el tren se detuvo en una pequeña localidad de los Alpes.

A aquella hora de la madrugada el andén se encontraba completamente desierto, al otro lado tan solo se distinguía una pequeña caseta. Carter no sabía que el expreso se detenía en pequeñas localidades, quizás solo lo había hecho para repostar.

A lo lejos vislumbró entre los copos de nieve como un tipo descendía del tren, miraba hacia ambos lados de la vía y hacía una señal de aprobación. Otros dos descendieron del vagón delantero arrastrando a una joven de melena rubia que intentaba zafarse con todas sus fuerzas. La chica giraba la cabeza de un lado para otro pidiendo ayuda de forma desesperada mientras le tapaban la boca.

Carter aguzó la vista sin creer lo que estaban viendo sus ojos.

—¡Jennifer! —exclamó Sam confundido.

—¡Jennifer! —volvió a gritar esta vez con más fuerza despertando a todo los pasajeros.

La chica se giró al oír su voz, mientras los tipos la introducían en la caseta de la estación.

Sam corrió por el vagón gritando su nombre mientras el tren se ponía de nuevo en marcha e intento abrir la puerta de salida que unía ambos vagones. Apretó con fuerza la manivela pero comprobó que era imposible.

Sam no sabía si se debía a la tormenta de nieve o es que había algún mecanismo que impedía que las puertas se abrieran cuando el tren estuviera en marcha.

Desesperado, dio media vuelta y cogió el hacha de emergencia que había en el interior de una vitrina.

Sam pensó «que desde luego aquello lo era».

Rompió el cristal de la puerta con un par de golpes secos y apartó con rapidez los trozos de cristal que circundaban la ventana. Sacó el cuerpo por la ventanilla y se descolgó cayendo sobre una inmensa capa de nieve.

Por suerte, el tren apenas había cogido velocidad y tan solo sintió un pequeño golpe en el costado y algunos arañazos en los brazos.

Se levantó y comenzó a correr hundiéndose en la nieve hacia la pequeña estación que habían dejado unos metros más atrás.

Al llegar a la explanada de la estación oyó un estruendo que le hizo estremecer.

Carter se giró y vio con toda claridad como el tren se inclinaba ligeramente hacia la derecha y saltaban chispas de la vía, durante unos instantes temió lo peor, si volcaba habría cientos heridos y gran parte de la culpa sería suya.

Sam Carter supuso que uno de los policías había tirado del freno de mano sin pensar en las consecuencias. Por fortuna todo quedó en un susto, el tren se detuvo y recuperó el equilibrio.

Atravesó el edificio de la estación y salió al otro lado del pueblo.

Unos metros más adelante un Volkswagen negro arrancó el motor y se perdió entre sus calles, Sam corrió tras él, hasta que se detuvo agotado, mientras observaba impotente como el vehículo se alejaba por una carretera de montaña.

Carter estaba desesperado, contrariado y exhausto.

Un día antes le habían asegurado en Venecia que Jennifer se dirigía a Praga a un desfile de modelos y ahora la veía aparse en los Alpes suizos.

Por un instante pensó que la había confundido con otra, la tormenta de nieve y la distancia a la que se encontraba era considerable, y aunque siempre había presumido de poseer una vista excelente la oscuridad no le dejaba ver con claridad.

Pero si no era ella ¿por qué se giró cuando pronunció su nombre? Quizás porque era la única persona que reaccionó a su llamada de auxilio.

Sam continuaba sopesando las opciones de cuclillas, con la respiración entrecortada y las manos apoyadas sobre el hielo, cuando cayó en la cuenta de que los policías que habían detenido el tren no tardarían mucho en presentarse allí.

Por primera vez miró alrededor y comprobó que estaba en medio de un pequeño pueblo de montaña encajonado en un amplio valle cubierto de grandes picos escarpados, al fondo un glaciar de nieves perpetuas completaba una estampa de postal.

Un instante después oyó como la policía se aproximaba, Sam enfiló un pequeño sendero cubierto de nieve y se adentró en un bosque de coníferas.

Unos metros más adelante decidió dirigirse al glaciar, quería evitar a toda costa los caminos transitados, y en la oscuridad de la noche la nieve de su cima aparecía como un faro lejano que iluminaba su sinuosa travesía.

Carter era un urbanita de los pies a la cabeza, y salvo en contadas ocasiones no había manifestado interés por pasar tiempo en un entorno rural, caminar por aquel terreno agreste y nevado le resultó mucho más duro de lo que esperaba. El frío comenzó a calar sus huesos, necesitaba encontrar un refugio sino quería morir congelado.

Una hora más tarde divisó en lo alto de una colina una enorme granja de doble planta donde un par de candiles resplandecían sobre una preciosa fachada de estilo tirolés de la que colgaban hermosos rosales sobre sus ventanas.

Miró el reloj y comprobó que eran las seis de la mañana, si en algún lugar podían prestarle ayuda era una granja aislada donde aún no habría llegado la noticia de un fugitivo perseguido por la policía.

Carter llamó un par de veces a la puerta, pero nadie contestó.

Dio la vuelta a la casa mientras observaba desde las ventanas si había alguna luz encendida.

Al llegar a la parte trasera encontró una tenue luz que parecía provenir de la cocina, se asomó y vio a un hombre de edad avanzada preparando el desayuno.

El granjero salió por la puerta de la cocina mientras Sam observaba el cálido fuego de la chimenea.

Un instante después sintió el frío acero posado sobre su nuca.

El viejo le apuntaba con una escopeta de caza.

—¿Quién es usted? —le gritó enfurecido.

CAPITULO VII

Dietar Smitchd volvió a comprobar la mira telescópica y puso su dedo en el gatillo. Un nuevo silbido recorrió el frío cielo del Cáucaso y la bala impacto de lleno en el pecho de Alina, la niña retrocedió varios metros fruto de la violencia del proyectil y cayó sobre la fría nieve; un profundo charco de sangre la rodeaba.

Sasha y Alexei asistían atónitos a la escena desde la ventana sin poder dar crédito a lo que estaban viviendo. Durante unos instantes Sasha quiso bajar a ayudarles, pero el miedo paralizó su cuerpo.

Varios soldados alemanes salieron desde diferentes puntos de la calle y rodearon los cadáveres.

—Buen disparo, Dietar —le felicitó uno de los soldados de su destacamento.

—¿Desde cuantos metros ha sido esta vez? —preguntó otro entre risas.

Dietar señaló la ventana desde la que había disparado.

—Una lástima —afirmó otro que inspeccionaba el cadáver—. Una mujer muy guapa.

—¿Qué demonios significa esto? —intervino el capitán Wulfrick acercándose desde el otro lado de la calle.

El oficial miró asqueado el dantesco espectáculo y se fue directo a por el francotirador.

—¿Es que ahora te dedicas a asesinar mujeres y niños? —le preguntó agarrándolo por la solapa del abrigo.

—Esto no era necesario, Smichdt —aseguró su segundo mientras el capitán atravesaba a Dietar con la mirada.

—¡Llévóslo! —ordenó a sus soldados—. ¡Queda relevado hasta nueva orden!

El francotirador forcejeó con los soldados que lo agarraban por los brazos.

—Cuando la SS sepa esto, lo pagará caro —le gritó Dietar mientras los soldados se lo llevaban a rastras.

El capitán le hizo un gesto desdeñoso con la mano mientras se alejaba.

—Entiérrenlas —ordenó.

Cuando Irina Volkov regresó a la vivienda el mundo se le cayó a los pies, aquel acto atroz del ejército alemán no podía quedar inmune y recorrió toda la ciudad anunciándolo a los cuatro vientos.

La muerte de su madre y sobre todo su hermana que apenas contaba con tres años de edad fue recibida por el pueblo soviético como un acto de barbarie que había que vengar.

A partir de ese momento la zona que aún resistía la invasión alemana presentó una resistencia feroz.

En los días posteriores la nieve que había alrededor del cadáver se volvió de un rojo escarlata intenso y la mancha no desapareció.

En el lugar donde fueron abatidas se erigió un improvisado altar. La gente no comprendía

como aquella mancha no se borraba a pesar de que la nieve continuaba cayendo sin cesar.

Los más devotos pensaron que aquello era una señal divina que despertaría al pueblo soviético de su aletargamiento para expulsar a los alemanes.

CAPITULO VIII

Carter dio varios pasos atrás y con la palma de las manos en alto pidió calma al granjero, que continuaba avanzando hacia él.

—No se ponga nervioso, amigo —le dijo con la voz titilante—. Durante la tormenta de nieve me perdí en una excursión al glaciar. Vi luz encendida y me acerqué a pedir ayuda.

El granjero lo miró de arriba abajo y llegó a la conclusión de que no parecía peligroso. Bajó la escopeta y le dijo:

—¿Le apetece desayunar algo?

Sam sonrió con timidez y asintió con la cabeza.

—Pase. Estaba preparando salchichas.

El granjero lo condujo hasta la cocina y le dijo que se calentara en la chimenea. Fue hasta la cafetera, cogió una taza y le sirvió un café bien cargado. En el fuego aún quedaban huevos y salchichas. Con una espátula los extrajo de la sartén y se los sirvió en un plato junto a un pan negro recién hecho.

Carter devoró el desayuno, la caminata por aquellas montañas le había despertado el apetito.

El granjero se sentó frente a él y lo miró con ojos inquisitivos mientras dejaba el plato limpio y le sonreía una vez más.

—Sea franco, amigo ¿Está huyendo de algo?

Él negó con la cabeza mientras apuraba el café.

—No son muchos los que se aventuran por el valle. En los últimos años el glaciar ha perdido una gran masa de hielo y los alpinistas ya no vienen por aquí. Además, juraría que no es usted escalador.

Carter sonrió débilmente.

—No sé si es granjero o policía, pero me ha descubierto —respondió con una sonrisa. Verá, soy americano y llevé más de un año conociendo a una guapa suiza. Llegué hace un par de días, y todo iba fenomenal hasta que apareció un tipo que parecía ser su marido, o al menos eso entendí porque no hablo ni una palabra de alemán.

El granjero soltó una fuerte carcajada.

—Sin tiempo casi ni para vestirme me descolgué por una de las ventanas. De ahí estos arañazos —dijo señalando sus brazos.

El granjero lo miró una vez más y asintió.

—Tengo amigos en Viena y quiero pasar el resto de las vacaciones con ellos.

—¿Por qué no les llama? Tenemos teléfono en casa.

—Tenía el número apuntado en una tarjeta, pero lo perdí.

El granjero se lo quedó mirando una vez más, le recordaba a su hijo y le resultaba simpático, pero no sabía si creer aquella rocambolesca historia.

—No puedo llevarle hasta Viena, pero mañana tengo que acercarme a Salzburgo. Desde allí

puede coger cualquier transporte hasta la capital.

—Se lo agradezco mucho —le aseguró estrechando su mano.

El granjero fue hasta el fregadero y lavó los platos.

—Ahora que lo pienso lo mismo me daría ir hoy —reconoció—. Voy a preparar la furgoneta y partiremos en una hora.

Sam asintió agradecido, parecía el primer golpe de suerte desde que llegó a Europa.

El granjero cargó los quesos que había elaborado durante un par de meses en la nave que tenía junto a su vivienda. Le hizo un gesto a Carter, y éste subió a una vieja Peugeot que hacía un extraño ruido cada vez que el motor se ponía en marcha.

Sam se relajó y disfrutó del bello paisaje que contemplaba desde la ventanilla, un sinuoso camino de montaña rodeado por un espeso manto de nieve.

El granjero no era hombre de muchas palabras y el trayecto transcurrió con calma.

El camino de montaña desembocó en una transitada autopista, durante el trayecto tuvieron que atravesar varios túneles de montaña que se extendían durante varios kilómetros hasta llegar a la frontera austriaca.

Sam Carter había oído hablar de aquellos gigantescos túneles. En uno de ellos se produjo un accidente en el que se vieron involucrados numerosos vehículos, las ambulancias llegaron demasiado tarde porque el arcén interior se hallaba colapsado; el túnel se acabó convirtiendo en una auténtica ratonera. Sam recordó aquella historia mientras atravesaba uno de los más largos, estaba deseando salir de Suiza.

Por fortuna, no tuvo ningún problema al atravesar la frontera, no había orden de captura sobre él o al menos no había llegado a tiempo.

La distancia no era demasiado larga y en un par de horas se encontraba contemplando las impresionantes cúpulas de las iglesias de Salzburgo, cuna del gran compositor Mozart.

El granjero aparcó su furgoneta junto a una gran plaza, desde allí transportaron los productos a un concurrido mercado donde todos los viernes se vendían los más apreciados productos de la región.

El granjero le indicó donde se encontraba la estación de autobuses que unía Salzburgo con el resto del país. Como la mayoría que había encontrado no era una ciudad demasiado grande, apenas tuvo que atravesar un par de calles y llegó a una marquesina donde se encontraban aparcados los autobuses.

No tuvo que esperar demasiado, en menos de media hora se encontraba camino de Viena en un moderno autocar con todo tipo de comodidades.

El trayecto no era tan espectacular como el de las montañas alpinas, pero tenía su encanto.

A media mañana el autocar hizo su entrada en la capital austriaca.

Al bajar Sam comprobó de primera mano porqué aquella hermosa ciudad tenía su fama bien ganada: bellos edificios barrocos, calles adoquinadas, calzadas empedradas, soberbios salones de

té, modernos tranvías y la más amplia y exquisita variedad de música clásica componían uno de los más bellos cascos históricos del viejo continente.

Durante su odisea por los Alpes había pensado un par de veces en entregarse a la policía y que la justicia aclarara el caso, pero aquel insólito incidente del tren lo había cambiado todo, ya no era solo su futuro el que estaba en juego, necesitaba saber si Jennifer se encontraba a salvo. Continuaba albergando serias dudas que la chica secuestrada fuera ella, y la única forma de averiguarlo era viajando hasta Praga.

En el accidentado viaje por los Alpes había perdido un tiempo precioso, aquel incidente le había hecho retrasarse casi un día, pero confiaba en llegar a tiempo al desfile de modas que se celebraba en la capital de Bohemia.

Mientras se dirigía a la estación de ferrocarril descubrió una majestuosa ciudad que le hubiese gustado visitar, si algún día tenía la ocasión, volvería y disfrutaría de ella con más tranquilidad.

Sam había perdido todo el equipaje en el tren de Suiza, y en aquella latitud hacía mucho frío, fue a una tienda y compró ropa de invierno y un sombrero; del calor de Venecia había pasado al crudo invierno. Pero lo que más le importaba es que había perdido su cámara de fotos, en cuanto pudiera volvería a comprar una del mismo modelo.

Se subió en uno de los modernos tranvías que circulan por sus calles y tras hacer un pequeño transbordo llegó a la estación.

Era un bello edificio construido a finales del siglo XIX, cuando los ferrocarriles estaban en plena expansión, le sobrecogió su tamaño y arquitectura, era sin lugar a dudas la estación más imponente que había visitado hasta la fecha.

Tras pasar por la ventanilla le informaron que el tren partía en un par de horas, fue hasta la cafetería y desayunó por segunda vez aquel día en un concurrido buffet que estaba abarrotado, nunca le habían gustado demasiado, pero no le quedaba más opción que amoldarse a lo que había.

Luego visitó una tienda donde se vendía prensa local y extranjera, se detuvo especialmente en los periódicos suizos e italianos, y aunque no entendía nada, en la mayoría de ellos no encontró ninguna referencia a lo sucedido, tan solo el Corriere della Sera contenía en sus páginas algunas noticias referentes al caso:

En una de sus líneas mencionaba la palabra interpol, Sam conocía lo que significaba aquella organización por unos desagradables incidentes en los que se vieron envueltos un grupo de amigos cuando viajaron a Europa y fueron víctimas de un robo.

Por aquella razón sabía que era el único cuerpo de policía capaz de seguir la pista a un prófugo de la ley por diferentes países europeos. Compró el periódico y se lo metió bajo el brazo, necesitaba saber si habían dictaminado una orden de búsqueda y captura.

Fue hasta el andén donde estaba estacionado el tren con destino Praga y subió a su interior. El revisor le indicó que asientos podían ocupar los pasajeros del eurorail, recorrió un par de vagones hasta que encontró uno frente a la ventanilla, odiaba desde pequeño los que daban al pasillo.

No terminaba de entender por qué después de pagar más de trescientos dólares tan solo tenía derecho a unos pocos vagones que siempre estaban atestados de turistas, en su mayoría gente joven cargados de mochilas.

El tren arrancó a las once en punto. Sam se recostó hacia atrás pensando que al fin no tenía que huir de nadie.

El viaje transcurrió entre bosques y pequeños pueblos centenarios con absoluta tranquilidad.

En Bratislava hizo su primera parada, y varios pasajeros subieron al tren.

—¿Está libre este asiento? —preguntó una chica de larga melena azabache y penetrantes ojos azules.

—Claro —respondió con un gesto de su mano.

A Sam le llamó la atención la seguridad que desprendía aquella mujer.

Raquel Arzuaga tenía la peculiaridad de no dejar indiferente a nadie. Poseía una penetrante mirada que ocultaba tras una bella montura de Cartier que la hacía parecer aún más intimidadora, pero al mismo tiempo seductora.

Raquel introdujo su maleta en el altillo y se quitó la chaqueta antes de sentarse.

—¿Eres española? —le preguntó.

—¿Cómo lo has adivinado? —respondió sorprendida.

—Tengo algunos amigos españoles en el Metropolitan con el mismo acento al hablar inglés.

—Así que eres americano.

Él asintió.

—Mi nombre es Raquel. Encantada de conocerte —dijo alargando su huesuda mano—. Soy periodista. Trabajo en La Vanguardia de Barcelona.

—Ya tenemos algo en común —contestó—. Yo he trabajado en varios periódicos. Soy fotógrafo.

Raquel rió quedamente.

—Y ¿qué te llevo a elegir tu profesión? —le preguntó mientras el tren volvía a ponerse en marcha.

—Siempre quise saber lo que ocurría a mí alrededor, informar a los demás y por supuesto denunciar las injusticias.

—Me alegra oír eso. La mayor parte de la prensa de mi país está dirigida por diferentes Lobbies afines a una u otra ideología que obligan a sus periodistas a escribir solo lo que les interesa.

—Me temo que eso no ocurre solo en tu país —respondió Raquel exhalando un suspiro—. La mayor parte de los periodistas tienen familias que alimentar y si no escribes lo que te ordenan te enseñan la puerta de salida. Es un tema complicado.

—La mayoría no esperarían algo parecido cuando realizaron sus estudios.

—Así es, pero ¿qué es más importante tus principios o tu economía? —argumentó Raquel inclinándose hacia delante—. Cuando eres joven eres más idealista y estás comprometido con las causas de la sociedad, pero conforme van pasando los años te das cuenta de que no puedes cambiar el mundo —hizo una breve pausa y respiró hondo—. Y al final tus prioridades comienzan a ser otras.

Sam asintió.

—Sabes, me está entrando un hambre atroz ¿Qué tal si continuamos nuestra conversación en la cafetería?

—Me parece una gran idea. Yo también llevo horas sin probar bocado.

El vagón restaurante no quedaba demasiado lejos, Sam y Raquel atravesaron un par de vagones y se sentaron en una pequeña mesa junto a la barra.

El camarero les sirvió un sándwich de jamón y queso y una ensalada.

—¿Y qué haces tan lejos de España? —le preguntó mientras cogía el sándwich con ambas manos.

—Informo sobre las nuevas condiciones de vida en los países del este.

—¿Hay interés por ese tema?

—Son países que han permanecido aislados durante más de cincuenta años. La gente quiere saber cómo se vivía tras el muro.

—Aún continuo sin comprender por qué se hundió el sistema soviético —dijo Carter mientras daba un bocado a un sándwich.

—Fue un proceso largo, mucho más de lo que la gente piensa —contestó Raquel—. El colapso no ocurrió de la noche a la mañana. Desde los años setenta el sistema soviético comenzó a languidecer, estaba viejo, corrupto y agotado. Se hacía imprescindible un cambio político y económico —dio un trago a su cerveza y continuó explicando—. En los años ochenta se presentó un informe que denunciaba el agotamiento del sistema de economía centralizada, los bajos rendimientos de los trabajadores y los intereses de la oligarquía por mantenerlo.

—Y si sabían dónde estaba el problema ¿por qué no hicieron nada para subsanarlo?

—No todos estaban de acuerdo con los cambios. El ala dura del partido destituyó al presidente antes de iniciar las reformas.

Sam recordó las imágenes que había visto en televisión años atrás. A principio de los ochenta la crisis económica había llegado al máximo en la URSS.

La mayor parte de los productos alimenticios estaban racionados y las colas en las calles para conseguir alimentos eran interminables, los más privilegiados las compraban en el mercado negro a precios desorbitados.

Las máquinas habían quedado anticuadas, las viviendas eran pequeñas e insuficientes, en un piso de cuarenta metros vivían varias familias y las empresas del Estado tenían demasiados obreros que no producían lo suficiente.

—La situación comenzó a cambiar en el 85 cuando llegó Gorbachov —prosiguió explicando Raquel—. En el corto período de cinco años reorientó el sistema político hacia la democracia y el económico hacia el capitalismo. Gorbachov implantó una nueva política económica a la que llamaron Perestroika que pretendía modernizar y cambiar el socialismo soviético, para ello era necesario lograr un incremento de la productividad. Se intentó eliminar la excesiva burocratización, frenar la corrupción y promover una mayor independencia económica de las diferentes repúblicas soviéticas.

—Entonces ¿por qué lo destituyeron? En todas los informativos aparecía como el gran

salvador del pueblo soviético, e incluso le dieron el premio nobel.

—Así era para Occidente, pero en la Unión soviética no se veía de la misma forma. Los resultados de los distintos proyectos reformistas se saldaron en fracaso. De ahí que la sociedad rusa tendió a equiparar medidas reformistas con hundimiento económico.

—Y ¿cómo cayó el muro con tanta facilidad?

—En otoño de 1989 se produjo el derrumbamiento en cadena de los regímenes comunistas en los países del Este, y lo más sorprendente es que todo se consiguió sin violencia —hizo una pequeña pausa mientras pinchaba un poco de remolacha—. El detonante fue la perestroika. De haberse opuesto militarmente Moscú el proceso hubiera sido frenado en sus primeras fases.

—Sorprendente —contestó Sam recordando los duros enfrentamientos de la guerra fría—. Y ¿de qué forma se resolvió todo?

—Al final todo acabó con la caída de Gorbachov. Se convocaron elecciones en el año 91, pero la vieja guardia del partido dio un golpe de estado y lo apartó del poder. Fue entonces cuando entró en escena Boris Yeltsin, llamó a la desobediencia civil y el parlamento ruso se convirtió en el reducto de la resistencia. Tras sesenta horas el golpe fue desarticulado y Yeltsin fue nombrado nuevo presidente.

—Lo que más me llama la atención es la rapidez con que ocurrió todo.

—La situación era insostenible, por eso el sistema se desmoronó con tanta velocidad.

Sam y Raquel terminaron la comida y regresaron a sus asientos.

El tren hizo una nueva parada, esta vez en la localidad de Brno, muy cercana a Praga.

—Estuve en los Juegos Olímpicos de Barcelona el año pasado —le comentó Sam mientras veía desde la ventanilla bajar a varios pasajeros—. Fue una de las mejores experiencias de mi vida.

—Cuando viajo fuera de España todo el mundo me habla de lo mismo —reconoció Raquel.

—La ciudad nos recibió con los brazos abiertos. Los voluntarios hicieron un gran trabajo —afirmó—. Se veía la enorme satisfacción que representaba para sus ciudadanos.

—Estamos muy orgullosos —respondió Raquel—. Fueron unos juegos grandiosos, y sirvieron para efectuar grandes remodelaciones en la ciudad.

Sam sonrió, era un apasionado del atletismo y el baloncesto y no quiso perder la oportunidad de ver a Michael Joran en unos Juegos Olímpicos.

—Ahora me estoy planteando ir a los San Fermines. Ya sabes, fiesta y diversión toda la noche.

—¡Ah! mi querido Hemingway —suspiró Raquel— ¡Qué gran servicio hizo al país!

—¿Te gusta Hemingway?

—¡Y a quién no! ¿Nunca has pensado que solo un genio puede transformar la historia de un solitario pescador en un Best Seller?

—La verdad es que no parece ser un tema muy interesante para una novela. Hay que ser un escritor muy hábil para conseguir atraparte con una historia así.

—Ahí lo tienes —concluyó Raquel dando una sonora palmada.

Sam se desternilló al comprobar su efusividad.

—Yo me quedaría con «Adiós a las Armas».

—Una apasionante historia de amor.

—¿Es tu género preferido?

—No, por Dios. No caigamos en tópicos. No por ser mujer solo iba a interesarme la novela romántica. Me gustan todo tipo de géneros siempre y cuando la historia sea interesante.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar bien —contestó guiñándole un ojo.

Raquel asintió complacida.

—Y ¿a qué te diriges a Praga?

—Busco a una amiga.

—Al final resultará que eres tú el romántico. Pensaba que ya no quedaban hombres como tú.

A Sam se le dibujó una irresistible sonrisa y la miró fijamente, le gustaba Raquel, no sabía si era por su simpatía, su personalidad o por aquella sinceridad tan aplastante.

—Y ¿quién es ella?

—Es una modelo internacional. Hay un desfile de modas este fin de semana en Praga, y quiero volver a verla.

—Al parecer hay bastantes desfiles de chicas eslavas en los países del este.

—En este caso, es de un diseñador americano, Carl Stewart ¿Lo conoces?

Raquel negó con la cabeza.

—No entiendo demasiado de moda —respondió alzando las manos—. ¿Y dónde te hospedas?

—Todavía no lo he decidido. Me han hablado de los hostels.

—En la Europa occidental están bien, pero no te lo recomiendo para la Europa del este. La oferta hotelera no es demasiado amplia. Ten en cuenta que hasta hace un par de años no había turismo. Ahora hay empresas, sobre todo alemanas, que comienzan a invertir en la ciudad, apenas hay cinco hoteles que merecen la pena. El resto son reliquias del pasado comunista.

—En realidad no sabía ni donde se encontraba Praga —contestó en un alarde de sinceridad.

—Yo me hospedo en el Holiday Inn. Si quieres puedes acompañarme y preguntar si tienen habitaciones libres.

—Es una buena idea.

Sam y Raquel pasaron el resto del camino charlando sobre ellos y las semejanzas y diferencias que había entre Usa y Europa.

El trayecto se hizo tan corto que cuando el tren hizo su entrada en la estación de Praga ni tan siquiera se dieron cuenta.

Al bajar del tren Carter vio a un tipo que no dejaba de observarles, su cara le resultaba familiar, pero no sabía dónde le había visto.

Continuó atravesando la estación junto a Raquel hasta que recordó a uno de los tipos que secuestraron a Jennifer en el tren de Suiza.

Se volvió y miró en todas direcciones, pero el tipo ya había desaparecido.

CAPITULO IX

Con el paso de los días Irina Volkov supo mantenerse fuerte, si algo quedaba aún en ella de adolescente se acabó transformando en toda una mujer.

Encontró a unos vecinos que se hicieron cargo de Sasha y Alexei. Aquel trágico suceso que marcaría su vida para siempre la llevó a querer combatir en primera línea del frente. El ejército soviético no hacía distinción de género, y reclutaba a todas las mujeres que estuvieran dispuestas a luchar por la causa.

A finales de octubre una gran noticia corrió como la pólvora entre los rusos aislados en el margen oeste del Volga, el sesenta y dos ejército soviético avanzaba a marchas forzadas en dirección a Stalingrado, un halo de esperanza se abrió entre la resistencia, los alemanes controlaban ya más del noventa por ciento de la ciudad.

Una fría mañana los cañonazos de la artillería no cesaban de sonar, Irina miró al cielo desde una pequeña ventana en el sótano donde se hallaban escondidos y divisó en el aire una patrulla de aviones que, para su sorpresa, no pertenecía a la Luftwaffe.

Los gritos de júbilo resonaron como un estruendo en todos los sótanos del sector soviético.

«Cuando llegue el invierno» escuchó como si fuese Aitor el que se lo susurraba al oído, un par de lágrimas se deslizaron sobre sus orondas mejillas y en el acto las secó con las manos; desde hacía semanas había perdido la esperanza de volver a encontrarle con vida.

En el bando contrario los alemanes miraban hacia arriba contrariados, el cielo se tornó en una nube negra de cazas rusos que golpeaban sus defensas sin piedad.

Nadie había informado al alto mando de que el ejército soviético estuviese tan cerca.

—¡Operadora! —gritaba el general Paulus hecho una furia—. Póngame de inmediato con Berlín —ordenó y cogió el auricular—. ¡Oiga! —gritaba una y otra vez sin parar de moverse.

Un instante después estrelló el teléfono contra el suelo. Los rusos habían cortado la línea de nuevo.

Al otro lado de la ciudad los trenes de mercancía llegaban a la estación cargados de soldados que anhelaban derrotar al enemigo.

Un fuerte estruendo se oyó al abrir las compuertas cuando el tren se detuvo, de su interior salió el grueso de la infantería soviética que corrió a tomar posiciones.

Subiendo el Volga las barcazas remontaban las olas producidas por los proyectiles que los cazas rusos soltaban desde sus compuertas, el río estaba a punto de helarse.

—¡El invasor debe de ser expulsado! ¡Derramad hasta la última gota de vuestra sangre!— gritaban varios oficiales soviéticos megáfono en mano mientras los soldados avanzaban con sus fusiles por las embarradas calles como siglos atrás lo hicieron las mismísimas hordas de Gengis Khan.

Desde los últimos vagones los tanques que apoyaban a la infantería descendieron con lentitud entre las ruinas de lo que hasta hacía dos meses era una hermosa ciudad.

Los soldados rusos procedentes de todos los rincones de la UniónSoviética se encontraron en

una ciudad con enormes montañas de escombros descansando sobre un inmenso lodazal en la zona del río donde aún la nieve se derretía con facilidad, a su izquierda una intensa capa de nieve cubría el resto de la urbe.

A pesar de su poderoso armamento el sesenta y dos ejército soviético era muy superior en número, y los alemanes apenas podían resistir su avance, lo que habían conquistado con tanta facilidad en dos meses comenzaron a perderlo en cuestión horas, en tan solo cuatro días el ejército soviético aniquiló a buena parte del alemán, y el resto quedó cercado en un reducido área, sin poder recibir ayuda del exterior.

Allí quedaron más de doscientos cincuenta mil soldados, debilitados rápidamente por el hambre y el frío y los ataques del ejército soviético.

Las tornas habían cambiado, ahora eran los alemanes quienes resistían el avance ruso en improvisadas trincheras, emanando vaho por sus bocas mientras soportaban el intenso frío con desgastados abrigos y gigantescos gorros de lana que hacían entrar su cuerpo en calor.

—Necesito que restablezcan las comunicaciones —gritaba fuera de sí el general alemán haciendo aspavientos en la sala de mando.

Los soldados que aún quedaban de la décimo séptima división se presentaron voluntarios. Al mando Dietar Smitchd, que había obtenido el rango de teniente tras la muerte del capitán.

Sin tiempo que perder, el comando sorteó las calles dominadas por los soviéticos, después de dos meses recorriendo aquellos escombros Dietar conocía a la perfección cada recoveco de aquella fantasmagórica ciudad.

Los alemanes atravesaron el sector de los grandes almacenes entre las cloacas que desembocaban a orillas del Volga, aquella zona solo era conocida por los oriundos de la ciudad, los soldados soviéticos llegados en su mayoría de Moscú, ni se aventuraban a pisar aquel estercolero.

El teniente Smitchd detuvo a sus hombres en una esquina al comprobar cómo un par de soldados soviéticos recorrían los edificios abandonados que había frente a ellos.

A una señal el pequeño comando entró en una fábrica abandonada, y sin hacer el menor ruido atravesaron un almacén de grano que se encontraba desierto.

Al llegar al sector del telégrafo, se arrastraron entre el lodo hasta la zona donde los rusos habían cortado los cables, en una rápida maniobra los alemanes restablecieron la comunicación y enterraron el cable bajo el barro, cambiándolo de posición para que los rusos no lo encontraran con facilidad.

—Buen trabajo —dijo Dietar a uno de sus hombres cuando acabó la misión.

—Esperemos que aguante un par de días —respondió el oficial consciente de que los rusos volverían a cortar los cables en cuanto se restableciese la línea.

Era una práctica habitual que ambos bandos sabotearan la comunicación del enemigo, teniendo que volver a restablecerla una y otra vez.

El comando regresó al cuartel general sin ningún percance.

—Buen trabajo, teniente —le felicitó el general teléfono en mano mientras el operador de radio restablecía la línea con Berlín.

El general escuchó impaciente lo que el Mariscal de campo, Wilhelm Keitel, le ordenaba desde el alto mando de la Wehrmacht.

—¿No estará hablando en serio, Mariscal?

El general tuvo que apartar el auricular por los fuertes gritos que le profería su homónimo.

—Pero...

De repente la comunicación se cortó, el Mariscal le había colgado el teléfono.

El general gruñó con los brazos apoyados sobre la mesa de su escritorio mientras sopesaba las palabras del Mariscal.

—El alto mando asegura que es imposible enviar ayuda por tierra —explicó al coronel, que permanecía expectante a su lado—. Los caminos están cortados por la nieve, y el ejército soviético ha rodeado la ciudad con una maniobra de envoltura —hizo una breve pausa y movió la cabeza de un lado a otro—. El Volga se ha congelado por completo y ningún barco puede navegar hasta aquí.

—Nuestros hombres se mueren de hambre y apenas quedan medicamentos —le recriminó el Coronel.

—¿Crees que no lo sé! —le respondió—. Se lo he repetido hasta la saciedad. La única opción es realizar un puente aéreo.

—¿Quiere decir que enviarán el aprovisionamiento en aviones de carga?

El general asintió preocupado, sabía el riesgo que conllevaba aquella opción.

—La mejor solución sería que enviaran más hombres.

—El mariscal asegura que no disponemos de más efectivos. El ejército desplegado en Francia es intocable.

El coronel se mecía el mentón sopensando que podrían haberlos enviado de otras zonas menos conflictivas.

—El aeródromo de Pitomnik es nuestra única salvación —aseguró el general—. Debemos defenderlo como si nos fuera la vida en ello.

—Así se hará, general —le aseguró el Coronel y se marchó alzando el brazo en alto y cuadrando los tacones de sus botas.

El sesenta y dos ejército soviético atacó el aeródromo de Pitomnik una semana después, cortando el aprovisionamiento y menguando los aviones de carga que efectuaban el puente aéreo. Los soviéticos sabían que aquella era la última esperanza de los alemanes y no tardaron mucho en golpear su punto más vulnerable.

—Hemos perdido el aeródromo a manos de los soviéticos —le informó el Coronel después de dirigir personalmente las operaciones.

El general Friedrich Paulus dio un fuerte golpe encima de la mesa y varios cuadernos y un par de estilográficas saltaron por los aires.

—¡Le dije con toda claridad que era nuestra última oportunidad! —exclamó el general—.

¿Ha pasado por los barracones?

El coronel negó con la cabeza.

—La mayoría de nuestros hombres se encuentran agazapados en un rincón con el rostro desencajado por el frío. La mayoría están enfermos y el resto se muere de hambre. ¿Qué quiere que les diga ahora para insuflarles ánimo?

El coronel permaneció en silencio durante unos instantes, tenía miedo a responder al general, sabía que cualquier oficial hubiese perdido la base aérea a manos de los rusos, pero en aquellos momentos él era el único responsable del desastre.

—Aún nos queda una última opción, general —susurró casi sin oírse sus palabras.

—¡Hable! —exclamó el general mientras veía la situación cada día más desesperada.

—Si los aviones consiguen lanzar los suministros en la llanura que se encuentra a nuestras espaldas no necesitaremos para nada el aeródromo.

El general meditó sus palabras durante unos minutos con las manos apoyadas sobre el mentón.

—Es arriesgado, pero no encuentro más opción. Ordene a un grupo que se dedique a recoger los suministros.

—A sus órdenes, mi general —repuso el coronel, dio la vuelta y se puso un sombrero de lana antes de abandonar el cuartel general.

El general se comunicó con Berlín donde recibió de inmediato la aprobación.

A partir de ese día los suministros comenzaron a llegar con regularidad, el ánimo en el bando alemán mejoró hasta tal punto que el general Paulus planeó un nuevo ataque para reconquistar el sector de los grandes almacenes.

Al otro lado de la ciudad, el ejército rojo observaba con preocupación como la situación había dado un giro inesperado.

—Camaradas, estamos a un paso de la victoria —anunció Nikita Krushev ante el resto de sus oficiales—, pero la situación se ha vuelto acuciante, si los alemanes aguantan el invierno recibirán ayuda del exterior.

Nikita comenzó a pasear por la habitación con las manos a la espalda y la cabeza gacha.

—Necesitamos encontrar una solución lo antes posible —añadió mirando a los presentes.

Nadie en el cuartel se atrevía a decir ni una sola palabra.

Irina observaba inquieta desde el fondo de la sala como nadie se aventuraba a contradecir a la cúpula del partido, los ideólogos de Stalin parecían impotentes ante aquella situación.

—Yo tengo una idea, camarada —se atrevió a decir al ver la desesperación en el resto de los oficiales.

Desde el instante en que pronunció aquellas palabras se arrepintió de haberlas dicho. Todos en la sala se giraron hacia ella y clavaron su mirada en su rostro angelical.

—¿Quién ha dicho eso! —exclamó confundido Krushev.

—No haga caso camarada comisario —respondió el general—. Ha sido un error.

—¡Error! —exclamó Nikita mirándole ceñudo—. Es que cree que los bombardeos me han dejado sordo.

—Que dé un paso al frente quien haya pronunciado esas palabras —ordenó a los presentes.

A Irina le temblaban las piernas pero sabía que ya no había marcha atrás.

—He sido yo, camarada comisario —reconoció casi pidiendo perdón.

Krushev se acercó a ella asombrado y la escrutó fijamente durante unos instantes.

—Hable con tranquilidad, camarada —dijo con una leve sonrisa—. Ya sabe que en la Unión Soviética nos importa mucho la opinión de las mujeres a diferencia de esos países capitalistas.

Irina balbució al principio, pero se armó de valor y le susurró al oído su idea.

Krushev abrió los ojos como platos conforme iba escuchando la narración.

—¡Soberbio! —aseguró con una amplia sonrisa ante la incredulidad de los presentes—. Necesitamos más camaradas como usted.

Irina sonrió agradecida.

—Serguei —llamó a su secretario—. Acompañe a la camarada a su despacho y disponga todo lo necesario para llevar a cabo el plan esta misma tarde.

Cuando la sombría luz del día llegó a su fin, un comando ruso dirigido por el mismísimo comandante se desplegó sobre la llanura anterior adonde los aviones de carga alemanes lanzaban los suministros.

Apostados sobre los árboles salieron de su escondite en cuanto oyeron el ruido del motor de los aviones.

Se dispusieron en cuadro y encendieron todas las bengalas que habían reunido, los pilotos desorientados en la oscuridad lanzaron los suministros en el lugar equivocado.

A partir de ese día, aunque los alemanes descubrieron el truco, no había manera de que los pilotos de la Luftwaffe supiesen si las bengalas encendidas pertenecían a uno u otro bando, los rusos les engañaban constantemente cambiando la posición y los suministros que lanzaban en paracaídas acababan cayendo en el bando equivocado.

Aquello fue el principio del fin, faltos de suministros, enfermos y con la moral por los suelos los alemanes acabaron rindiéndose un par de meses después.

La victoria de Stalingrado significó un antes y un después en la Segunda Guerra Mundial, los soviéticos recuperaron con una velocidad pasmosa el terreno perdido.

El ejército alemán había puesto tanto empeño en la batalla de Stalingrado, que dejó la retaguardia desguarnecida, en un par de meses los rusos recuperaron más de doscientos cincuenta kilómetros de territorio en manos de los nazis.

Desde ese día, el frente ruso se derrumbó y el avance de los ejércitos soviéticos hasta la toma de Berlín se hizo imparable.

CAPITULO X

Sam Carter ayudó a Raquel con su pesada maleta y ambos caminaron juntos hacia la salida.

—¿Y tu equipaje? —le preguntó Raquel.

—Es una larga historia. Lo perdí en el aeropuerto y estoy a la espera de que me lo envíen — mintió.

—Con un poco de suerte lo conseguirás antes de regresar a tu país.

—¿Eres siempre tan optimista? —quiso saber soltando una carcajada.

—Soy realista —respondió Raquel mientras salían de la estación y buscaban un taxi—. Esto no es América. Si pierdes una maleta puede acabar en Tailandia.

Carter llegó al primer taxi de la parada y Raquel le detuvo cuando iba a subir al interior.

—Pacta el precio antes de subir, de lo contrario pagaremos el doble.

—¿Lo dices en serio?

—Viajo a la Europa del este desde hace un par de años. Lo normal es que cobren el doble cuando llegues al destino con cualquier tipo de excusa. Espero que algún día la policía intervenga y lo regularice.

Sam tuvo que regatear con el taxista durante un buen rato, cada vez que le ofrecía un precio miraba por el rabillo del ojo a Raquel, que con un gesto de su mano le indicaba si debía seguir bajando. Al final ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza y subieron al vehículo.

Al llegar al hotel Sam comprobó que Raquel llevaba razón, el taxista quería cobrar cinco dólares de más poniendo como excusa que era día festivo, cuando ni siquiera era fin de semana.

Pero el se negó en rotundo y le dijo que si quería más dinero avisaría a la policía. El conductor arrancó el coche y se marchó con cara de pocos amigos.

El hotel había sido rehabilitado por una cadena internacional el año anterior, y aunque quedaban ciertas reminiscencias del pasado comunista habían realizado un trabajo impecable.

Sam encontró una habitación una planta más arriba de donde dormía Raquel.

Aquella tarde bajó a recepción y mientras tomaba una copa en el bar, pensó en Raquel, habían congeniado tan bien que le apetecía volver a verla. Fue hasta la recepción, llamó a su habitación, y le propuso ir a cenar aquella noche.

Además de su agradable compañía, no encontraría una mejor guía en toda la ciudad, Raquel llevaba más de dos años viajando a Praga, Budapest y otras ciudades de la Europa del Este.

Mientras la esperaba fue a tomarse otra copa. Cuando la vio aparecer se quedó boquiabierto. Llevaba un vestido de color rojo burdeos, y unos tacones negros de siete centímetros que la hacían llegar a su altura. Se había recogido el cabello con un elegante moño y se había maquillado.

—Creo que esta noche seré la envidia de toda la ciudad —le aseguró, tendiendo su mano para que se sentara frente a la barra.

—Gracias —respondió Raquel—. No sabía que los americanos fueseis tan galantes.

—En Baltimore lo somos.

—Tienes mi permiso para continuar practicando —repuso con una amplia sonrisa.

—¿Qué vas a tomar?

—Un gin tonic.

Sam avisó al camarero y le sirvió la copa.

—¿Dónde piensas llevarme? —le preguntó Raquel.

—Si estuviésemos en Nueva York ejercería de anfitrión, pero aquí no tengo ni la menor idea. Me gusta el hotel y mucho más la compañía, confiaré en ti una vez más.

Raquel asintió con una sonrisa.

—Conozco un restaurante situado en un sótano donde elaboran su propia cerveza, en realidad formaba parte de una bodega. Praga es mundialmente conocida por su producción.

—No sabía situar Praga en un mapa —reconoció una vez más—, pero sí que la Budweiser provenía de una receta checa.

—Suele pasar —aseguró Raquel con una sonrisa—. Algunos lugares son más famosos por sus productos que por su historia. Las diferentes cervezas que se fabrican en esta ciudad tienen muchas semejanzas con la vuestra.

—Y ¿qué me dices de la gastronomía?

—Veo que te gusta comer bien.

—Es uno de los mayores placeres de esta vida —reconoció Sam a quien le apasionaba descubrir nuevos platos.

—Si eres carnívoro y tengo entendido que los americanos lo sois, estás de suerte. La carne es exquisita, el pescado escasea, lo único que puedes encontrar son pescados de río como el lucio.

—Se me está haciendo la boca agua.

Raquel y Sam fueron paseando desde el hotel hasta la plaza de San Wenceslao, en cuya cima se erguía majestuosa su escultura ecuestre. Desde allí bajaron por una larga calle, a mediación giraron a la izquierda por una bocacalle que la atravesaba de forma longitudinal. Unos metros más adelante descendieron por unas largas escaleras hasta la entrada del restaurante.

El local estaba repleto de grupos de turistas enviados por agencias de viaje y conducidos por un guía que se llevaba una suculenta comisión.

—El maître dice que tendremos que esperar más de una hora —le informó Raquel tras preguntar a un tipo alto y delgado de mirada lánguida.

Sam sacudió la cabeza.

—Conozco otro restaurante en las cercanías de la plaza de la ciudad vieja, no elaboran su propia cerveza pero la cocina es exquisita.

—Puedo pasar sin probar la cerveza —le dijo agarrando su brazo—. No tengo ganas de esperar.

Sam y Raquel llegaron hasta la plaza más concurrida de Praga, donde destaca en la torre del

antiguo ayuntamiento su hermoso reloj astronómico, en una de sus callejuelas se encontraba el restaurante «Mucha».

Un maître alto y rubio vestido con un impecable traje negro les dio la bienvenida, y les acompañó a un elegante comedor repleto de vegetación.

Un camarero de pronunciados rasgos eslavos con el cabello engominado les atendió con una agradable sonrisa.

—No te dejes llevar por las apariencias. La mayoría no suelen ser tan simpáticos. No sé si será por el clima o por la difícil situación económica que atraviesan, pero no son felices.

—¿Ha empeorado la situación desde que cayó el muro? —preguntó con curiosidad.

—No es fácil reconstruir un país y mucho menos reflotar su economía. Pasar del comunismo al capitalismo llevará su tiempo. Pero los checos son gente seria y trabajadora, estoy convencida de que lo conseguirán. Poseen una de las ciudades más hermosas de Europa y todos sus esfuerzos se están reorientando hacia el turismo. En cada viaje compruebo que la situación mejora a pasos agigantados.

—Por una pronta recuperación —dijo brindado su copa de vino—. Creo que acabaré aprendiendo español.

—¿En serio? —preguntó Raquel.

—Para leer tus artículos. Haces un gran trabajo.

—Gracias —contestó Raquel halagada.

—Y ¿qué otros cambios has percibido?

—También los hay negativos. Como te imaginaras no solo las empresas internacionales extienden sus redes, también proliferan las mafias de la Europa del Este. Saben que Praga y Budapest son las dos ciudades del antiguo bloque soviético que se han modernizado con más rapidez.

—¿Como por ejemplo?

—Juego, prostitución, robos, droga. Todo lo prohibido también lo puedes encontrar.

—No parece una ciudad peligrosa.

Raquel estalló de risa.

—Si yo fuera tú guardaría bien la cartera. Hay robos todos los días y a plena luz del día. Los carteristas están por todas partes. Y no solo carteristas, también se habla de robos con violencia si algún turista despistado se aleja del centro de la ciudad.

Sam se quedó perplejo y prefirió cambiar de tema.

—Y ¿qué estas investigando ahora?

—En anteriores artículos hablaba de la rehabilitación económica de la ciudad. Ahora pretendo ir un poco más allá. Estoy analizando la influencia que ejerce Praga sobre el resto de la Europa del Este. Cuando hablaste de modelos enseguida lo asocié con las chicas del este que llegan engañadas y acaban en burdeles de media Europa.

Sam se quedó asombrado, no sabía que en tan poco tiempo la corrupción se hubiese adueñado de buena parte de la economía de aquellos países.

—En muchas zonas continúan añorando el pasado comunista —le aseguró Raquel.

—Pero eso no tiene sentido, los húngaros se rebelaron en el 56 y años después lo hicieron los checos en la primavera de Praga del 69. Es evidente que no estaban de acuerdo con el régimen soviético.

—El tema no es tan sencillo como lo planteas. Es cierto que la mayoría anhelaba tener más libertad, pero el régimen soviético les aseguraba comida y alojamiento —le explicó Raquel mientras degustaba su copa de vino—. Ahora no llegan ni a final de mes.

El camarero les sirvió una tierna y jugosa oca y un pato con una rica salsa. De postre sirvieron licores de fruta típicos del país.

—Una gran elección —reconoció tras pagar la cuenta y salir del restaurante.

Regresaron dando un paseo bajo una ligera brisa que recorría la noche de Praga, las calles estaban atestadas de turistas que disfrutaban hasta altas horas de la madrugada.

—Mañana iré a buscar a Jennifer —dijo mientras esperaban en el hall del hotel a que llegara el ascensor—. Ha sido un placer conocerte. Espero que volvamos a vernos algún día.

—Para mí también —le aseguró Raquel con una melancólica sonrisa, no le gustaban las despedidas—. Espero que todo te vaya bien. Debe de ser muy especial cuando has recorrido más de cinco mil kilómetros para verla.

Él asintió.

Raquel se detuvo en la tercera planta, y al salir le dio un beso en la mejilla.

A la mañana siguiente Sam Carter se despertó temprano, los nervios le habían jugado una mala pasada y apenas había podido conciliar el sueño.

Bajó a la recepción y fue a desayunar al buffet que tenía contratado en el hotel.

El café que le sirvieron parecía agua sucia, los checos hacían muy bien la cerveza, pero su café dejaba mucho que desear.

Mientras tomaba el desayuno en una sala abarrotada de turistas, se llevó una gran sorpresa al ver aparecer una cara conocida.

Al fondo apareció Carl Stewart, Sam se levanto y fue a saludarle.

El tipo lo miró de arriba abajo y abrió los ojos como platos, parecía que no se acordaba de él.

—¡Ah! eres tú, el amigo de Sam —dijo tras pensarlo unos instantes— ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy de vacaciones en Europa. Me dijeron que celebrabais un desfile en Praga.

—Lo siento amigo, pero el desfile se ha suspendido. Varias chicas del este que debían participar no consiguieron el visado a tiempo.

—¿Y la compañía?

—Tiene el día libre. La próxima semana viajamos a París, es nuestro último desfile en Europa —confesó como si añorara volver a Nueva York.

—Y ¿Jennifer?

—La portada del Vogue de febrero.

Sam asintió con la cabeza. Al parecer Carl relacionaba a sus modelos más por sus méritos que por sus nombres.

—En cuanto supo que el desfile se suspendía cogió un avión a Ámsterdam. Pasará unos días con su familia hasta que se celebre el desfile en París.

Sam asintió abatido.

—Si me disculpas tengo que hacer una llamada. Es urgente. Enseguida vuelvo.

Carl se acercó al teléfono que había a la entrada del restaurante, marcó un número, y mantuvo una larga conversación mientras permanecía en medio del comedor a la espera.

Cuando Carl colgó el teléfono regresó a su encuentro.

—Y ¿qué piensas hacer ahora? —le preguntó Carl.

—Quizás regrese a Nueva York. Este viaje por Europa no está resultando como yo esperaba.

—¡No seas ridículo! —exclamó Carl haciendo aspavientos—. Tienes unos días de vacaciones ¡Aprovéchalos! Continúa conociendo Europa.

—En realidad tengo un billete de Eurorail para todo el mes —respondió y se lo mostró—. Sería una pena desaprovecharlo.

—¿Te gusta viajar en tren? —le preguntó Carl con interés.

—No, especialmente. Pero fue lo mejor que encontré.

—Me han ofrecido algo al alcance de muy pocos —le explicó Carl—. Se trata de un viaje Vip por lo más recóndito de la Europa del Este. Nada parecido a lo que has visto hasta ahora de antiguos edificios rehabilitados. Es como retroceder a la época comunista.

—¿Sabes si lo incluyen en el Eurorail?

—No seas ridículo —contestó Carl con aires de suficiencia—. Es un viaje exclusivo para los miembros de la agencia de modelos ¿Te gustaría venir?

Era la segunda vez que aquel tipo le llamaba ridículo, y Sam se estaba enojando, ya le habían hablado del tono arrogante de Stewart.

Al principio lo dudó durante unos instantes, pero recordó la charla que había mantenido con Raquel en el restaurante y la idea comenzó a seducirle.

Comprobar la forma de vida que aún mantenían en algunos lugares de Rusia tras la caída del muro era una experiencia al alcance de unos pocos privilegiados.

—¿Es muy caro? —preguntó.

—Diremos que formas parte de la agencia —le aseguró, y le dio una palmada en el hombro.

Él asintió con una sonrisa.

—Te recogeremos mañana a las ocho. No te retrases.

Carl se marchó en dirección a la salida, y saludó a otro diseñador que había en el vestíbulo.

Carter recordó lo que le había explicado Raquel, se volvió hacia donde estaba Carl y le

alcanzó antes de que saliera por la puerta.

—Disculpa, Carl —dijo cortándole el paso—. Tengo una buena amiga que estaría encantada de realizar ese viaje ¿Te importaría que nos acompañara?

Carl lo sopesó durante unos instantes, no esperaba invitar a nadie más.

—¿Pero no buscabas a Jennifer? —repuso soltando una carcajada—. Ya veo. La modelo se ha marchado y ahora estas interesado por ella. Uno más, no será ningún inconveniente.

Sam fue a responder que no se trataba de lo que él pensaba, pero el diseñador ya se había marchado dejándole con la palabra en la boca.

Fue hasta la habitación de Raquel y llamó a la puerta en repetidas ocasiones, pero allí no había nadie. El recepcionista le informó que había salido temprano.

Pasó el resto de la mañana visitando la ciudad, estuvo en el puente de San Carlos, el Palacio Real y la catedral.

Luego decidió visitar el callejón del oro donde durante la edad media los alquimistas intentaban transformar el hierro en oro y producir la piedra filosofal, era una estrecha calle de pequeñas casas de diferentes colores. A Sam le llamó poderosamente la atención la baja altura de sus techos, la gente que había vivido en su interior no parecía demasiado alta, poco después pudo saber que la estatura media hasta el siglo XIX no sobrepasaba el 1,60.

Se detuvo frente a una modesta casa, en cuyo letrero podía leerse:

«Franz Kafka».

Si Raquel le había demostrado su admiración por Hemingway, a él siempre le había fascinado la narrativa de aquel atormentado escritor checo que transmitía una gran fuerza a sus personajes.

Sam entró en la casa y estuvo admirando su pequeño escritorio y unas sencillas habitaciones, en realidad el único interés residía en comprobar el lugar donde el genio judío construía sus historias.

A media tarde se relajó montando en un barco que descendía por las mansas aguas del Moravia.

Cuando regresó al hotel Raquel le estaba esperando en el vestíbulo, antes de salir había dejado una nota en recepción en la que le comunicaba que necesitaba hablar con ella.

—¿Qué tal has pasado el día? —le preguntó Raquel.

—No ha estado mal —respondió—. He visitado la ciudad, pero no he podido encontrar a Jennifer —le explicó con resignación—, durante el desayuno me crucé con Carl Stewart, el diseñador de la agencia.

Raquel lo escuchaba sin entender nada.

—El caso es que me ha ofrecido formar parte de un recorrido exclusivo por la Europa del Este —prosiguió—, y he pensado que te gustaría acompañarme.

—¿Lo dices en serio! —exclamó Raquel—. Sabes lo difícil que es conseguir una plaza en esos viajes. Mi periódico lo ha intentado en varias ocasiones, pero no hubo suerte. Tu amigo debe

de ser un pez gordo.

Él asintió con la cabeza.

—Digamos que forma parte de lo más granado de la sociedad neoyorkina —afirmó con sarcasmo.

—Un buen reportaje de la Rusia profunda me podría suponer un ascenso —reconoció Raquel entusiasmada—. Telefonaré a mi periódico.

Sam Carter sabía lo que aquel viaje significaba para una periodista tan perspicaz como Raquel, y se sintió bien por ella.

—Nos esperan a las ocho en recepción. No llegues tarde.

—Descuida, estaré preparada a las siete.

A la mañana siguiente, Raquel se encontraba esperando en la recepción con una pequeña mochila en la que llevaba el neceser y un par de mudas, para tres días de viaje no necesitaría mucho más.

Luego apareció Sam sin equipaje alguno, se presentó en el vestíbulo como si fuera a realizar la típica excursión de las agencias de viajes.

—Buenos días, Raquel —saludó al acercarse al mostrador—. ¿Has dormido bien?

—No demasiado. Estoy ansiosa por realizar este recorrido. Es de lo poco que me queda por conocer de la antigua Europa del Este.

En ese instante apareció un pequeño grupo por la puerta de la cafetería sin parar de reír.

—¿Eres Sam? —preguntó un tipo alto con un abrigo de piel que parecía llevar la voz cantante—. Soy Bernard —dijo estrechando su mano—. Carl me pidió que le disculpases, ha surgido un imprevisto y ha volado hacia París esta misma tarde.

Carter se quedó sin palabras, y en el rostro de Raquel se dibujó una gran frustración.

—Que no venga Carl, no significa nada. Lo pasaremos bien de todos modos —aseguró con una sonrisa, y se volvió hacia atrás— ¿Verdad chicos?

El resto del grupo asintió sin parar de reír, algunos parecía que no habían dormido en toda la noche.

Ambos respiraron tranquilos al oír la noticia.

Un minibús pasó a recogerles a la hora prevista; en poco más de diez minutos se encontraban con las maletas preparadas frente al andén.

Allí les esperaba el guía, un ruso alto y delgado de rostro hierático que nunca parecía sonreír. Sin mediar palabra les condujo a un andén apartado donde se hallaba una antigua locomotora de los años cincuenta. El tipo les aseguró que aquel tren era el mismo que utilizaba Stalin en alguno de sus viajes.

Raquel negó con la cabeza, aquello le sonaba a burda falacia, parecía más un cuento para niños que una historia convincente.

El grupo era más reducido de lo que esperaban, tan solo contaron siete personas incluidos

ellos dos; en realidad debían ser diez pasajeros pero dos de los ayudantes se habían marchado a París junto a Carl Stewart.

Sam no conocía a nadie del grupo por lo que se alegró de invitar a Raquel.

Sin más preámbulos subieron al tren, el guía les condujo hasta el vagón que ocuparían durante el recorrido. Mientras atravesaban la locomotora descubrieron que no eran los únicos que formaban parte de aquel viaje, la mayoría eran turistas de diferentes nacionalidades, pero también había algunos rusos que regresaban a su país.

Cada grupo ocupaba un vagón diferente y apenas se relacionaban entre ellos.

Cuando llegaron al compartimento Raquel preguntó al guía en qué consistía el recorrido.

—Visitaremos diferentes localidades de la estepa rusa —le respondió sin mover un músculo de la cara.

Sam y Raquel se alojaron en el mismo compartimento, sus compañeros lo hicieron en los departamentos anexos. El tren apenas contaba con seis vagones.

—¿Qué esperas de este viaje? —le preguntó mientras colocaban las maletas en el altillo.

—No estoy muy segura. Me imagino que atravesaremos muchos campos donde los agricultores sobreviven a duras penas. Siempre se habla de Moscú y San Petersburgo, pero la mayor parte de la población de la antigua Unión Soviética la componen campesinos dispersos en los Koljoses.

—Y ¿porqué vamos a la estepa en lugar de a Moscú? —le dijo mientras abría la ventanilla del vagón, la calefacción estaba demasiado fuerte en aquel compartimento.

—No lo sé —respondió Raquel encogiéndose de hombros—, quizás la mayor parte de los pasajeros o la empresa que lo organiza sea de allí.

Sam guardó silencio y encendió un cigarrillo mientras desenganchaban un par de vagones y el tren se ponía en marcha.

Durante unos instantes se dio cuenta de lo inesperado que es a veces el destino, no tenía previsto subir a un solo tren durante su estancia en Europa y ahora se hallaba a bordo de un viaje exclusivo al que la mayoría no tenía acceso.

A media mañana el paisaje se convirtió en una sucesión de campos labrados de cereales, alternados con algunos de regadío.

Poco después el guía les avisó de la hora del almuerzo en el vagón restaurante.

La comida fue lo que ambos esperaban: una sopa de gulash picante, patatas rellenas de un queso que costaba trabajo de digerir y unos filetes con nata agria que no resultaban demasiado apetitosos.

—Añofo el restaurante de Praga —aseguró dejando los cubiertos cuando aún no había terminado la carne.

Raquel soltó una carcajada y todo el compartimento se volvió a mirarla.

—Seguro que de postre nos sirven...

No pudo acabar la frase cuando una camarera entrada en años con una camisa de volantes anudada al cuello les sirvió dos pequeños chupitos de vodka.

—Te referías a esto —dijo Sam sin poder aguantar la risa.

Los dos tuvieron que taparse la boca con la palma de sus manos para no dar el espectáculo.

La camarera que no hablaba ni una sola palabra de inglés los miro ceñuda, y se marchó pensando que se estaban riendo de su indumentaria.

Al finalizar el almuerzo regresaron a su compartimento y se sentaron en un sofá estampado demasiado duro para lo que estaban acostumbrados.

—Cuanto más te conozco más divertida me parece —le confesó.

—Tú tampoco lo haces mal —respondió Raquel con una voz melosa.

Durante unos instantes se miraron fijamente sin pronunciar palabra. Luego Sam se levantó y volvió a fumarse un cigarrillo.

El resto de la tarde apenas pronunció palabra, seguía absorto mirando por la ventana mientras ella leía un libro.

Raquel cerró de golpe las páginas y se quitó las gafas, tenía los ojos enrojecidos después de tantas horas de lectura.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupada.

Él asintió con la cabeza.

—Es como si te angustiara algo ¿Continuas pensando en ella?

—No, no es eso —le confesó volviendo la cabeza.

—Y ¿qué es? —preguntó confusa.

—Es complicado. No sé si debería hablar de ello —respondió mirándola fijamente, y agachó la cabeza—. Si te lo cuento nunca volverás a verme del mismo modo.

—¡Vamos! ¡Suéltalo!—le animó Raquel con interés acomodándose en el sofá—. No puede ser tan grave.

—Lo es —reconoció con un gesto adusto.

Raquel frunció el entrecejo, comenzaba a preocuparse.

—Desde que llegué a Europa me he visto envuelto en una serie de acontecimientos que no tienen explicación —hizo una breve pausa como abrumado—, y la mayoría no son buenos.

—¿Has atropellado algún gato? —preguntó Raquel intentando relajar el ambiente—. No te imagino metido en líos, a no ser que tengas una doble personalidad.

—Está bien ¡Allá va! —dijo Sam, y se sentó a su lado—. Comenzaré por el principio. El día que llegue a Venecia conocí a una americana que había perdido su dinero. La invité a cenar y luego le pagué la habitación de un albergue.

—Muy caballeroso por tu parte.

Él bajo la cabeza y asintió.

—Es la peor decisión que he tomado en mi vida —siguió explicando—. Al día siguiente mientras desayunaba descubrí que la noche anterior la habían asesinado. Desde ese momento la policía italiana me persigue.

Raquel tardó varios segundos en asimilar lo que estaba oyendo. Sam llevaba razón, aquella confesión consiguió que comenzara a verlo de una forma diferente, incluso retrocedió un poco en el sofá y se echó hacia atrás, pero lejos de perder la compostura continuó escuchando su historia.

—No te comprendo, Sam. Si no hiciste nada ¿por qué no fuiste a los carabinieri y lo aclaraste todo?

—¿Aclarar el qué? Pagué la habitación con mi tarjeta de crédito y no había más sospechosos.

—Pero ¿subiste a la habitación?

—Ella me pidió que le llevara las mochilas.

—Entonces alguien tuvo que ver como abandonabas el albergue.

—Ahí está el problema, Raquel. No me vio nadie. Era noche cerrada y no me crucé con ningún cliente. Para colmo cuando llegué al vestíbulo el recepcionista no estaba en su puesto, se encontraba en el interior discutiendo con algún compañero.

Raquel emitió un fuerte silbido al oír aquello, y guardó silencio durante unos instantes.

—¿Tocaste el pomo de la puerta?

Carter asintió con la cabeza.

—¿Y algo en el interior de la habitación?

—Pasamos un par de horas juntos.

—Me gustaría decir otra cosa, pero creo que tienes un grave problema. Si no hay indicios de otro sospechoso la policía se aferrará a lo que tiene: Tus huellas y tus datos. Quizás la Interpol haya ordenado una orden de búsqueda y captura.

—Eso me temo —respondió y se levantó del asiento.

Raquel lo escrutaba desconcertada.

—La cuestión es que ahí no acaba todo —dijo volviendo a mirarla fijamente.

—¿Aún hay más? —preguntó Raquel ceñuda.

Él asintió.

—Al día siguiente tomé el expreso con destino a Viena y pasé la noche en un compartimento muy similar a este. Cuando regresé de cenar encontré un cadáver tendido en el suelo.

—¿El cadáver de quién? —exclamó Raquel sin dar crédito a lo que oía.

—Eso me gustaría saber. No me dio tiempo a rebuscar en su ropa. Supuestamente pertenecía a mi compañero de habitación.

—¿Y no avisaste al revisor?

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Piénsalo un momento, Raquel. Me buscaban por asesinato en Italia ¿Qué hubiera pensado la policía si me encuentra con un nuevo cadáver? —argumentó desesperado—. En el compartimento no había nadie, volvía a ser el principal sospechoso.

—Y ¿qué ocurrió después?

—Alguien avisó al revisor. La policía se presentó de inmediato y comenzó a aporrear la puerta sin parar —agregó—. No tuve tiempo de pensar con claridad —añadió bajando la cabeza.

—Y, ¿entonces? —preguntó Raquel intrigada.

—Cargué el cadáver sobre mis espaldas, abrí la ventanilla y lo arrojé del tren.

—¡Madre mía! —exclamó Raquel. Se puso de pie de un salto y paseó de arriba a abajo del compartimento con la mano puesta sobre su frente.

—Te aseguro que no tenía más opción —se excusaba una y otra vez intentando que Raquel empatizara con él.

—¡Madre mía! —repetía una y otra vez sin poder mirarle a la cara.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que me pudriera en una cárcel italiana? —le gritó Sam hecho una furia al comprobar que no le comprendía.

Raquel se quedó perpleja.

—Lo siento, Raquel. Estoy muy nervioso ¿Qué hubieras hecho en mi lugar? —le preguntó intentando encontrar su apoyo.

—No lo sé, Sam. Pero esto es una locura.

—Lo sé.

—¿Y la policía no te siguió?

—No, exactamente.

Raquel se detuvo en seco.

—Aquella noche cuando todo se tranquilizó ocurrió algo insólito.

—¿Más de lo que me has contado?

—A medianoche salí a fumarme un cigarrillo y vi desde la ventanilla como secuestraban a alguien —hizo una breve pausa—. Lo más sorprendente es que se parecía a Jennifer. Ahora creo que estaba en un error porque se encuentra con su familia en Holanda.

Raquel lo miraba atónita.

—Luego rompí la ventanilla del tren y atravesé la estación en su búsqueda —prosiguió explicando—. Poco después alguien tiró del freno de mano y la policía suiza bajó del tren. Por suerte escapé a tiempo y llegué a Viena.

Carter se quedó mirándola fijamente esperando una reacción que no llegaba.

—El resto de la historia ya la conoces.

—Eres una auténtica caja de sorpresas, Sam Carter —dijo Raquel tras unos minutos de silencio—. Si fueras otro, pensaría que me estás contando la mayor sarta de mentiras que haya oído en mi vida y te aseguro que he oído muchas. Pero estoy convencida de que me cuentas la verdad.

Él asintió con la cabeza.

—Y ¿qué piensas hacer ahora? —le preguntó Raquel.

Él se encogió de hombros.

—Lo mismo que he hecho hasta el momento, dejar pasar el tiempo. Cuando volvamos a Praga continuaré buscando a Jennifer.

—Creo que no eres consciente de la gravedad de los hechos —le espetó Raquel endureciendo el tono de voz—. Trabajé en la página de sucesos durante un par de años, y estoy convencida de que la policía italiana habrá avisado a la Interpol. Sobre ti caerá una orden internacional de búsqueda y captura.

—En un par de semanas estaré de vuelta en Estados Unidos —respondió.

—El caso que me comentas es lo suficientemente grave como para que el gobierno italiano pida tu extradición.

Sam guardó silencio durante unos instantes, sabía que Raquel llevaba razón. Había intentado olvidar lo que había ocurrido y desde que llegó a Viena había comenzado a disfrutar de las vacaciones.

Durante unos instantes pensó que solo había conseguido complicarlo todo, lo mejor hubiese sido callarse. La espada de Damocles volvía a cernirse sobre su cabeza de forma inminente.

—Creo que iré a tomar un café —dijo Raquel abriendo la puerta del compartimento—, o quizás algo más fuerte.

Raquel salió del vagón completamente pálida, mientras recorría los vagones se sentía arrepentida de haber escuchado la historia. Por unos instantes quiso apearse en la siguiente estación, si la Interpol lo detenía mientras estuviese a su lado, podían acusarla de haber ayudado a un prófugo a escapar.

A partir de ese momento se abrió un enorme dilema en su cabeza, estaba prácticamente convencida de que Sam era incapaz de asesinar a nadie, pero si continuaba a su lado acabaría involucrándose por completo. La otra opción era desaparecer de inmediato, pero siempre se sentiría culpable de no haber ayudado a un inocente.

Mientras tomaba un vodka en la cafetería decidió continuar con él durante aquellos tres días, cuando regresara a Praga tomaría una decisión definitiva.

Sam Carter se quedó en el vagón cabizbajo, había pensado que contándole la historia a Raquel se sentiría mejor, pero no fue así, tan solo había recibido un montón de preguntas y reproches por su parte, quizás había aflorado más la periodista que llevaba dentro que su parte mas humana, un poco más de apoyo por su parte no le hubiese venido mal. Sin embargo, la comprendía, cualquier persona hubiese actuado de un modo diferente, y Sam continuaba sin saber si había hecho lo correcto.

En ese instante unos nudillos llamaron a la puerta.

—Mañana a primera hora llegaremos a la ciudad de Volgogrado —le comunicó el guía—. Hemos previsto alojarnos en el hotel Continental. Es el único desde el que se pueden realizar llamadas internacionales.

Él asintió con la cabeza.

Poco después regresó Raquel, entre ellos se creó un ambiente tenso y frío durante aquella noche, apenas intercambiaron un par de comentarios y ambos se fueron a dormir, a él tampoco le apetecía charlar demasiado.

Una fría mañana mientras el viento golpeaba con fuerza las ramas de los escuálidos árboles que resistían el duro invierno de la estepa rusa, el tren comenzó a ralentizar su marcha.

A lo lejos Sam y Raquel vislumbraron desde la ventanilla del vagón la ciudad de Volgogrado, antes llamada Stalingrado, que se erigía majestuosa a las orillas del río Volga como el gran bastión de la Segunda Guerra mundial.

El tren redujo la marcha al entrar en el casco urbano y enfiló una vieja estación que parecía haber vivido tiempos mejores.

Al cruzar el puente que une el Volga ambos sintieron un traqueteo poco habitual, seguido de un fuerte golpe que estuvo a punto de hacerles caer. Raquel se agarró a la ventanilla mientras Sam se golpeaba la espalda contra la puerta del compartimento.

De repente el vagón casi se detuvo, y la locomotora comenzó a alejarse.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó sin comprender nada.

—Creo que han desenganchado algunos vagones.

Sam salió del compartimento, atravesó el pasillo y fue hasta la puerta que unía su vagón con el siguiente, allí descubrió una escena insólita:

«El guía apoyado sobre la puerta del último vagón que habían desenganchado le saludaba con sorna levantando su mano».

Raquel comprobó desde la ventanilla como su vagón giraba a la izquierda y continuaba su marcha por una vía secundaria.

—Tan solo han desenganchado nuestro vagón —le gritó desde el otro extremo.

—Alguien ha cambiado la dirección de las vías —respondió Raquel.

Sam comenzó a llamar al resto de las puertas de los compartimentos, pero allí no contestaba nadie, pegó su oído y comprobó que estaban vacíos.

—Estamos solos en el vagón. Esto no me gusta nada.

El vagón descendió por una escarpada colina y entró en una zona boscosa que se alejaba de la ciudad.

Sam y Raquel se miraban impotentes mientras el tren continuaba su trayecto. Las puertas habían sido cerradas desde fuera y el vagón había vuelto a coger velocidad, no había ninguna posibilidad de saltar.

Raquel cogió el busca en cuanto comprobó que la situación era desesperada y mandó un mensaje a su periódico. En la redacción no recibirían ningún mensaje cifrado, pero si la llamada; y si ella no contestaba sabrían que se encontraba en apuros.

Unos metros más adelante el vagón giró hacia la derecha y entró en una zona montañosa. Poco a poco la velocidad fue aminorando hasta que se detuvo a las puertas de una mina abandonada.

CAPITULO XI

En el exterior del vagón se oyeron voces, varios gorilas entraron gritando a la carrera y les hicieron bajar a la fuerza. Ni siquiera Raquel, que había aprendido un poco de ruso en sus viajes, entendía lo que decían.

A punta de Kalashnikov los tipos les empujaron de malos modos por el interior de una vetusta mina donde el techo no paraba de gotear fruto de la intensa humedad de sus paredes.

Al fondo había una gran cavidad horadada por la roca donde estaban sentados un par de tipos con gesto adusto.

Uno de ellos les indicó que se sentaran en una silla. Sam y Raquel no dejaban de mirarse preocupados sin entender lo que estaba sucediendo.

Raquel pensó que aquello era un secuestro, el tren en el que viajaban era tan exclusivo que los captores pensarían que era gente acomodada.

Del interior de una estrecha puerta salió un tipo de oscuro semblante, tenía el rostro picado por la viruela, unos profundos ojos negros, y caminaba con excesiva lentitud como si estuviera enfermo.

Llegó a la altura de la mesa, se sentó tranquilamente en la silla y encendió una lámpara de gas para verles bien el rostro.

—Reconocería esa cara en cualquier parte del mundo —afirmó Sasha Volkov con un fuerte acento eslavo.

Sam se quedó perplejo al oír aquellas palabras, no había visto a aquel tipo en toda su vida, estaba convencido de que recordaría su rostro.

—¿Y quién es la dama? —le preguntó a sus hombres.

—Raquel Arzuaga corresponsal de La Vanguardia —contestó y apartó la mirada, no soportaba mirar directamente a Sasha.

A Sasha los años no le habían tratado bien, había tenido una infancia dura durante la batalla de Stalingrado y una juventud no menos complicada, por un delito de sangre había pasado varios años en un Gulag, aquello había dejado su rostro picado por la viruela y varias cicatrices. La mayoría no aguantaba su mirada inquisitiva.

Sasha bufó y miró a uno de sus hombres. Dos tipos fornidos cogieron a Raquel por los hombros y la sacaron a rastras de la mina mientras ella gritaba sin parar.

—¡Suéltenla! —gritó Sam—. Ella no ha hecho nada.

—Así es —contestó Sasha—. Solo se encontraba en el lugar equivocado en el momento más inoportuno.

Carter calló un instante, continuaba desconcertado sin entender lo que estaba ocurriendo en aquella mina.

—Mi nombre es Sasha Volkov ¿Le suena de algo?

Él negó con la cabeza.

—Lo suponía, señor Smitchd.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Lo sé todo sobre usted.

—No lo creo. Para empezar mi segundo apellido es Smith, y estoy convencido de que no nos hemos visto nunca.

—Claro, amigo —respondió Sasha con una sonora carcajada—. Su nombre es Sam Smitchd Carter. Sus padres cambiaron el orden de los apellidos.

—Le repito que se equivoca. Yo no debería estar aquí.

—En eso lleva razón, usted no debería estar aquí —Sasha se levantó de la silla y se acercó a él— ¡Debería estar muerto! —le gritó salpicando de saliva su rostro.

Un profundo escalofrío atravesó el cuerpo de Sam y se secó la cara con la manga.

—Veo que continua sin entender nada —le aseguró, y se volvió a sentar.

Sam lo miró con los ojos desencajados.

—¿Recuerda a la chica que conoció en Venecia? Guapa, ¿verdad?

—¿Qué sabe usted de eso? —respondió intentando levantarse.

—Veo que tiene sangre en las venas —contestó Sasha—. Olga Volkovaeva. Una antigua agente del KGB. Me sorprende que aún continúe con vida.

Sam se quedó paralizado al oír sus palabras.

—Pero Lisa era americana.

Sasha volvió a soltar una gran carcajada.

—Que ingenuos sois los americanos. Olga Volkovaeva fue enviada a su país cuando aún no había cumplido los quince años. Allí aprendió sus costumbres y su idioma.

Sam Carter continuaba sin creer lo que aquel siniestro tipo le contaba. La luz le daba directamente en los ojos y en la oscuridad de la caverna apenas podía verle la cara.

—Olga fue enviada a Venecia con una única intención: ¡Eliminarle! —prosiguió explicando—. Primero puso un fuerte veneno en su copa que debería haber acabado con su vida. Pero un estúpido camarero derribó la copa justo cuando usted se disponía a beberla.

Sam recordó la escena, Lisa se puso echa una furia cuando el camarero tiró el vino.

—Como aquello salió mal, tuvimos que tomar una solución urgente: ¡Asesinar a sangre fría a Olga en la habitación del albergue! De esa forma las culpas recaerían sobre usted y pasaría toda la vida encerrado en una cárcel italiana.

Carter no daba crédito a lo que oía.

—Pero la policía italiana no hizo bien su trabajo —siguió informando—. Fue incapaz de atrapar a un simple aficionado que escapó en sus narices con un billete de Eurorail. ¡En Rusia le hubiésemos detenido en media hora!

Sam se desplomó en la silla y bajó la cabeza abatido, ahora comprendía todo lo que le había sucedido desde que llegó a Europa.

—Poco después la policía suiza tampoco cumplió con sus deberes —continuó argumentando

—. Aunque en esta ocasión fueron mis hombres los que cometieron el error. No tenían ninguna foto suya y cuando entraron en su compartimento asesinaron a otro pasajero. Una trágica equivocación.

—Sigo sin entender nada —balbuceó—. ¿De qué va todo esto?

A Sasha se le dibujó una sonrisa triunfal.

—He de reconocer que no es tan estúpido como parece. Arrojar el cadáver por la ventana fue una hábil maniobra por su parte. Le sirvió para volver a escapar.

—¿Y Raquel? —preguntó angustiado.

—No, señor Smitchd. Ella no trabaja para nosotros. No la había visto en mi vida.

Él guardó silencio aliviado.

—Jamás pensé que le conocería personalmente. Pero aquí está, delante de mí —sentenció mirándolo con desprecio—. Tuvimos que organizar este viaje por la estepa rusa para traerlo hasta aquí.

—Pero ¿qué es lo que quiere de mí? —gritó Sam levantándose de la silla.

—¡Verle muerto! —respondió Sasha con la voz sosegada y una mirada cargada de odio—. Tal y como vi morir a mi madre y a mi hermana hace cuarenta años.

—¿De qué demonios está hablando?

—Su apellido no es Smith sino Smitchd. Yo nunca cometo equivocaciones.

—Mis padres son alsacianos, pero al llegar a Estados Unidos lo cambiaron.

—¿Alsacianos? —repitió.

Sasha soltó una carcajada.

—Le recordaré la historia de su familia, ya que parece que la ha olvidado:

«Una mañana mi madre y mi hermana pequeña de tan solo tres años fueron a buscar comida a un barrio cercano, llevábamos tres días sin probar bocado, y nos moríamos de hambre. Cuando apenas llevaban recorridos quince metros, un francotirador alemán derribó de un disparo a mi madre, cuando mi hermana se agachó para ver lo que ocurría la remató sin compasión con un disparo en la frente.

Lo vi todo desde mi ventana, y tuvo el valor de bajar a socorrerlas, permanecí paralizado por el intenso miedo apoyado sobre el cristal. No hay un solo día de mi vida que no reviva aquella escena una y otra vez.

Los alemanes bajaron a comprobar si estaban muertas. Un sargento se dirigió a un joven oficial y le dijo: Buen disparo Smitchd.

Poco después un oficial de mayor graduación, creo que se trataba de su capitán, apareció de entre los escombros, y le dijo:

—Esto no era necesario, Dielar. No sabía que ahora le gustara asesinar a mujeres y niños».

Sam Carter asistía atónito a la historia que Sasha contaba cargado de odio.

—Desde ese día he buscado sin descanso a Dietar Smitchd. La guerra fría me impidió desplazarme a Occidente, los soviéticos teníamos prohibido viajar más allá del muro. Pero desde que desapareció la Unión Soviética todo cambió, contraté a los mejores detectives de Nueva York, y no tardaron mucho en encontrar a su familia. Me comunicaron que su padre huyó a Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial y que murió hace un par de años, pero que su familia aún vivía en la ciudad.

A Sam su padre jamás le había contado nada de su pasado, tan solo una vez le confesó que no había podido combatir en la Segunda Guerra Mundial por una enfermedad. Su madre le había asegurado que su familia provenía de Alsacia, un territorio francés junto a la frontera alemana, donde se hablaban ambos idiomas; pero en su mayoría eran de origen alemán.

—Mi hermana Irina tuvo que cuidar de nosotros hasta que murió de una neumonía cuando yo tenía catorce años.

Dos tipos altos y fornidos entraron en la sala mientras Sasha continuaba hablando.

—Sé lo que está pensando. Que usted no tuvo nada que ver con aquello —se volvió a acercar y le propinó una fuerte bofetada.

A Sam le zumbaron los oídos con el golpe.

—¡Alguien tiene que pagar por lo que ese bastardo le hizo a mi familia! —gritó Sasha sonando su voz como un fuerte estruendo por el enorme eco que había dentro de la mina—. ¡He llegado a sentir un profundo odio en las entrañas!

—Solo se lo diré una vez más, soy americano —se atrevió a decir tras unos instantes—. Y si mi padre es la persona que asegura. Espero que se pudra en el infierno. Jamás fue cariñoso con nosotros.

Sasha se quedó desconcertado al escuchar aquellas palabras de desprecio.

—Yo no soy mi padre, y lo que hizo me trae sin cuidado.

—Craso error —respondió Sasha—. Su madre morirá de pena cuando conozca su muerte. Así al menos cumpliré parte de mi venganza.

Sam fue a replicar algo, pero Sasha no le dejó acabar.

—Es usted más listo de lo que aparenta. Soborno a Mijail Lukhov en el hotel plaza entregándole un maletín.

—Jamás he pisado el Plaza y no conozco a ningún Mijail. Son los primeros rusos que conozco en mi vida.

—¡Llévao! —ordenó a sus hombres—. Estoy cansado de tantas mentiras.

Los dos tipos que habían entrado en la sala lo llevaron hasta una pequeña habitación y cerraron una gruesa puerta metálica. En su interior tan solo había una camilla y un montón de instrumentos que se asemejaban a los utilizados por un cirujano.

Un tipo de expresión hosca entró en la sala vestido con una roída camiseta, se dirigió al maletín y cogió un bisturí.

Los dos gorilas lo tumbaron en la camilla y lo ataron de piernas y manos, aquello se parecía a un potro de tortura medieval.

Carter se giró hacia la derecha y comprobó que dentro del maletín había una serie de escalpelos punzantes que no auguraban nada bueno, hubiera preferido morir con el veneno que le administró Lisa en Venecia.

Mientras el tipo afilaba los instrumentos la habitación se llenó de un denso olor a gas que los acólitos de Sasha reconocieron al instante.

Sam continuaba tumbado en la camilla sin apenas poder moverse, y aunque no entendía ruso, oía los gritos de los mineros que abandonaban a la carrera el interior del túnel.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

Los tres tipos que había en la lúgubre habitación soltaron los instrumentos y se dirigieron hacia la salida, cerraron la puerta y lo dejaron en el interior.

Un par de minutos después un gran estruendo se oyó al fondo del pasillo, el grisú había inundado las dos últimas secciones de la mina, y una enorme explosión sacudió los cimientos.

Sam oyó un fuerte pitido en los oídos, y la visión se le nubló al instante.

CAPITULO XII

Como si formara parte de un sueño unos minutos después Sam Carter escuchó voces. La puerta se abrió y entró a la carrera un equipo de bomberos, sin mediar palabra le pusieron una máscara de oxígeno en la cara y lo condujeron sobre camilla en la que estaba tendido.

A su lado corría Raquel con un par de enfermeros, le cogió la mano y le sonrió.

Raquel había permanecido retenida en el exterior de la mina por los hombres de Sasha, cuando se produjo el escape de gas, los mineros corrieron y se olvidaron de ella.

En cuanto llegaron al exterior, lo subieron a una ambulancia y lo trasladaron al hospital más cercano junto a varios mineros que habían recibido heridas en la explosión.

No tuvo que permanecer ni una mañana en el hospital, la pesada puerta metálica impidió que apenas inhalara gases.

Ambos explicaron en la comisaría que les habían secuestrado, pero los agentes no se tomaron su declaración en serio, y los montaron en el primer tren que salía en dirección hacia el oeste.

Durante el trayecto Sam no dejaba de pensar en la historia que le había contado Sasha, su padre era un sanguinario oficial de la SS que durante la Segunda Guerra Mundial asesinaba a niños sin piedad.

Le venían a la cabeza los recuerdos de un venerable anciano de barba blanca que a menudo se quejaba de lumbago podando los rosales en su casa de New Jersey.

Se negaba a creer que aquel hombre fuese un asesino, ni siquiera sabía que había combatido en la guerra, pero algo en su interior le hacía creer que la historia era cierta, la mafia rusa no solía cometer errores, y menos cuando Sasha llevaba buscando a su padre más de cuarenta años y había contratado a varios detectives para localizar su paradero.

A la mañana siguiente llegaron a la estación de Varsovia, desde allí regresaron a Praga en un vetusto mercancías.

Sam se despidió de Raquel en el andén de la estación de Praga.

—¿Seguro que quieres continuar con esto? —le preguntó Raquel inquieta después de la amarga experiencia que habían llevado a cabo juntos.

—Vine para reencontrarme con Jennifer, y porque un loco se haya cruzado en mi camino no voy a renunciar a mis vacaciones.

—Cuídate —le aconsejó Raquel poniendo su mano sobre la suya y dándole un beso en la mejilla.

Sam cogió su maleta y subió al tren que lo llevaría a Ámsterdam; previa parada en Berlín.

El revisor cogió su billete y asintió con la cabeza.

Le siguió por el vagón hasta un compartimento en el coche cama, esta vez no quería

sorpresas, había pagado un suplemento en la estación para estar a solas durante el viaje.

El revisor le abrió la puerta y dejó la maleta en el altillo del tren. Luego abrió la ventanilla y vio que Raquel aún no se había marchado.

—Prometo aprender español —le dijo con una gran sonrisa.

Raquel sonrió agradecida.

El ligero traqueteo del tren anunció que se disponía a partir.

Sam alzó su mano y se despidió de Raquel, en otras circunstancias le hubiese encantado conocerla mejor, tenían bastante en común, pero la distancia era un enorme inconveniente.

Sam se sentía realmente agotado, desde que pisó Europa apenas había podido dormir bien un par de noches, aquello estaba siendo cualquier cosa menos unas placenteras vacaciones, desde que llegó al viejo continente las persecuciones habían sido una constante, se tumbó en la litera y se quedó dormido.

Un par de horas después unos nudillos llamaron a la puerta.

—Servicio de restaurante —oyó decir al revisor.

En los anteriores viajes nunca habían anunciado la hora del almuerzo, Sam sabía que aquella era una costumbre muy arraigada en los ferrocarriles norteamericanos, y supuso que algún avisado empresario europeo habría importado la idea. La mayoría de los pasajeros desconocían que hubiese unos horarios preestablecidos para las comidas.

Sam fue hasta el lavabo al fondo del pasillo, abrió el grifo y se refrescó la cara. Durante unos instantes se quedó mirando fijamente su rostro en el espejo, llevaba sin hacerlo más de tres días, una poblada barba había hecho acto de presencia, y lo que era aún más alarmante, las ojeras habían regresado con más fuerza.

Salió del aseo y se dirigió a un elegante comedor repleto de flores que se encontraba dos vagones más adelante.

Al llegar un camarero alto y delgado de tez amarillenta, le ofreció una mesa cerca de la barra.

Se sentó y ojeó la carta.

Al principio no entendía nada, todo estaba escrito en checo, poco después pasó por su lado una camarera que con una sonrisa y le mostró la última página.

—Gracias —respondió al comprobar que estaba escrita en inglés.

La chica sonrió. Fue hasta la barra, cogió una pequeña libreta y regresó a tomar nota.

Pidió una pizza cuatro quesos y un pilsener, definitivamente le había seducido el intenso sabor de la cerveza checa y le gustaba aún más que la americana, la receta original superaba con creces a la budweiser que fabricaban en su país, aquella cebada tenía mucho más cuerpo.

Mientras cortaba la pizza en pequeñas porciones, alzó la vista y descubrió como un tipo que estaba sentado al fondo del restaurante no le quitaba ojo.

A Sam Carter se le cambió el rictus de la cara, estaba convencido de que todo había acabado en la oscura mina de Volgogrado. Por un instante le dio la sensación de que aquel tipo formaba parte de la Interpol, y que quizás estuvieran esperando a cruzar la frontera para detenerlo. Sin

embargo, ahí no acababa todo, otro tipo sentado en la mesa de al lado también parecía vigilarle; aunque de una forma mucho más sutil.

Se le pasaron todo tipo de ideas por la cabeza, la más plausible era que Sasha hubiera dado la orden de perseguirlo cuando escapó de Rusia; aquella pesadilla parecía no tener fin. A pesar de ello, mantuvo la calma y continuó almorzando, si en algún lugar estaba seguro era en el vagón restaurante a la vista de todos.

Poco después los dos tipos dejaron de observarlo y continuaron su cena como si no les interesase.

A la mesa del fondo se unió un gigantón de aspecto rudo junto al tipo que lo vigilaba.

Aquella cara le resultaba familiar, intentó hacer memoria, pero no recordaba que estuviese en la sala de tortura de la mina de Volgogrado, ni en Italia, aún así estaba convencido de que le había visto en algún parte.

Cuando acabó la pizza quiso comprobar de primera mano si aquellos tipos le estaban siguiendo o si solo era fruto de su imaginación.

Se levantó y avanzó unos metros, al llegar al fondo de la barra pidió una cerveza, se giró y vio como el tipo que le estaba vigilando se había levantado en el acto pensando que regresaba a su compartimento.

Cogió la cerveza, pidió la cuenta y se volvió a sentar en su mesa. Ahora no tenía ni la menor duda de que le estaban siguiendo.

Mientras se tomaba la cerveza, miró hacia la mesa de al lado, el tipo que le observaba sutilmente ya no estaba, Sam pensó que ambos estaban compinchados y le estaban preparando una trampa en el pasillo.

En ese instante, reconoció a la familia que estaba almorzando en la mesa de enfrente, eran los que se alojaban en el compartimento anexo. Al verles Sam lo tuvo claro, esperaría a que se levantasen y regresaría junto a ellos al vagón, de esa forma nadie se atrevería a tocarle.

Aquella familia que hablaba alemán, no dejaba de comer y reír ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, mientras el tipo que le vigilaba seguía leyendo el periódico con tranquilidad.

Aquellos minutos se le hicieron eternos, ningún componente de la familia parecía tener ganas de abandonar el comedor. Había terminado la cerveza hacía un buen rato y entre los nervios y las necesidades fisiológicas, la situación se estaba complicando.

En ese momento vio como el revisor atravesaba el restaurante de un extremo a otro.

—Disculpe —le detuvo cuando pasaba junto a su mesa—. La ventana de mi compartimento no se puede cerrar ¿Podría ayudarme?

El revisor lo miró con cara de pocos amigos, el primer día siempre se le acumulaba el trabajo y aún no había podido almorzar.

Sam supo que aquella era su mejor baza, si el revisor le acompañaba llegaría a salvo.

En cuanto se levantó el tipo del fondo hizo lo propio, aquella maniobra le dejó asombrado, pensaba que yendo junto al revisor no intentarían nada.

Sam atravesó el comedor apretando el paso, el revisor tenía prisa. Al salir del vagón se giró y vio por el rabillo del ojo que el tipo les seguía a corta distancia.

Se detuvo un instante a atarse el cordón del zapato, intentando ganar tiempo, necesitaba pensar en algo antes de que fuese demasiado tarde —ya había visto de lo que eran capaces aquellos tipos sin escrúpulos, y seguro que no les importaría eliminar al ferroviario—, el revisor se volvió hacia atrás y frunció el ceño al verlo agachado.

En ese instante supo que si aquel tipo descubría cuál era su compartimento habría firmado su sentencia de muerte, y sería un blanco fácil.

Se levantó y continuó caminando. Unos metros más adelante se volvió a detener.

—Siento tener que hacer un alto en el camino —le comentó al revisor—, pero necesito entrar inmediatamente en el aseo.

—Tengo mucho trabajo, amigo —contestó el revisor enojado—. Si entra en el baño no podré arreglarle la ventana.

—No se preocupe, ya le avisaré más tarde.

El revisor le señaló una pequeña puerta al fondo del vagón. Sam sabía que aquella era su única salvación. Abrió la puerta, le dio las gracias y cerró el pestillo mientras el ferroviario continuaba su camino.

El gigantón que lo perseguía se detuvo frente a la puerta del baño esbozando una sonrisa, encendió un cigarrillo y abrió la ventana. Sabía que su presa había caído en la trampa, ya no tenía escapatoria.

Carter abrió el grifo del lavabo mientras las gotas de sudor le caían a borbotones por el rostro y se refrescó la cara. Durante el corto trayecto desde el restaurante había pensado en contárselo todo al revisor, pero no podía acusarle de nada, el tipo que lo perseguía ni siquiera le había dirigido la palabra.

Un instante después el tren silbó al pasar por una pequeña estación, la ventanilla era de un cristal opaco y apenas se veía nada desde dentro. Sam intentó forzarla, pero estaba dura como el acero. Haciendo acopio de todas sus fuerzas consiguió abrir el pestillo, sacó la cabeza y miró hacia ambos lados.

En ese instante unos fuertes golpes sacudieron la puerta. Carter guardó silencio, no tenía ninguna duda de quién le esperaba en el exterior. Inmóvil frente a la puerta pensó que la mejor solución habría sido avisar al revisor.

Volvió a sacar la cabeza por la ventanilla, la velocidad era tan alta que descartó lanzarse en marcha. Entonces miró hacia arriba, y comprobó que el tren no era demasiado alto. Justo encima había un par de asas donde agarrarse.

Sacó su cuerpo por fuera, se sentó en la ventana, y se agarró con fuerza a una de ellas. Tuvo que esperar unos instantes a que el viento amainara mientras seguía oyendo como aporreaban la puerta; acto seguido se impulsó hacia arriba.

Sam estuvo a punto de resbalar, las láminas de acero con las que estaban contruidos aquellos vagones no ofrecían ninguna estabilidad. Cuando llegó al techo, intentó erguirse y caminar, pero comprobó que era imposible por el fuerte viento.

Se tumbó y agarró con fuerza las barras laterales del techo, poco a poco fue gateando lentamente en dirección al siguiente vagón.

En el interior del tren se oyó un fuerte golpe, el tipo había arrancado de cuajo la puerta del lavabo y la había echado abajo.

Al ver que no había nadie dentro, se asomó a la ventana y pensó que se había lanzado con el tren en marcha. Poco después miró hacia arriba y escuchó un sonido metálico. Se subió por el mismo lugar que lo había hecho Sam y lo vio tumbado en el techo.

En un principio Sam no se percató de su presencia, pero el tipo era tan corpulento que en cuanto puso un pie en el techo oyó como retumbaba la estructura metálica.

Se volvió y vio como aquel gigantón se le echaba encima en un abrir y cerrar de ojos, no le quedó más remedio que acelerar el paso aun a riesgo de romperse la crisma.

Llegó al final, bajó por las escalerillas que dividían ambos vagones, y entró en el vagón donde estaba su compartimento. Sam corrió por el pasillo como alma que lleva el viento, y abrió la puerta antes que aquel gigantón hiciera acto de presencia.

Echó el pestillo y se sentó exhausto en el suelo jadeando por el esfuerzo.

Un par de minutos más tarde oyó a alguien pasear por el pasillo como si fuera un toro desbocado que había salido de los corrales. El tipo no se lo pensó y llamó a todas las puertas del vagón, cuando llegó a la de Sam, éste se tapó la boca y contuvo la respiración, todavía jadeaba ligeramente.

Poco después escuchó como los pasos se alejaban, el gigantón no lo había visto entrar en su compartimento y no podía saber que si se alojaba en aquel vagón; y continuó hacia el siguiente.

Sam pasó toda la noche sin pegar ojo, el viaje a *Ámsterdam* era largo, aún quedaban tres días, y no sabía si sería capaz de volver a esquivarle.

Al amanecer tumbado en la litera sopesó la posibilidad de no volver a abandonar el compartimento hasta llegar a *Ámsterdam*, pero a media mañana se dio cuenta de que aquello era materialmente imposible: se encontraba hambriento y necesitaba ir al aseo varias veces al día; por desgracia en aquel tren solo había lavabos al fondo de cada pasillo. Su segunda opción era avisar al revisor y contarle todo lo ocurrido, pero necesitaba tener pruebas para acusar al gigantón de algo.

Sam pasó todo el día pensando en aquello, a media tarde tuvo que ir al baño de forma imperiosa. Tras pensarlo mucho llegó a la conclusión de que el tipo no lo había visto entrar en su compartimento, y no poseía la certeza de que se alojara en aquel vagón, pero estaba convencido de que rondaría cerca.

Salió del compartimento, miró hacia ambos lados, y recorrió la distancia que le separaba del baño en un tiempo récord.

Al otro lado del tren, un tipo con una profunda cicatriz en la cara abofeteó el rostro del gigantón.

—No sé quién te dejó entrar en esta organización —exclamó hecho una furia—. Si de mí dependiera volverías a labrar los campos, aunque dudo de que sirvas ni para eso.

El aludido alzó la vista, y se llevó un nuevo bofetón.

Iván era un gigantón sin apenas estudios que había pasado las horas trabajando en el campo

de sol a sol. De mandíbula prominente, y ancha y desgarrada espalda, no podía ocultar sus ademanes toscos y rudos. El poco cabello que aún le quedaba era moreno y grasiento. Cada vez que se sentaba en una mesa se sentía incómodo, había pasado tanto tiempo en el campo que le gustaba comer con las manos.

En una redada llevada a cabo en el pueblo donde vivía acusó a varios vecinos de guardar parte de su cosecha para consumo propio. Aquello llevó al partido a abrir una investigación en los koljoses. La policía política demostró que no solo eran los vecinos de Iván los que robaban al estado, aquella práctica estaba muy extendida entre los miembros de la región. Los campesinos fueron castigados, y a Iván le ofrecieron formar parte del engranaje del partido, al poco tiempo se ganó fama de despiadado, y fue reclutado por el Kgb como brazo ejecutor de sus acciones.

—Es la segunda vez que se te escapa —afirmó Dimitri con la voz rasgada—. En Suiza tampoco pudiste atraparlo.

Hizo un amago de golpearlo por tercera vez, pero se contuvo, la disciplina era parte esencial de su trabajo, y la mejor forma de amedrentar a sus hombres.

—Sal ahí fuera. Y no vuelvas hasta que lo encuentres.

Iván salió por la puerta sin tan siquiera mirarle a los ojos, cada día sentía más odio por el comisario del Kgb.

Dimitri Galievich era el hombre fuerte del Kgb, durante años su nombre inspiraba terror entre los ciudadanos de Leningrado. Todos los soviéticos conocían su fama, en cuanto iniciaba una investigación el culpable podía firmar su sentencia de muerte.

Desde la época de Breznev, Dimitri había ido ascendiendo en el escalafón del partido hasta convertirse en uno de los hombres del presidente, que al igual que Stalin apenas confiaba en unos pocos miembros de su círculo más cercano.

Con la llegada de la perestroika nadie, incluido Gorbachov, se atrevió a discutir su poder, se apartó a un segundo plano para que el régimen aparentara ser más democrático pero continuaba ejerciendo el poder en las sombras.

Dimitri era un tipo fornido que había practicado halterofilia desde que era joven, a pesar de haber sobrepasado los cincuenta años se mantenía en perfecta forma. Su edad tan solo era visible en su cabello, que comenzaba a ralearse y en los surcos de la comisura de los labios que se le marcaban en demasía.

—Es un inútil —repitió en voz alta—. Vas a tener que ocuparte tú, Ludmilla.

—Me temo que no será tan fácil, camarada.

Dimitri se giró perplejo, no recordaba que alguien rebatiera sus órdenes desde hacía tiempo.

—¿Por qué piensas eso? ¿Conoces al americano?

—Estoy convencida de que no volverá a confiar en ninguna mujer. Fue un error enviar a Olga Volkovaeva a Venecia.

El comisario sopesó sus palabras y se dirigió a la ventana. Lejos de inclinarse por el profundo frío prusiano, alzó el cuello de su abrigo y levantó el mentón.

Ludmila Visonkaya era para muchos la mejor agente del servicio secreto soviético, y sus palabras eran tenidas en cuenta por el camarada comisario. Durante años había trabajado como

doble agente a ambos lados del muro, sin que los americanos sospecharan que era una agente rusa. Su astucia e inteligencia tan solo eran comparables a las de Dimitri.

Ludmilla era una bella caucasiana de cabello dorado y ojos felinos capaces de seducir a cualquier hombre. Siempre se reservaba las misiones más complicadas, se jactaba entre sus amistades que no había misión que se le pudiera resistir. Tan solo tenía un punto débil, Anton Dorskaya, su gran amor de la Universidad, y el intelectual del grupo.

—Puede que lleves razón —reconoció Dimitri pasados unos minutos.

—Quizá yo no pueda llevarlo a cabo —respondió Ludmilla con sarcasmo—. Pero tengo una idea.

Sam salió del baño tan aliviado que por un momento se olvidó del hambre que había pasado, miró el reloj y casi era la hora de cenar.

Durante unos instantes se planteó ir hasta el salón comedor, pero ya había tentado demasiado a la suerte aquel día, dio media vuelta y volvió a su compartimento, pasó toda la noche pensando en cómo afrontar el resto del viaje. De madrugada soñó con comida, no había pasado ni un solo día de su vida sin probar bocado.

Iván pasó un par de horas recorriendo todos los vagones, pero no encontró nada. Cabizbajo regresó al compartimento donde lo esperaba el comisario.

—Es como si se lo hubiese tragado la tierra —le aseguró a Dimitri.

—Esperaba algo parecido —respondió el comisario encendiendo un cigarrillo—. El primer día todos se ocultan como conejos en una madriguera, pero al final salen de su escondite.

—Vete a descansar, Iván —gruñó el comisario—. Mañana la camarada Ludmilla te ayudará.

El gigantón se quedó desorientado, esperaba que volviera a abofetearlo, sin embargo, Dimitri parecía tramar algo, de sus labios se escapó una leve sonrisa.

Iván se fue antes de que el comisario cambiara de opinión, y se retiró a descansar al compartimento contiguo. Al entrar saludó a su compañero, que tenía entre sus manos un ejemplar de «La conquista del pan» de Kropotkin.

Anton Dorskaya había pertenecido desde su nacimiento a la cúpula del partido, era sobrino de Krushev, y todos esperaban que siguiera la brillante carrera política de su tío. Sin embargo, Nikita se había ganado durante años la enemistad de muchos miembros del partido. Un alto miembro del ejecutivo consiguió alejar a Anton de la carrera política, no querían volver a ver a ningún Krushev en el Kremlin, y Anton fue trasladado al servicio secreto.

A pesar de que su relación con Ludmilla había sido en la universidad, se rumoreaba que ambos continuaban manteniendo un romance en secreto que había pasado por numerosos altibajos desde que se conocieron.

Anton solía cuidar su aspecto más que el resto de sus compañeros, vestía una chaqueta de pana beige y llevaba unas pequeñas gafas que ocultaban unas grandes ojeras fruto de las horas que pasaba leyendo. Su cabello era castaño y sus ojos verdes con vetas grisáceas.

—¿Continúa de mal humor? —le preguntó a Iván alzando la vista del libro.

—Como de costumbre. Por fortuna la camarada Ludmilla parece tranquilizarle.

—Si yo la tuviera todo el día a mi lado también me tranquilizaría —respondió Anton con ironía.

—Una vez escuché que asesinó a su marido en la bañera —aseguró Iván.

—No pienso casarme con ella —contestó Anton encogiéndose de hombros.

A la mañana siguiente, cuando las primeras luces del alba apenas se vislumbran por un cúmulo de nubes negras que presagiaban un fuerte aguacero, el tren silbó en repetidas ocasiones. Sam se levantó soñoliento y se dirigió a la ventana.

Bajó la ventanilla y divisó a lo lejos las luces de los edificios que se cernían sobre la fría ciudad de Berlín.

Unos instantes después el tren serpenteó entre numerosas curvas de altos bloques de hormigón y descendió varios metros hasta entrar en un largo túnel que dio paso a una gigantesca estación donde numerosos trenes, provenientes de todas partes de Europa, se encontraban estacionados en sus vías.

El tren se detuvo en el andén correspondiente, allí descendió la inmensa mayoría del pasaje, el resto continuaba en dirección hasta Ámsterdam.

Sam estaba tan absorto observando el ir y venir de los pasajeros que su sorpresa fue mayúscula cuando vio descender del tren con una maleta al gigantón que lo había perseguido el día anterior ¿Qué demonios significaba aquello? ¿Tan pronto se habían dado por vencidos? ¿o es que tenían órdenes de atraparlo antes de llegar a Berlín y no lo habían conseguido?

Sam comenzó a darle vueltas al asunto sin encontrarle sentido, quizás la policía lo había descubierto. Lo curioso del caso es que el tipo atravesó la estación sin que nadie le acompañara.

Sea como fuere, Sam se apartó de la ventanilla y se sentó en el asiento por si el gigantón echaba un último vistazo al tren.

Fumando un cigarrillo esperó a que los pasajeros que subían al tren —en su mayoría alemanes que se dirigía a Ámsterdam— llegaran a sus compartimentos.

Poco después oyó como alguien llamaba a la puerta.

—Hallo bitte ¿Sprechen deutsch?

A Sam se le cambió el rictus de la cara cuando llamaron a la puerta, ¿Quién sería tan temprano?

Las llamadas prosiguieron durante un buen rato, y no le quedó más remedio que contestar.

—¿Quién es? —preguntó intentando cambiar su acento para no parecer americano.

—Disculpe, acabo de subir en la estación —contestó una voz femenina en un correcto inglés —, y creo que este es mi compartimento.

—Eso es imposible —respondió enfadado—. Reservé este compartimento en la estación de Praga.

—El revisor asegura que este es el mío.

—Debe ser un error. Vuelva a comprobarlo.

La chica se dio media vuelta y recorrió el tren hasta encontrar al revisor, que la acompañó de

regreso al compartimento.

—Señor Carter —llamó el revisor tocando con los nudillos en la puerta—. Abra un momento.

Sam asomó la cabeza con cara de pocos amigos.

—Me temo que el servicio informático ha cometido un grave error. La señorita había reservado este compartimento el mes anterior —aquí tiene el billete. Cogió el boleto y comprobó la fecha de expedición—. Cuando usted realizó la reserva en Praga no aparecía la suya. Los ordenadores a veces cometen estos errores —se disculpó el revisor.

Miró fijamente a la chica y puso cara de circunstancias.

—Me temo que no hay más compartimentos libres —le aseguró el revisor—. Tendrán que compartir el suyo.

A Sam se le cambió el rictus de la cara, no le apetecía compartir su habitación con nadie, pero no podía negarse a aceptar a un pasajero, corría el peligro de que avisaran a la policía.

Aceptó a regañadientes la imposición del revisor, abrió la puerta y la recibió con una sonrisa forzada.

—Disculpa mi aspecto —dijo tras ver que aún estaba en pijama— Me acabo de levantar.

—¿De dónde eres? —preguntó la chica.

—Americano —contestó, pensando que ya no serviría de nada seguir disimulando su acento.

—Mi nombre es Brigitte. Soy de Rotemburgo.

—El mío Sam, de Nueva York —respondió estrechando su mano.

En cuanto el tren se puso en marcha, Sam salió de la habitación rumbo a la cafetería, llevaba un día entero sin comer y no aguantaba ni un segundo más. Dejó a Brigitte colocando el equipaje en el compartimento y se despidió de ella.

Cuando llegó al comedor tan solo había tres mesas ocupadas. Se sentó en la misma mesa del primer día y le atendió un nuevo camarero.

—Café. Un buen tazón de con flakes y tortitas con sirope —pidió mientras leía con satisfacción la carta del desayuno, quien había elaborado el menú conocía a la perfección al turista norteamericano, esperaba que las tortitas tuvieran el mismo sabor al que estaba acostumbrado, aunque tenía serias dudas.

Mientras tomaba el desayuno, el revisor del día anterior pasó por la cafetería. Se detuvo en su mesa y le miró con cara de pocos amigos.

—Estuve llamando toda la tarde a su compartimento —le recriminó mientras Sam recordaba que habían llamado varias veces a la puerta.

—¡En qué demonios estaba pensando para echar la puerta del baño abajo! —exclamó hecho una furia—. Si no podía salir. ¿Por qué no dio la alarma?

Carter se quedó de piedra al oír aquello, había oído un fuerte golpe, pero no pensaba que el gigantón hubiese arrancado la puerta de cuajo.

—Le aseguro que no fui yo —se defendió—. Hay un tipo que me persigue desde que subí al

tren —añadió a la desesperada intentando que le creyese.

—No diga tonterías. Esto le va a costar caro. Deberá abonar el importe de la reparación sino quiere que llame a la policía.

En ese instante, vio al otro lado del cristal la gigantesca figura de Iván esperando a que saliera del vagón restaurante.

El gigantón le había tendido una trampa, había simulado que abandonaba el tren para que saliera del compartimento y la jugada le había salido a las mil maravillas,

— ¡Mire! —exclamó levantándose como un resorte del asiento—. Aquel es el tipo que me persigue. El que echó la puerta abajo.

El revisor volvió la cara de forma instintiva, y vio como Iván salía corriendo en cuanto sus miradas se cruzaban.

En ese instante el revisor supo que le estaba contando la verdad.

—¡Vamos! ¡Acompáñame! —le ordenó—. Avisaré a la policía de inmediato.

Sam y el revisor siguieron a Iván por el tren, en uno de los vagones se abrieron un par de puertas y varios pasajeros salieron del interior.

—¡Dejen paso! —ordenó el revisor intentando apartarlos con su brazo—. Es una emergencia.

Aquellas décimas de segundo fueron tiempo suficiente para que Iván los perdiera de vista, cuando llegaron al siguiente vagón ya no había rastro de él.

Iván entró exhausto en el compartimento del comisario jefe, había conseguido dejarlos atrás.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Dimitri hecho una furia.

—Tenía acorralado al americano en el vagón restaurante cuando apareció el revisor y le salvó el pellejo —contestó enfadado—. El americano me descubrió y ahora son ellos los que me persiguen.

—Eres un imbécil. Ya era nuestro. Había caído en la trampa.

Iván asintió bajando la cabeza.

—Vuelve a tu compartimento —le espetó—. Yo mismo ordenaré que te releven del servicio activo.

—No se preocupe —le dijo el revisor a Sam—. Una cara como esa no se olvida con facilidad. Creo que sé cual es su compartimento.

Carter asintió agradecido.

El revisor llamó a la puerta justo cuando Iván se disponía a salir.

El comisario le hizo una señal para que guardara silencio.

—¡Abran! —exclamó el revisor—. Sé que están ahí. Hemos escuchado voces.

El camarada comisario esperó unos segundos, y abrió la puerta con tranquilidad.

—¿En qué puedo ayudarles? —le dijo Dimitri.

—Estamos buscando a un tipo alto y fuerte que ayer ocasionó varios desperfectos en el aseo ¿Se aloja en este compartimento?

—Solo nos alojamos mi esposa y yo —respondió dejando abrir la puerta. Al fondo se encontraba Ludmilla empolvándose la nariz.

El revisor dudó durante unos instantes pensando que se había equivocado de compartimento, sin embargo, seguía convencido de que era el correcto.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó sin creer ni una palabra de lo que Dimitri le estaba contando, aquella seguridad que desprendía exasperaba sus nervios.

—Usted manda —respondió Dimitri con firmeza.

El revisor entró junto a Sam, y ambos rebuscaron por todos los rincones. El ferroviario miró debajo de la cama, y se asomó a la ventanilla, no era la primera vez que encontraba a alguien sujeto en el exterior del tren.

A Sam le dio la sensación de que Iván había escapado por el techo, aunque no había oído pasos.

—Todo en orden —reconoció el revisor—. Disculpe las molestias —añadió cuando se marchaba.

El comisario cerró la puerta y le hizo una señal a Ludmilla; acto seguido abrió el maletero e Iván salió sin poder respirar.

Dimitri le hizo un gesto para que guardara silencio, el revisor aún continuaba en el pasillo.

—Unos segundos más y no lo cuento —dijo Iván en voz baja mientras le faltaba el aire.

—No hubiésemos perdido mucho —le recriminó el comisario.

—¿Está seguro de que ese americano ha robado algún secreto de estado? —le preguntó al oído Ludmilla.

El comisario la fulminó con la mirada, no permitía que nadie cuestionase sus decisiones.

—Sasha Volkov me aseguró que lo hizo.

—Pues nadie lo diría —respondió Ludmilla torciendo el gesto—. Parece un pipiolo recién salido de la universidad.

El comisario gruñó de mala gana.

El revisor continuó revisando uno por uno los compartimentos de aquel vagón, fue preguntando a todos los pasajeros, la mayoría eran alemanes que se habían subido en Berlín.

Al llegar al final del vagón se dirigió a Sam.

—Lo siento, amigo, pero sin pruebas, no puedo hacer nada más.

—Pero usted me cree.

El revisor asintió.

—Estoy convencido de que ese tipo arrancó la puerta —admitió— pero no podemos acusarlo de nada más.

—La única prueba que obtendrá es mi cadáver en el suelo de un compartimento —contestó

hecho una furia.

—Tan solo puedo continuar la búsqueda —le aseguró el revisor encogiéndose de hombros—. Si lo encuentro antes de llegar a Ámsterdam avisaré a la policía.

Sam volvió a quejarse, pero en cuanto se dio cuenta de que el revisor ya no haría nada más regresó abatido a su compartimento.

Al abrir la puerta, vio como Brigitte se tambaleaba y se desplomaba entre sus brazos.

—¿Qué ocurre Brigitte? ¿Qué tienes?

Brigitte tan solo era capaz de balbucear algunas palabras sin sentido.

Sam la cogió en brazos al verla tan pálida y la llevó hasta la litera.

—¿Estás enferma? —le preguntó.

Brigitte asintió levemente.

Él salió del vagón y corrió a pedir ayuda.

Al no encontrar al revisor por ningún lado, se dirigió a la cafetería y allí avisaron al médico de guardia que escuchó atentamente la explicación antes de dirigirse al compartimento.

Carter tuvo que sentarse frente a la barra, se sentía presa de un ataque de pánico.

—Tome esto —le dijo la camarera que le atendió la primera noche—. Le reconfortará.

Se lo tomó de un trago y sintió un fuerte ardor de estómago, era un fuerte licor de aguardiente para las frías mañanas de invierno.

Permaneció allí más de media hora, estaba cansado de aquel viaje, y no veía la hora de regresar a casa. Cuando ya se encontraba mejor, se dirigió al compartimento para saber cómo se encontraba Brigitte.

El tren no se detuvo en ninguna estación, por lo que dedujo que no sería nada grave, de lo contrario la habrían conducido al hospital más cercano.

Al atravesar el vagón que precedía al suyo, se abrió la puerta del aseo y de su interior salió Iván, ambos se quedaron perplejos y cruzaron sus miradas durante unos instantes.

Iván intentó agarrarlo por el cuello, pero Sam se zafó justo a tiempo y regresó corriendo en dirección a la cafetería. Sin saber a adonde dirigirse atravesó los vagones lo más rápido que pudo, mientras el gigantón le pisaba los talones.

En el siguiente vagón un tipo abrió la puerta de su compartimento justo cuando pasaba a su lado, fueron tan solo unos segundos pero el tiempo suficiente para que adquiriera una mínima ventaja, Iván le apartó de un manotazo y el alemán le increpó a gritos.

Cuando llegaba al final del vagón se abrió la puerta del último compartimento, un tipo de mediana estatura tiró de su chaqueta hacia atrás y cerró la puerta de golpe.

Mientras forcejeaban, el tipo le tapó la boca con una mano y con la otra le hizo un gesto para que guardara silencio.

Las fuertes pisadas del gigantón de la Kgb se oyeron al otro lado de la puerta del compartimento, Iván se detuvo desorientado, no entendía como el americano le había sacado tanta

ventaja en tan solo unos instantes. Abrió la ventana y comprobó que no había vuelto a escaparse por el exterior del tren, sin saber que hacer continuó hacia delante.

—Aquí estamos a salvo —le aseguró el tipo tras quitarle la mano de la boca.

—¿Quién es usted? —preguntó Sam confuso.

—Will Kesner —dijo estrechando su mano—. Su única esperanza de salir con vida de este tren.

—¿Es del servicio secreto? —respondió al oír su acento.

Will asintió.

—Acabo de subir en la estación de Berlín. Tu amiga la periodista nos dio el soplo.

Sam respiró aliviado, nunca le habían gustado los métodos de la Cia, pero en aquel momento era su tabla de salvación.

—Han estado a punto de matarme en un par de ocasiones —repuso indignado— ¿Por qué han tardado tanto?

—No ha sido fácil encontrarte, la Interpol ha emitido una orden de búsqueda y captura sobre usted y el asunto se ha enturbiado. Hemos tenido que utilizar todas nuestras influencias para intervenir.

—Y ¿qué piensa hacer con ese tipo?

—No pretendo engañarle. La situación es complicada. Hay varios agentes del Kgb en el tren. En cuanto todo se calme regresaremos al vagón, recogemos su equipaje y bajaremos en la próxima estación.

—¿Bajarnos del tren? —preguntó confuso.

—¿Prefiere que nos maten?

Sam frunció el ceño y asintió, parecía que el viaje tocaba a su fin.

Una hora después, Will abandonó el compartimento y comprobó que todo estaba despejado.

Poco después el agente regresó.

—Su compartimento se encuentra a tres vagones de distancia —se detuvo un instante y lo miró fijamente a los ojos—. Debe recordar algo importante, si aparece algún agente del Kgb échese a un lado.

Sam y Will salieron del compartimento y se dirigieron al destino con precaución. En el siguiente vagón una madre salió corriendo tras el balón de su hijo que había rodado por el pasillo. Will se llevó la mano a la pistola que tenía debajo de la chaqueta.

—Falsa alarma —aseguró en voz baja.

Unos metros más adelante un grupo de adolescentes que realizaban el Interrail ocupaban medio pasillo.

Uno de ellos soltó una carcajada cuando vio a Sam tan pegado a Will que parecían hermanos siameses. Al pasar junto a ellos una de las chicas del grupo miró con descaro a Will y le sonrió, él instintivamente le devolvió la mirada.

Justo en ese instante como recién salido de la nada, apareció un elegante tipo con un ceñido

traje negro, levantó ambas manos y de un solo disparo atravesó el cráneo de Will.

El agente cayó al suelo en el acto, mientras Sam se apartaba a un lado y permanecía temblando en el suelo como si fuera un ovillo de lana.

El grupo de adolescentes comenzó a gritar despavorido y desapareció al instante.

—¡Levántate! —le ordenó el tipo del traje negro, y le ofreció la mano—. El revisor y el resto de agentes no tardarán en llegar. Si nos encuentran estamos perdidos.

Sam negaba con la cabeza y se arrastraba hacia atrás sobre el suelo del pasillo con el miedo reflejado en sus ojos.

—Olvídate durante un instante de todo lo que has visto —dijo extendiendo su guante de cuero negro—. Si quieres vivir dame tu mano.

—¿Quién eres? ¿Y por qué no me has matado?

—No hay tiempo para eso —exclamó elevando el tono de voz— ¡Vamos!

Sam se levantó al comprobar como el tipo guardaba la pistola en el interior de su chaqueta, lo único que sabía es que por alguna razón le había perdonado la vida.

—Tenemos que salir del vagón —le dijo corriendo tras él—. Yo protegeré la retaguardia.

En el siguiente vagón, el tipo abrió un cuarto donde el servicio de limpieza guardaba sus pertrechos y cerró la puerta con llave.

—¿Vas a matarme? —le preguntó Sam arrinconado sobre unos cubos de basura.

—Si quisiera matarte ya lo habría hecho.

—No comprendo nada de lo que está sucediendo.

—Lo sé —respondió el tipo con un tono glacial—. Nunca debes fiarte de las apariencias. Si continúas del mismo modo acabarás muerto.

—¿De qué estás hablando?

—El tipo al que acabo de matar se llamaba: Anton Doskaya —dijo mientras extraía el cargador de su pistola e introducía uno nuevo—. Era uno de los más sanguinarios agentes de la Kgb. Si no hubiese convencido a la chica del pasillo para que lo distrajese ya estarías muerto.

—Me aseguró que formaba parte de la Cia —respondió estupefacto—. Conocía a la perfección todos mis movimientos desde que llegué a Europa.

—Todo muy profesional. Forma parte de su formación —afirmó sacando un carnet de la Cia y entregándoselo a Sam—. No deberías confiar en el primero que se cruza en tu camino.

Sam cogió el carnet con las manos temblorosas y comprobó la acreditación:

«Jhon Hersworth».

Hersworth era un apasionado de la natación, de fuertes músculos y anchas espaldas. Su carácter enérgico le ocasionaba numerosos problemas. No estaba casado, pero no faltaban mujeres en su vida. De cabello moreno engominado y profundos ojos azules, siempre exhibía unos modales exquisitos.

Jhon había sido trasladado por la Cia a Europa por su profundo conocimiento del mundo

soviético y la gran facilidad que tenía para dominar idiomas.

En su juventud había formado parte del equipo de rugby de la Universidad, y poco después había fundado la filmoteca donde se proyectaban películas en el campus.

Durante aquellos años se pusieron de moda las películas de la guerra fría, a Jhon le apasionaba tanto aquel género que se convirtió en un experto en análisis de datos y tecnología militar, consiguiendo su ingreso en el servicio secreto. Poco después de su entrada en la agencia, Ronald Reagan creó el escudo antimisiles y se recrudeció el conflicto entre rusos y americanos. John fue enviado a formar parte de los servicios secretos de espionaje norteamericanos en el continente europeo.

—¿Y cómo sé que el carnet no es falso? —preguntó Sam que ya no confiaba en nadie.

—Podría serlo —respondió Jhon impasible—. Pero en este momento soy la mejor opción que tienes.

—Si lo que me dices es cierto ¿Por qué el ruso no me mató en su compartimento?

—Pensaba hacerlo. Pero antes necesitaba encontrar la información que la Kgb anda buscando.

—¿Qué información? —repuso Sam perplejo.

—La que tú y la periodista española robasteis en Volgogrado.

—¡De qué demonios estás hablando!

Jhon se quedó en silencio al ver su gesto contrariado, la mente de Sam intentaba asimilar la información a gran velocidad.

Poco a poco fue atando cabos hasta comprenderlo todo. De alguna manera Sasha había convencido al Kgb de que Sam y Raquel habían robado algún secreto de estado para los americanos en Volgogrado. Por ello, el servicio secreto ruso había enviado a sus mejores agentes.

—El agente del Kgb me aseguró que Raquel había avisado a la Cia.

—Es cierto —reconoció Jhon—, pero ellos interceptaron la información. Saben muy bien hacer su trabajo.

—Y ¿qué haremos ahora? —preguntó asombrado por la frialdad con que Jhon ponía el silenciador sobre la pistola. Por primera vez le miró sin miedo a los ojos, y se fijó en su apariencia.

—Anton no era su hombre más peligroso —respondió Jhon—, quien debe preocuparnos es Dimitri, el comisario de la Kgb. No descansará hasta que acabe con nosotros.

—Un momento —dijo Sam—. Ahora te recuerdo, eres el tipo que se sentó a mi lado en el vagón restaurante el primer día. El que me vigilaba con disimulo.

—Así es —contestó con frialdad—. Sin embargo, Iván, el gigantón de la Kgb, estaba sentado al fondo del restaurante y no disimulaba en absoluto. Nunca ha sido su estilo. Anton era el plan B. No lo habías visto hasta ahora y por eso confiaste en él. Estaba encerrado en su compartimento esperando el momento oportuno. Por eso te salvó de Iván cuando te perseguía por el tren, para que confiaras en él.

Sam ladeó la cabeza una y otra vez, jamás se había considerado un ingenuo y aquella

revelación le roía las entrañas.

—Y ¿cuál es el plan? —preguntó tras asumir los acontecimientos.

—Esperaremos aquí hasta mañana —contestó Jhon—. Estamos en desventaja, nosotros somos dos y ellos son cuatro.

—Yo solo he contado tres.

—Brigitte Hoffman también forma parte del equipo —le explicó Jhon—. Una ex agente de la Alemania del este. Es una buena amiga de Ludmilla, ambas estudiaron juntas en San Petersburgo. Ludmilla sabía que si Brigitte subía al tren en Berlín con el resto de alemanes no sospecharías de ella.

—¡La alemana! —exclamó atónito—. Eso es imposible. Tenía un billete que compró hace tres semanas.

—Una vulgar falsificación —respondió casi sin mirarle.

Él asintió afligido una vez más.

—Por fortuna el veneno que le puse en la cafetería de la estación hizo su efecto. A pesar de que alguien corrió a avisar al médico.

Sin ser consciente de ello, Sam Carter, había intentado salvar la vida a la agente alemana que pretendía asesinarlo.

—Poco antes de llegar a la estación de Ámsterdam regresaremos a tu compartimento para comprobar si está muerta. Con fortuna el doctor no habrá llegado a tiempo para contrarrestar el veneno.

Sam asintió.

—Necesito que sepas algo más —le insistió John—. La agencia posee un piso franco en Ámsterdam junto al Risjkmuseum. Si hubiera algún problema dirígete hasta allí y espera.

Jhon escribió una nota con la dirección exacta del piso y se la entregó.

A la mañana siguiente el paisaje cambió por completo, los frondosos bosques alemanes dieron paso a extensas llanuras de prados verdes salpicadas por innumerables canales donde pastaban alegres vacas frisonas junto a viejos molinos.

Sam se encontraba tan ansioso, que llevaba un par de días sin pensar en Jennifer, había soñado con reencontrarse con ella en Holanda. Pero aquella mañana su único pensamiento era salir con vida de aquella encerrona que le tenía preparada la Kgb.

Por suerte confiaba en Jhon, le había visto actuar y sabía que era un tipo rápido y eficiente.

«Es todo un seguro de vida» pensó Sam mientras le observaba prepararse para abandonar el cuarto de limpieza.

El día anterior tanto él como la chica que había en el pasillo se encontraban a escasos centímetros de Anton, el agente del Kgb, cuando Jhon disparó, sin embargo, tan solo un par de gotas de sangre habían manchado su chaqueta. Su puntería era letal.

—Una hora para la estación de Ámsterdam —anunció el revisor mientras recorría los

pasillos.

—Ha llegado el momento —afirmó Jhon mientras escondía la pistola bajo su chaqueta.

Él asintió, mientras le temblaba todo el cuerpo.

El agente de la Cia salió el primero con determinación: la mirada fija al frente y el paso decidido transmitían la confianza que le faltaba a Sam, su compartimento se hallaba tres vagones más adelante.

Sin embargo, Jhon Hersworth había cometido un error por primera vez en muchos años, el médico había llegado a tiempo y había administrado un antiviral a Brigitte que había conseguido detener el veneno.

Aquella mañana Brigitte Hoffman se sentía un poco mejor, no tenía dudas de que alguien le había administrado un veneno, aprovechó la ligera mejoría, y se encaminó al compartimento donde se encontraba el grueso de la Kgb.

A lo lejos, en uno de los pasillos distinguió una cara que le resultaba conocida, a su lado caminaba un tipo con la mirada fija, que se abría paso sin mirar a nadie. Brigitte se escondió tras una puerta hasta que los dos hombres pasaron. Luego prosiguió su camino y aceleró el paso todo lo que pudo.

—Soy Brigitte —dijo golpeando con los nudillos en el compartimento de Dimitri.

Ludmilla abrió con una sonrisa, pero su alegría se desvaneció al comprobar que su amiga se encontraba enferma.

—¿Qué ocurre, Brigitte?

—Luego Ludmilla —respondió poniendo la mano en su hombro—. Debéis daros prisa. El americano y un tipo que le acompaña se dirigen a su compartimento. Si llegan a Ámsterdam los perderemos para siempre.

El comisario asintió.

—Debe ser algún agente enviado por la Cia —aseguró Dimitri—. Anton aún no ha regresado, puede que se hayan encontrado por el camino.

Ludmilla fue a taparse la boca con las manos, pero se contuvo, el Kgb no admitía signos de debilidad.

Dimitri, el comisario de la Kgb, sacó su pistola y preparó el silenciador. Ludmilla e Iván hicieron lo propio, cuando Brigitte sacó la suya se desplomó en el suelo.

Ludmilla le puso la mano en la yugular y negó con la cabeza, en ese momento no pudo evitar derramar un par de lágrimas. Hacía un momento había sido su amante el que había fallecido y ahora era su mejor amiga.

—No hay tiempo para eso —le recriminó Dimitri—. Estoy rodeado de incompetentes. Más tarde llorarás a tus muertos.

Ludmilla se enjugó las lágrimas y se levantó del suelo.

El comisario abrió la puerta y se dirigieron con paso firme al compartimento de Sam.

Al otro lado del tren, Jhon Hersworth abrió con cautela la puerta del compartimento de Carter. Cuando entró encontró al médico tumbado en el suelo, al parecer Brigitte había descubierto algo que no le había gustado.

—No está aquí —anunció Sam— ¿Ha escapado?

Jhon asintió levemente.

—Aquí ya no hacemos nada —le aseguró—. Si permanecemos por más tiempo nos atraparán como en una ratonera.

Jhon salió al pasillo y una sonrisa se dibujó en su rostro, la estación de Ámsterdam se divisaba desde la ventanilla.

—No te apartes de mí ni un solo instante —le advirtió mientras cerraba la puerta.

Sam Carter no tuvo tiempo de responder cuando una bala rozo su oreja.

Jhon Hersworth le apartó con tanta fuerza que lo tiró de bruces al suelo.

Sacó su arma y disparó hacia el lugar de donde provenía la bala, Ludmilla, la agente del Kgb, cayó fulminada sobre el pasillo.

—¡Vamos! —le gritó, y lo levantó del suelo sin miramientos.

A escasos metros el comisario del Kgb se abrió paso entre varios pasajeros que sacaban sus maletas al pasillo preparados para bajar en la estación de Ámsterdam.

Sam y Jhon atravesaron el tren a toda velocidad hasta llegar al último vagón.

Jhon abrió el compartimento de equipajes y cerró con llave.

—Esto apenas los detendrá unos segundos —aseguró Jhon mientras seguía buscando algo con que atrancar la puerta.

Un instante después dos disparos efectuados con silenciador volaron la rudimentaria cerradura del compartimento.

Iván dio una fuerte patada sobre la puerta y avanzó con decisión hacia el interior. Jhon vació el cargador sobre su cuerpo, pero aquella mole del Cáucaso parecía sobrehumana y continuaba avanzando sin que las balas logran detenerle.

Dimitri aprovechó el cuerpo de Iván como escudo y avanzó hasta que supo que a Jhon se le habían terminado las balas. Mientras el agente de la Cía cambiaba el cargador, el comisario le abatió con dos certeros disparos en la frente.

Jhon cayó fulminado al suelo, al mismo tiempo que lo hacía Iván, el gigantón del Cáucaso al fin se desmoronaba a su lado.

Mientras tanto Sam retrocedió hacia unas cajas de madera que había al fondo del vagón.

—¿Dónde están los documentos? Brigitte asegura que no estaban en tu compartimento. —le gritó el comisario— ¿Los llevas ocultos en un microchip?

Carter retrocedía jadeando mientras derribaba todas las cajas que encontraba a su paso.

—Habla o te mataré aquí mismo

Sam estaba convencido de que lo haría de todos modos.

Cuando ya no había más cajas a su espalda se detuvo, el comisario le miró fijamente y le apuntó a la cabeza.

De repente un desgarrador grito rompió el silencio del aquel tenso momento.

Jhon Hersworth con su último aliento disparó desde el suelo al comisario en la pierna, y se retorció de dolor echando mano a su rodilla.

—¡Corre! —le gritó Jhon a Sam mientras exhalaba el último suspiro.

Sam se incorporó y echó a correr hacia la salida, abrió la puerta y se perdió entre la multitud.

CAPITULO XIII

Sam Carter aceleró el paso y desapareció entre el gentío.

A la salida de la estación encontró un edificio de varias plantas de bicicletas apiñadas una junta a otras, era como un gran garaje de coches pero de vehículos de dos ruedas.

Sam pensaba que en Nueva York lo había visto todo, pero aquello le dejó impresionado, y comenzó a comprender la importancia que aquel medio de locomoción en Holanda.

En algunos puntos de la ciudad aún se veían bicicletas de color blanco fruto del movimiento provo de los años sesenta, estaban pintadas en aquel color para que todos los ciudadanos pudieran disponer libremente de ellas, cuando terminaban las dejaban estacionadas para que otra persona volviera a utilizarlas.

Carter preguntó a una chica que salía del parking de bicicletas dónde podía alquilar una, pensó que aquella sería la mejor forma de pasar desapercibido en aquella magnífica ciudad.

Nada más atravesar la calle encontró una de aquellas tiendas repletas de bicicletas, un holandés grueso de pelo rojizo le alquiló una Ortler, salió a la puerta y le explicó el camino que debía seguir para llegar al distrito que buscaba.

Subió a la bicicleta y enfiló una avenida que discurría junto a un amplio canal, al llegar a la concurrida plaza Dam, el centro neurálgico de la ciudad, vio una gran multitud de personas dando de comer a unas palomas que sobrevolaban a baja altura.

Sam continuaba preocupado por el incidente del tren, el agente de la Cia estaba muerto, y supuso que el tiroteo y sus consiguientes repercusiones serían un gran escándalo internacional.

Sin embargo, no recordaba haber oído nunca en los informativos tiroteos o muertes relacionadas con asuntos de espionaje, aquello parecía más propio de una película, no obstante, él lo había vivido en primera persona. Después llegó a la conclusión de que quizás aquellos asuntos de espías no trascendían a la opinión pública.

La distancia hasta su destino no era demasiado larga, tras preguntar a un par de transeúntes, llegó a un enorme parque frente a las puertas del Rijksmuseum donde jugaban los niños alegremente y paseaban los perros; a su derecha varios edificios de doble planta y enormes ventanales daban a un tranquilo canal atravesado por uno de los innumerables puentes con los que cuenta la ciudad.

Sam decidió ser precavido, aparcó la bicicleta en el otro extremo del museo, y recorrió el parque hasta llegar a una distancia prudencial donde poder observar el edificio. Se inclinó sobre el puente y se puso a contemplar el canal como si fuese un turista más. A la izquierda había numerosos barcos anclados a su orilla utilizados como viviendas durante todo el año, muchos holandeses preferían vivir allí antes que una de las viviendas que formaban parte del rico patrimonio del centro de la ciudad. Debido a los altos costes muchas personas, sobre todo las que llegaban por primera vez a la ciudad debían buscar vivienda en el extrarradio.

Sam Carter observó el enorme entramado de canales que se extendía a sus pies. A primera vista todos parecían iguales, aunque había enormes diferencias entre ellos.

Durante el siglo XVII se estableció una planificación urbanística de la ciudad fruto de la inmigración que sufría la capital. Se construyeron cuatro canales semicirculares concéntricos que

desembocaban en la bahía de Ij, y estaban interconectados mediante vías radiales formando abanicos. La extensión era tan amplia que se construyeron más de 1500 puentes y alrededor de 90 islas.

En el plan también se preveía la interconexión de canales a lo largo de los radios, y la creación de un conjunto de canales paralelos en el barrio de Jordaan principalmente para el transporte de mercancías.

Tres de los canales se diseñaron pensando en la construcción de zonas residenciales, mientras el cuarto fue concebido como línea de defensa y para gestionar el exceso de agua.

Tras disfrutar de aquellas espléndidas vistas, centró su atención en el edificio al que se dirigía. Decidió permanecer un rato apoyado sobre la barandilla del puente antes de entrar en el apartamento, quería comprobar quien vivía en su interior. Después de la aventura a bordo del tren, ya no sabía en quien confiar.

Diez minutos más tarde un pequeño café situado a orillas del canal abrió sus puertas, Sam comprobó que desde su terraza se podía observar la entrada del edificio sin llamar la atención, se dirigió hasta allí y se sentó junto a una pareja de jubilados que leía el periódico.

Al rato comenzó a aburrirse, en las dos horas que estuvo sentado en el café no vio a nadie acceder al edificio. Pagó la cuenta y decidió que había llegado el momento de averiguar que encontraría allí.

Era un edificio pequeño de apenas tres plantas, con un par de viviendas en cada una de ellas; en la primera planta una de las puertas estaba entreabierta, comprobó en la numeración que aquella era la que estaba buscando. Durante unos instantes dudó si entrar en el apartamento, pero no tenía nada más a lo que agarrarse en la ciudad, la otra opción era Jennifer, pero antes de visitarla necesitaba arreglar aquel asunto, no podía presentarse en su casa sin saber si la Kgb continuaba siguiendo sus pasos.

Sam Carter puso la palma de su mano sobre la puerta y empujó con suavidad. Avanzó unos metros sin escuchar nada en su interior, llegó a un pequeño salón donde solo había un televisor antiguo y un viejo sofá que parecía haber vivido tiempos mejores, a su derecha había una estrecha ventana con cortinas de encaje blanco que daba al canal. Al fondo había una habitación con una cama sin hacer y una cocina.

Sentía como su mente iba más rápido que su cuerpo, quería avanzar pero sus piernas no le respondían. De repente, un fuerte sonido rompió el profundo silencio de aquel siniestro apartamento. El teléfono de la entrada sonaba sin parar.

Sam se acercó al auricular pero prefirió no contestar, nadie sabía que estaba allí o al menos eso pensaba.

De repente el sonido cesó.

Se acercó a la ventana y comprobó que junto al canal había un par de tipos que miraban hacia arriba.

El teléfono volvió a sonar, y esta vez descolgó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó intentado aparentar seguridad.

Al otro lado se oía una fuerte respiración. La persona que estaba escuchando colgó, y el

teléfono comenzó a comunicar.

Sam se dirigió a la puerta principal, necesitaba escapar de allí lo antes posible. Al pasar por el vestíbulo descubrió un pequeño baño, encendió la luz y vio unas palabras escritas sobre el espejo del lavabo:

«Yankees 110 — Pirates 44»

Tras leerlo emitió una ligera sonrisa.

Al salir oyó unos pasos en la escalera, se asomó y vio a dos tipos con gabardina subir con rapidez, presentía que eran los mismos que habían llamado antes, ya que el propietario del piso franco había preferido dejarle un mensaje en el lavabo.

En el edificio tan solo había un par de plantas más, corrió hacia arriba intentando hacer el menor ruido posible. Salió por una anticuada puerta metálica que daba acceso a la azotea, se asomó al borde y comprobó que el edificio donde se encontraba estaba unido al contiguo.

Se encaramó a la cornisa y saltó al otro lado, allí encontró una puerta idéntica a la anterior, la abrió y corrió escaleras abajo, cuando llegaba a la primera planta oyó como alguien abría la pesada puerta metálica de la azotea, aquellos tipos no se darían por vencidos con facilidad.

El callejón a las espaldas del edificio daba acceso a un canal más pequeño que había pasado desapercibido, se dirigió hacia el otro extremo y comprobó que era una pequeña ramificación del canal principal donde se encontraba la cafetería donde había esperado.

Miró hacia ambos lados por si hubiese un tercer hombre esperando en la calle, recorrió el camino que le separaba de la bicicleta y se subió a ella. Si aquellos dos tipos querían seguirle la pista no se lo pondría nada fácil, deberían buscar entre la multitud de bicicletas que circulaban por la ciudad.

Giró por una amplia calle y siguió el mismo recorrido que los tranvías de la ciudad, mientras pedaleaba llegó a la conclusión de que necesitaba encontrar un callejero lo antes posible, y la forma más fácil de conseguirlo será dirigiéndose a una oficina de correos.

Al fondo vio un letrero de color amarillo con el símbolo del servicio postal, Sam no sabía que el mismo distintivo se utilizaba en diferentes países. A sus puertas había una gran cola.

Se bajó de la bicicleta y la dejó en un vado habilitado para vehículos de dos ruedas.

—¿Podrías decirme dónde puedo encontrar un plano de la ciudad? —preguntó a una rubia de media melena y profundos ojos celestes que era la última de la fila.

—En el mostrador de información podrán ayudarle.

Empujó una oscura puerta de cristal opaco y accedió al interior. En aquellos días se celebraba una fiesta parecida al día de acción de gracias en Estados Unidos, y más de media ciudad se había reunido para enviar sus paquetes. Por suerte, el mostrador de información estaba vacío.

En aquel país la mayor parte de sus habitantes hablaban diferentes idiomas y prácticamente todos lo hacían en inglés, si Nueva York era una de las ciudades más cosmopolitas del mundo Ámsterdam, salvando las diferencias de población, no le iba a la zaga.

En el mostrador un tipo alto y delgado le entregó un plano con toda la información de la

ciudad, tras agradecerse se dirigió a una amplia mesa donde los clientes solían rellenar sus impresos, desenrolló el mapa y lo abrió. Aquellos desplegados ocupaban un gran espacio.

Sam Carter pensaba que las calles de Ámsterdam, al igual que las de Nueva York, poseían un número que las identificaba, pero enseguida comprobó que no era así, en Holanda cada calle poseía su nombre.

Aquello le dejó desconcertado, el mensaje que había leído en el lavabo del apartamento contenía una numeración precisa, y estaba convencido de que debía buscar algún lugar con aquellos números.

Fue una vez más al mostrador a preguntar si algún distrito poseía aquella numeración, al acercarse escuchó a un turista australiano preguntar por un código postal.

Aquello fue como una revelación, la numeración que había encontrado podía tratarse de uno de aquellos códigos postales.

Volvió a desplegar el mapa sobre la mesa y encontró los diferentes códigos que pertenecían a cada distrito. Fue pasando su mano a pie de plano por los diferentes números hasta que encontró uno que parecía coincidir con el mensaje en clave que le habían dejado.

Dobló el plano, se lo guardó en el bolsillo y subió a la bicicleta. La zona a la que se dirigía no quedaba lejos de allí.

Lo que parecía un trayecto sencillo se complicó más de lo debido, aquella urbe era un auténtico laberinto de canales, cada vez que giraba en una esquina pensaba que ya había estado allí, todas las calles parecían iguales. Tuvo que detenerse en un par de paradas de tranvía y preguntar por la dirección.

Por fin tras un par de horas agotado de pedalear, encontró el código postal que estaba buscando.

Al bajar de la bicicleta observó que una multitud se agolpaba al final de la calle, aquello le resultó llamativo.

Sabía que si los tipos que le perseguían pertenecían al Kgb también habrían leído el mensaje, pero desvelar aquel código no sería nada fácil para ellos.

El agente que lo había encriptado sabía que los rusos no entendían demasiado de béisbol, y si lograban descifrarlo tendría dificultades para saber lo que significaba:

«El 15 de junio de 1927 los Yankees de Nueva York establecieron un récord en la liga americana, habían obtenido 110 juegos a 44 contra los Pittsburgh Pirates; el mayor tanteo de la historia».

Todos los neoyorkinos que se preciaban de conocer a su equipo sabían a la perfección aquella historia, pero solo un aficionado a los gigantes podría descifrarla, por suerte Sam Carter había nacido en Nueva York.

Sam buscó el código postal: 1927 y se dirigió al número 110 de la calle.

Conforme se iba acercando a la dirección observó que había aún más gente de la que esperaba.

Cuando llegó a la puerta del edificio alzó la vista y se quedó perplejo al comprobar el lugar donde el agente le había citado:

«Era la casa de Anna Frank»

Aquella vivienda era una de las más famosas de la ciudad, además de ser conocida en medio mundo. Allí fue donde Anna escribió su famoso diario durante la Segunda Guerra Mundial.

El mejor lugar para pasar desapercibido era uno que siempre estaba abarrotado de gente, Sam supuso que el tipo que le había dejado el mensaje era otro agente de la Cia que conocía a la perfección su trabajo.

Se puso en la fila y guardó cola durante un buen rato como cualquier turista. Luego subió por las escaleras tras un guía que iba narrando la historia de aquella famosa vivienda.

—La familia de Ana Frank —comenzó a explicar— se mudó a este escondite dejando su antiguo apartamento desordenado simulando una precipitada huida hacia Suiza.

Sam comprobó que en la primera planta había dos habitaciones y un baño. Luego se accedía a un ático tapado por una estantería que quedaba oculto desde afuera, a ese lugar Anna lo llamaba: «el anexo secreto».

—Aquí pasaba Anna la mayor parte de su tiempo leyendo y estudiando al mismo tiempo que continuaba escribiendo su diario —dijo el guía señalando su cama—, escribía sobre sus esperanzas, sentimientos y creencias.

En el año 44 la Gestapo asaltó el escondite de Anna y su familia, en un principio se creyó que alguien los había delatado, pero con el paso de los años se descubrió que todo formaba parte de un reconocimiento rutinario.

Los miembros de la familia fueron llevados a un campo de concentración cercano y más tarde trasladados a Auschwitz. Allí Anna y su familia pasaron un auténtico infierno hasta morir víctima de una epidemia de tifus que se extendió por todo el recinto.

Tras la charla del guía Sam prosiguió la visita en solitario esperando encontrar al agente que le había dejado el mensaje.

Lo único que encontró fue turistas, una amalgama de distintas voces e idiomas se entrecruzaban en un auténtico galimatías que acababa produciendo dolor de cabeza. Al principio disimulaba entre ellos esperando que fuera el agente de la Cia el que diera el primer paso. Una hora más tarde estaba tan desesperado que comenzó a mirar a todos lados.

Se le comenzaron a pasar todo tipo de ideas por la cabeza: No sabía si el agente no había podido llegar a tiempo o si la Kgb había conseguido eliminarlo al igual que a Jhon.

Un instante después cayó en la cuenta de que en el mensaje no aparecía la hora a la que debía presentarse, o al menos no había sido capaz de descifrarlo.

Poco después se dirigió al baño en busca de alguna pista. Abrió la puerta, cerró el pestillo y escudriñó todos los rincones, pero allí no había nada.

«Demasiado obvio» pensó.

Si los rusos habían interceptado el primer mensaje el agente no podía permitirse el lujo de volver a dejarlo en el mismo lugar.

Tras un par de horas dando vueltas por la casa, el servicio de vigilancia que custodiaba el edificio comenzó a mirarle con desconfianza, Sam no quería despertar sospechas y supo que había

llegado el momento de abandonar la vivienda.

Cuando se marchaba, uno de los responsables del museo de Anna Frank se le acercó.

—¿Le apetecería firmar en el registro?

Sam le miró confuso, no sabía que hubiera que firmar nada en la visita, y no le parecía lo más oportuno debido a su situación.

—Es tan solo un pequeño recuerdo para Anna y su familia —le explicó— en el que los visitantes expresan sus condolencias. Así nadie olvidará su sacrificio que aún perdura en la mente de todos nosotros.

—Por supuesto —contestó un tanto abrumado, era imposible negarse ante la contundencia de aquellas palabras.

Se acercó a un pequeño atril donde había un lujoso libro encuadernado en cuero negro, en el que los visitantes firmaban y dejaban pequeñas dedicatorias.

Sam cogió la pluma y se dispuso a escribir una pequeña frase.

Al inclinarse leyó lo que había escrito en la anterior dedicatoria:

«El Kgb ha descifrado el mensaje. Imposible acercarme a usted. Tenga cuidado, le vigilan. En Keukenhof a las cuatro».

Carter pensó que en aquellos momentos estarían observando sus movimientos. Miró a la derecha y comprobó que el vigilante de seguridad estaba observando a unos turistas que abandonaban la vivienda, sin pensarlo dos veces borró el mensaje que le habían dejado.

Abandonó la casa y se dirigió al centro de la ciudad, no había almorzado nada y estaba hambriento. En un puesto ambulante vio como un tipo engullía de un solo bocado unos arenques marinados. Tenía serias dudas de cómo le sentaría aquello, pero le gustaba tanto el pescado que no dejó pasar la oportunidad. Intentó hacerlo de la forma tradicional, tragándolo de un solo bocado, pero fue incapaz de conseguirlo y lo saboreó poco a poco.

Al acabar miró la hora, y se puso en camino para encontrar al agente secreto.

Media hora después llegó hasta Aalmeer, a las afueras de Ámsterdam, donde se encuentra situada la mayor casa de subastas de flores del mundo. En el Keukenhof, un gigantesco jardín de flores que deja sin respiración a todos sus visitantes, tulipanes y jacintos transforman el paisaje en un mar de infinitos y vibrantes colores.

Los tulipanes cultivados en su origen en el Imperio Otomano comenzaron a importarse a Holanda en el siglo XVI. Su fama llegó hasta tal punto que en el siglo XVII la gente invertía en sus bulbos como si lo hiciera en bolsa. Sus semillas se acabaron utilizando como moneda de cambio hasta causar una crisis de mercado conocida en aquella época como la tulipomanía.

Los tulipanes se convirtieron en tema obligado en cuadros y festivales durante la edad de oro holandesa.

Sam Carter paseó entre los viveros más famosos de la ciudad, una inmensa pradera se extendía a sus pies con los más vivos colores que jamás había contemplado: rojo, naranja, azul, blanco, verde, amarillo y el más preciado de todos, el tulipán negro.

El lugar estaba tan concurrido como la casa de Anna Frank, pero esta vez no solo había

turistas, numerosos empresarios que exportaban sus flores a medio mundo se reunían a diario. Se celebraban subastas y negocios de miles de millones de euros, aquel era uno de los negocios más florecientes del país, casi tanto como los famosos diamantes procedentes de Sudáfrica que se tallaban en el centro de la urbe.

Carter disfrutó de aquel colorido durante unos instantes, y se detuvo frente a la pradera de tulipanes negros.

—¿Otra mala temporada para los Yankees? —preguntó un tipo desgarbado de larga melena y abrigo beige que arrastraba los pies como si le costase andar.

—Luchando por no quedar últimos —respondió pensando que era el agente al que estaba esperando.

Sam se sorprendió al verle, mientras Jhon Hersworth era un tipo joven y atlético, aquel agente rondaba los sesenta años y tenía una profunda cojera fruto de un tiroteo seis años antes en el Berlín oriental. Desde aquel incidente le habían enviado a un destino tranquilo, los Países Bajos, donde no había problemas.

—El osezno ha salido de la madriguera —contestó a su lado sin tan siquiera mirarle a los ojos.

Sam lo miró perplejo, hasta ese momento había descifrado todos sus mensajes pero esta vez no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

El tipo lo escrutó de arriba abajo y enarcó las cejas.

Miró a ambos lados por si había alguien cerca y apretó el brazo de Sam sobre su espalda hasta que éstos oltó un gruñido de dolor.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Me llamo Sam Carter —respondió retorciéndose de dolor. El agente se encontraba tan pegado a él que la gente que pasaba alrededor no se percataba de nada—. Desde hace días me persiguen unos agentes de la Kgb. Jhon Hersworth me entregó la dirección del piso franco.

—Mientes —replicó pegado a su oído—. Ningún agente desvelaría la ubicación de un piso franco a un desconocido.

—Lo hizo justo antes de morir —contestó a la desesperada.

—Jhon es nuestro mejor hombre en Europa —afirmó el agente—. No se dejaría atrapar tan fácilmente.

—Eliminó a tres tipos de la Kgb antes de matarle. Dijo que su jefe se llamaba Dimitri Galievich.

Al agente le cambió el semblante al oír aquello.

—¡El comisario de la Kgb está aquí! ¡En Holanda! —exclamó desconcertado—. ¿En qué demonios andas metido?

—Piensan que robé secretos de estado. Pero yo nunca hice tal cosa.

El tipo se meció el mentón sopesando la situación.

—¿Estás seguro de que no te entregaron ningún microchip?

Él negó con la cabeza.

—Si el comisario está en Holanda tenemos un grave problema. Corres un grave peligro mientras sigas en Europa. Lo arreglaré todo para que regreses en el siguiente vuelo a Nueva York.

—Antes necesito ver a una persona.

—¿Una mujer? Lo primero es garantizar tu seguridad. Ya tendrás tiempo de volver a verla cuando regreses a América.

—Antes de marcharme necesito saber que se encuentra bien —respondió—. Todavía no sé si la secuestraron en un tren en Suiza.

—Creo que no lo comprendes, amigo. Has tenido la fortuna de encontrarte con el mejor agente que tenemos en Europa. La próxima vez que el comisario te encuentre eres hombre muerto.

A Sam se le hizo un nudo en la garganta y le costó trabajo tragar saliva. Tras pensarlo unos segundos, accedió a marcharse a regañadientes.

—Es la mejor decisión que podías tomar. Quédate aquí un momento. Tengo que realizar una llamada —le explicó el agente—. Con un poco de suerte estarás esta misma noche de regreso a Nueva Y...

No acabó de pronunciar la última palabra cuando el agente se desplomó en sus brazos. Un orificio de bala le había atravesado el omoplató izquierdo.

Sam miró hacia todos lados, quien fuera que le había disparado había desaparecido al instante de la escena del crimen. Sentó el cadáver en un banco de madera y se dirigió a toda prisa a la salida, sabía que era demasiado tarde para salvarle la vida.

Unos metros más adelante sintió el aliento en la nuca de un tipo que lo seguía a corta distancia, estaba convencido de que no había utilizado su arma porque estaban rodeados de personas.

A las puertas del edificio vio un tranvía estacionado en la parada, sin saber dónde se dirigía se subió a él.

El agente de la Kgb se subió justo cuando el tranvía se ponía en marcha por la puerta trasera. Sam observaba sus pasos desde el otro extremo.

Al igual que Iván, aquel tipo no se andaba por las ramas, no le quitaba el ojo de encima, le vigilaba con una profunda mirada de odio.

Era un tipo de mediana edad y complexión fuerte cuyo cabello rubio comenzaba a ralear. Sam era incapaz de contenerle la mirada, tan solo le observaba de soslayo por si cambiaba de posición.

El tranvía atravesó Rembrandtplein, paso junto al hotel Schiller y subió por una estrecha calle repleta de restaurantes, al doblar una esquina aminoró la velocidad y Sam aprovechó para saltar en marcha.

El agente del Kgb siguió sus pasos.

Sam Carter había realizado un reportaje fotográfico en aquella ciudad un par de años antes, rápidamente intentó hacer memoria de todos los lugares que había visitado, muchos de sus recuerdos provenían de las fotografías que guardaba en casa.

Aceleró el paso mientras pensaba como podía quitárselo de en medio. Era consciente de que a pesar de su buena forma física aquel tipo estaba entrenado para cualquier tipo de persecución,

no tenía la menor duda de que acabaría agotándose antes que él.

Se veía en un callejón sin salida, hasta tal punto que por primera vez en aquel viaje decidió acudir a la policía, aún a sabiendas de que la Interpol lo detendría y lo acusarían de doble asesinato. Tras recorrer varias calles descubrió que no había ni un solo policía patrullando la ciudad, no sabía si era por la falta de delincuencia o porque los agentes en Holanda preferían pasar desapercibidos.

Al atravesar un puente vio su sombra reflejada en el agua, aquello fue como una especie de premonición de cuál era su única salida.

Al otro lado de la calle divisó uno de las embarcaciones atracadas en el canal, y a su lado una pequeña moto acuática amarrada en el barco.

Saltó sobre la cubierta, desenganchó las amarras y se subió a la moto.

El agente de la Kgb subió al barco al mismo tiempo que el dueño de la embarcación salía gritando al ver que le robaban la moto.

El holandés se encaró con el agente ruso y éste le vació el cargador sin mediar palabra.

Sam giró la cabeza al oír los disparos y se sintió culpable al ver como el dueño se desplomaba sobre la cubierta, el agente del Kgb salió corriendo de la escena del crimen.

Carter siguió su camino cabizbajo, su pesadilla en Europa le estaba costando la vida a un buen número de inocentes, giró la moto en un estrecho canal y accedió a uno mucho más ancho que el anterior.

Un instante después oyó el rugido de un motor y vio como una estela de agua se volvía blanquecina. A su espalda el agente del Kgb apareció montado en una moto de la misma cilindrada acercándose a pasos agigantados.

Sam abrió gas y aceleró el puño a tope en cuanto sintió el aliento del ruso sobre su espalda.

Ambas motos se enzarzaron en una frenética persecución sobre las oscuras aguas de los canales de Ámsterdam, en algunas zonas las motos se elevaban fruto de las pequeñas corrientes submarinas, la gente observaba la escena atónita.

Sam tenía la esperanza de que alguno avisara a la policía, estaba completamente prohibido superar el límite de velocidad en aquellas aguas.

Su moto acuática esquivó un par de hidropedales y sendas olas bañaron de agua a los turistas que plácidamente disfrutaban de un paseo por los canales.

Se giró hacia atrás y comprobó como el ruso sacaba una pistola y apuntaba a su cabeza. Comenzó a zigzaguear con la moto y consiguió que los disparos se quedaran en meros fognazos. El ruso guardó el revolver al comprobar que jamás acertaría en el blanco.

Un momento después uno de los barcos acristalados repleto de turistas que recorre los canales de Ámsterdam se cruzó en el camino de ambas motos. La guía de la embarcación detuvo la narración alarmada mientras algunos turistas gritaban y otros sacaban sus cámaras de fotos y vídeo inmortalizando el momento ajenos al enorme peligro que corrían.

Sam que no dejaba de mirar hacia atrás no vio como se cruzaba la embarcación.

Cuando giró la cabeza y se encontró el barco de frente supo que su velocidad era tan alta que no frenaría a tiempo. Tan solo tenía dos opciones: lanzarse al agua a sabiendas de que el impacto

podía ser mortal o frenar y estamparse de bruces contra el barco de turistas.

Solo al verse desesperado comprendió que existía una última opción. Aceleró el gas a tope y aprovechando una de las pequeñas olas que había producido la embarcación al frenar saltó por encima del techo acristalado, el casco inferior de su moto rozó la cubierta del barco y una enorme grieta rompió el cristal cayendo encima de los turistas que gritaban despavoridos en el interior.

El agente de la Kgb que no esperaba aquella maniobra, tan solo pudo lanzarse al agua cuando comprendió que impactaría sobre el barco.

La moto de Sam aterrizó al otro lado de la embarcación tras saltar un par de veces sobre el agua y conseguir mantener el equilibrio.

Se giró por última vez y comprobó como la moto del agente ruso tan solo rozaba la popa de la embarcación. Los turistas fueron atendidos con leves cortes por los cristales del techo, pero la mayoría salió ileso del incidente.

Sam Carter prosiguió su camino en solitario, unos metros más adelante, comprobó como la moto tenía una enorme fuga en el tanque de gasolina, el choque con el techo de cristal había producido una enorme fisura imposible de sellar.

Sabía que la moto se detendría de un instante a otro, se paró junto a otra barcaza que servía como vivienda y pidió permiso para subir a bordo al dueño de la embarcación que descansaba tendido en una hamaca.

El tipo asintió sin entender nada, más tarde fue testigo en los informativos de lo que había ocurrido unos canales más atrás.

Salió del canal y detuvo el primer taxi que encontró en su camino.

—¿Adónde? —preguntó el taxista girando la cabeza hacia atrás.

Sam permaneció unos momentos en silencio, aquella era la gran pregunta:

«¿Y ahora qué?»

—Al aeropuerto —balbuceó casi sin poder articular palabra. Sam comprendió que había que poner fin a aquella pesadilla de una vez por todas. Ya tendría tiempo de ver a Jennifer cuando regresara a Nueva York.

El taxista intentó mantener una conversación, pero apenas le contestó con monosílabos, sabía que aquello formaba parte de su profesión, pero en aquel momento no le apetecía charlar con nadie, no podía quitarse de la cabeza que había recorrido tantos kilómetros para rendirse a última hora.

Próximo al aeropuerto, un cartel en la autopista llamó poderosamente su atención: «Volendam».

Carter recordó que era el lugar donde vivía la familia de Jennifer.

—¡Dé la vuelta! —gritó al taxista—. Necesito ir a Volendam cuanto antes.

El taxista miró hacia atrás y asintió.

—Usted paga, amigo.

—¿En qué zona de Ámsterdam queda Volendam? —le preguntó mientras miraba por la

ventanilla.

—Volendam es un bello pueblo de pescadores a las afueras de Ámsterdam.

El recorrido estaba plagado de pequeñas poblaciones con bellas viviendas que se remontaban hasta siglo XVII. La mayoría de ellas estaban rodeadas por pequeños canales donde graznaban alegremente los patos.

Al llegarse quedó prendado por aquel pequeño pueblo, sus casas en su mayor parte de color verde estaban construidas en madera de haya, un entramado de calles empedradas llegaba hasta un pequeño puerto donde fondeaban las barcas de los pescadores. El pueblo disponía de varios restaurantes y tiendas de artesanía, era uno de los más visitados del país.

El taxi atravesó un par de sinuosas calles y subió por una empinada ladera hasta la zona alta del pueblo, allí vivía la familia de Jennifer.

Sam no recordaba haber visitado a la familia de ninguna de sus parejas, y mucho menos cuando ni siquiera podía considerarla como tal.

La familia de Jennifer había vivido en Ámsterdam durante generaciones en una de las bellas casas que componían el canal de los tintoreros, pero una epidemia de peste hizo que sus antepasados se trasladaran hasta el bello pueblo de Volendam donde el aire fresco evitaba que las epidemias se propagaran con virulencia. Allí se dedicaron a la pesca durante años.

El padre de Jennifer se negó a continuar la tradición familiar y emigró a Nueva York durante los sesenta, no soportaba el duro trabajo de los barcos y decidió probar suerte en la gran manzana. Allí conoció a Evelyn, una agente de seguros de Pensilvania con la que tuvo dos hijas; de las cuales Jennifer era la más pequeña.

Sam Carter bajó del vehículo, pagó la cuenta y llamó con los nudillos a una puerta labrada en color rojo.

Tras unos instantes, una niña que no debía sobrepasar los diez años le abrió.

—¿Es esta la casa de la familia de Jennifer?

La niña asintió con la cabeza.

No podía creer que después del calvario que había atravesado al fin volvería a encontrarse con ella.

La niña abrió la puerta para que pasara.

—Gracias —respondió meciendo su cabello. Sam se fijó en que se parecía mucho a Jennifer, dedujo que debía ser su prima.

La niña lo condujo por un estrecho pasillo y abrió la puerta del salón.

Allí aguardaba una anciana bajita y rechoncha de largo cabello blanco, que no parecía especialmente contenta de recibirle.

—Disculpe que la moleste, señora —dijo un tanto desconcertado ante el frío recibimiento—. Busco a Jennifer.

En ese instante la puerta de la cocina se abrió y apareció un tipo que agarraba por el cuello al abuelo de Jennifer y le apuntaba a la cabeza.

Cuando ambos se acercaron pudo ver con claridad su rostro, era el sanguinario comisario del Kgb, aún cojeaba ligeramente, pero alguien había hecho un buen trabajo durante aquellos días con su pierna.

En ese momento le vinieron a la cabeza las últimas palabras del agente de la Cia:

«La próxima vez que te cruces con él serás hombre muerto».

—Sorprendido de verme, americano —dijo con un fuerte acento ruso.

Sam se quedó paralizado sin contestar a la pregunta.

—¡Siéntate! —le ordenó mientras arrastraba al viejo.

—¿Dónde está Jennifer? —le preguntó con el miedo reflejado en sus ojos.

—Es una chica con suerte —contestó el comisario—. Tuvo que marcharse a París hace un par de días.

Sam respiró aliviado.

—Una chica guapa —afirmó mirando una de las fotos que había sobre la cómoda—. Me hubiera gustado conocerla.

A Sam no le gustó el tono que empleó en el comentario, esperaba prevenirla de él si es que alguna vez volvía a verla.

—Los americanos siempre tan predecibles —espetó con una sonrisa socarrona—. Sabía que vendrías a buscarla.

Ni siquiera se molestó en preguntarle cómo sabía la dirección de la familia de Jennifer, si conocían todos los detalles de su viaje también sabrían la razón por la que había viajado a Europa.

A pesar de que le hubiera gustado hacerlo, se ahorró explicarle que media hora antes había estado a punto de embarcar en un avión de vuelta a casa.

El viejo emitió un gruñido a la desesperada, Dimitri apretaba su cuello cada vez con más violencia y poco a poco se estaba ahogando.

El abuelo de Jennifer era un anciano de barba blanca con la tez castigada por el viento, fruto de las numerosas horas que pasaba a la intemperie en su barco de pesca.

—Déjalos en paz —se atrevió a decir—. Ellos no tienen nada que ver con esto.

El comisario soltó una leve carcajada.

Hizo un gesto de asentimiento, y la abuela de Jennifer se llevó a la niña de allí.

—El viejo se queda —afirmó Dimitri viendo como la niña corría a los brazos de la abuela—. Solo por si se te ocurre cambiar de idea.

Sam asintió.

—Devuélveme el microchip —le ordenó el comisario—. Ya va siendo hora de regresar a casa.

—No sé qué información le habrán proporcionado, pero si tuviera esos documentos se los habría devuelto hace tiempo —le aseguró.

—Veo que eres más terco que una mula —le gritó golpeando al viejo en la frente con la culata de la pistola— ¿Con quién te crees que estás hablando?

Sam hizo un amago de aproximarse al viejo al ver como sangraba, pero el comisario lo detuvo apuntándole con el arma.

—Sé quién es usted, Dimitri Galievich. El más temido de los agentes del Kgb.

El ruso soltó una carcajada.

—Por ello no comprendo cómo alguien de su organización ha sido capaz de reírse en su propia cara.

A Dimitri se le cambió el rictus de la cara al oír sus palabras, en todos los años al servicio de la Kgb nadie le había hablado de aquel modo.

Dimitri apartó con fuerza al viejo contra el sillón, agarró a Sam por el cuello y apretó la pistola contra su garganta.

Carter sintió arcadas y se le nubló la vista.

—Así que soy un imbécil —repetía una y otra vez mientras apretaba su cabeza sobre la punta del silenciador.

Sam comenzó a sollozar arrepentido de su osadía.

—Jamás nadie me había hablado de esta forma —le gritó—. Nadie osa reírse de Dimitri Galievich en la Unión Soviética.

—Esta vez hay un importante motivo para ello —le aseguró armándose del poco valor que le quedaba.

—¡Habla! —ordenó el ruso—. Será lo último que hagas en tu insignificante vida.

Sam le explicó a Dimitri toda la historia que Sasha le había narrado. El mafioso de Volgogrado había engañado al Kgb haciéndoles creer que habían robado secretos de estado para llevar a cabo su venganza personal.

El comisario gruñó enfurecido, parecía a punto de estallar.

—Sasha siempre ha sido un buen colaborador del partido. No creo que haya sido capaz de hacer lo que estás diciendo.

—Esta vez la ira le ha cegado —respondió Sam—, quisieron torturarnos en Volgogrado.

—Eso es muy propio de Sasha.

El comisario se quedó en silencio durante unos instantes, su ego era tan grande que no podía permitir que alguien le hubiese hecho atravesar media Europa por una simple venganza personal que ocurrió en la Segunda Guerra Mundial. Sam había conseguido tocar su fibra más sensible.

El comisario lo atravesó con la mirada y se volvió al viejo que estaba hecho un ovillo en el sillón.

—¿Tienes teléfono?

El viejo asintió mientras se ponía la mano en la cabeza.

El comisario cogió el auricular y llamó a Moscú. Durante varios minutos, que a Sam se le hicieron eternos, estuvo gritando al teléfono.

Luego volvió al salón y se sentó en el sillón que había frente a ellos.

—¿Tienes algo de beber, viejo?

El viejo asintió a regañadientes.

—Sirve tres vasos. En media hora volveré a llamar y aclararemos todo esto.

El abuelo de Jennifer sirvió dos vasos de whisky de malta.

—Sírverte uno ¡Joder! —ordenó al viejo—. Tan solo tienes un rasguño. Si quisiera ya estarías muerto.

Durante aquella larga media hora el comisario hizo una serie de preguntas a Sam sobre su país de lo más triviales.

Él respondió perplejo una a una a sus preguntas ante aquel inusitado interés.

Dimitri no paraba de reír.

Cuando acabó la copa, volvió a coger el teléfono, realizó la llamada y un minuto después colgó el auricular.

Sam y el viejo esperaban la respuesta angustiados en el salón.

—Sasha será detenido y acusado de alta traición esta misma tarde —explicó con satisfacción.

Carter suspiró y miró al viejo aliviado.

—¿Todos los americanos son como tú? —le preguntó Dimitri mientras se servía otro trago.

—¿Así de directos? —respondió con otra pregunta.

El comisario se echó a reír.

—Me gustas —afirmó tras beber un trago—. Creo que algún día visitaré tu país.

—Espero que tan solo sea de vacaciones.

El comisario soltó una sonora carcajada, se acercó y le dio una palmada en el hombro.

—Y ahora corre a París —le sugirió—. Decididamente es una chica con suerte. Nadie en su sano juicio haría lo que tu has hecho por ella.

Carter lo miró asombrado.

—Te aseguro que no habrá más problemas —le tranquilizó el comisario.

Soltó el vaso encima de la mesa, guardó la pistola en el interior de la chaqueta y salió por la puerta como si nada hubiese ocurrido.

Sam fue a socorrer al viejo, el comisario no había mentido, el corte era solo superficial, con un poco de alcohol dejaría de sangrar.

—Gracias hijo —contestó el viejo—, si no hubieses aparecido estaríamos muertos.

—Siento haberles involucrado en todo esto.

—Ha quedado claro que tú no eres el culpable —le respondió el abuelo—. Prométeme una cosa.

—Lo que quiera.

—No le cuentes nada a Jennifer de todo esto.

—Tiene mi palabra.

El viejo se levantó, y avisó a su mujer que estaba esperando en la casa de al lado.

La abuela de Jennifer regresó junto a su nieta y ambos le convencieron para que pasara allí la noche.

A la mañana siguiente, el viejo le entregó la dirección donde se celebraba el desfile de modas en París.

Sam regresó a Ámsterdam, y desde allí cogió el tren que le llevaría a su último destino: «París apenas se encontraba a quinientos kilómetros».

CAPITULO XIV

Sam Carter llegó a París en una brumosa mañana donde a pesar de un cielo encapotado se respiraba una inusual calma a la que sus ciudadanos no estaban acostumbrados.

Desde la ventanilla del taxi vislumbró una auténtica amalgama de nubes de todas las tonalidades: desde un negro azabache que anunciaba una tormenta inminente, hasta un gris pálido que se desvanecía en diferentes tonalidades blanquecinas que apenas asomaban la cabeza entre los nubarrones. El tiempo era tan cambiante que la lluvia podía hacer acto de presencia en cualquier momento.

París la ciudad de la luz, el destino turístico por excelencia, y por supuesto el preferido de los americanos le recibió con un halo de esperanza en aquel accidentado viaje que prefería no recordar.

Le pareció que la ciudad continuaba tal y como la recordaba, la había visitado en su viaje de fin de curso hacía varios años.

La danesa le había aconsejado un pequeño hotel situado en el barrio latino que no disponía de grande lujos, pero era limpio y acogedor. Lo regentaba su dueña, una parisina un tanto bohemia y soñadora que conseguía dar un aire familiar para que te sintieras como en tu hogar.

Sam pagó en la recepción del hotel una semana por adelantado, subió a una pequeña habitación cuyas vistas daban a un patio interior en forma de cuadrícula, donde los vecinos colgaban su ropa en tendederos y charlaban desde las ventanas.

Tras descansar un rato, bajó a desayunar unos brioches con mermelada de arándanos y un café ole.

A media mañana salió del hotel en dirección al Palacio de Congresos donde se celebraba el desfile de modas. Decidió ir dando un paseo para disfrutar de la ciudad. Por aquellas calles había paseado con su primera pareja Naomi Fraser, una morena de pronunciados rasgos asiáticos que volvía loco a medio instituto.

Atravesó el barrio latino con su ajetreada vida diurna, dejó atrás la imponente catedral de Notre-dam y enfiló el Sena bordeando uno de sus meandros.

Una hora después se encontraba a las puertas del Palacio, un edificio acristalado de varias plantas del mismo estilo High Tech del edificio Pompidou, de estructura industrialista, con elementos funcionales como conductos y escaleras visibles desde el exterior, muy a la vanguardia del gusto parisino, rompiendo las barreras arquitectónicas.

Le preguntó a una guapa azafata donde podía encontrar la compañía americana del diseñador Carl Stewart, la chica le informó que se encontraban realizando un ensayo.

Sam descubrió una puerta entreabierta y se coló entre bambalinas, allí pudo contemplar el espectáculo que Carl Stewart había preparado para conquistar la capital parisina y convertirse en uno de los diseñadores más aclamados del momento.

Aunque habían hablado un par de veces, apenas conocía a Carl Stewart, el diseñador era un tipo enérgico y perfeccionista que sentado en la primera fila del patio de butacas no paraba de dar órdenes mientras las modelos desfilaban intentando cumplir sus estrictas indicaciones. Aquel día no existía glamour, las chicas desfilaban por la pasarela sin maquillaje y sin sus espectaculares vestidos.

Vio a Jennifer al fondo del escenario recibiendo las últimas indicaciones, en cuanto hizo su entrada en escena eclipsó al resto de sus compañeras, a su distinguido porte y su incomparable belleza se unió un sensual movimiento de caderas que era la envidia del resto.

Entre las sombras y con una enorme sonrisa de satisfacción estuvo más de media hora contemplando el final del ensayo, no podía creer que por fin la tuviera tan cerca, había llegado a pensar que jamás volvería a verla.

Carl Stewart se levantó de su asiento, tocó las palmas varias veces anunciando el fin del ensayo y las chicas regresaron al camerino.

Si algo caracterizaba a Stewart era su porte elegante, jamás salía de casa sin un buen traje, sabía que vivía de su imagen y no dudaba en hacer gala de ello. Sus gustos exquisitos siempre iban acompañados de una actitud altanera que enajenaba a los demás, el mentón en alto y la mirada altiva formaban parte de sus señas de identidad.

A pesar de su elegancia, y alguna que otra operación de estética, existían varias zonas no demasiado agradecidas que intentaba disimular con naturalidad.

En cuanto vio que el ensayo había finalizado Carter salió de las bambalinas y se dirigió a su encuentro.

—¡Jennifer! —la llamó un par de veces frente a la pasarela.

Ella se volvió y le dirigió una dulce sonrisa. El diseñador observaba la escena un tanto contrariado, no le gustaba tener visitas en los ensayos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Carl antes de que llegara Jennifer.

—Vengo a visitar a Jennifer —respondió un tanto sorprendido—. Me dijiste en Praga que celebrabais el último desfile en París.

Carl continuaba mirándole atónito.

—¡Ah! es cierto —contestó con desgana—. No sé dónde tengo la cabeza. No sé por qué pensaba que te quedarías en Praga con aquella española.

—Tan solo era una buena amiga.

El diseñador se echó a reír.

—¡Sam! —exclamó Jennifer dándole un par de besos en la mejilla—. ¡Menuda sorpresa!

—Llevo un par de semanas en Europa buscándote —le respondió sin entender nada—. ¿No te lo ha comentado Carl? —preguntó girándose hacia él.

—Lo siento, Sam. Lo olvidé —le aclaró Carl—. La gira es agotadora: ensayos, cambios de hoteles, cancelaciones, diferentes ciudades. Ni te imaginas lo que es dirigir una agencia de modelos.

—Comprendo —aseguró un tanto molesto.

—Mañana es el gran día, y aún tengo que terminar varios preparativos. Si conquistamos París todo el esfuerzo habrá merecido la pena —respondió un tanto estresado—. Si me disculpáis.

—Claro —dijo Sam, estrechando su mano.

El diseñador les dejó y se dirigió a los camerinos.

—Debo estar horrible —comentó Jennifer, mirando su falda.

—Tú siempre estás preciosa.

—Si me das quince minutos, me cambio de ropa y vamos a visitar la ciudad —dijo con una sonrisa.

—Nada me agradaría más —respondió viendo como le brillaban los ojos.

Jennifer asintió y se marchó al camerino.

Él esperó en la recepción mientras veía pasar todo el glamour del mundo de la moda.

Jennifer regresó con unos sencillos vaqueros, un suéter rojo y el cabello suelto, siempre lo llevaba recogido en los ensayos.

—¿Conoces la ciudad? —le preguntó a las puertas del Palacio de Congresos.

—Apenas nada. He salido un par de veces con las chicas al barrio latino y un día nos llevaron a Versalles. El resto han sido ensayos.

—En ese caso seré tu guía —dijo Sam, y silbó a uno de los taxis que se encontraba estacionado en la parada.

El taxista giró el vehículo trescientos sesenta grados y se detuvo frente a ellos.

—Y ¿tú la conoces? —le preguntó Jennifer al subir al vehículo.

—Un poco —contestó—. Estuve de viaje de estudios.

—Y ¿cuánto hace de eso? —quiso saber ella.

—Casi diez años.

Jennifer sonrió con dulzura.

—Menudo guía. En ese tiempo todo habrá cambiado.

Sam se echó a reír mientras la miraba fijamente a los ojos, su sonrisa irradiaba una vitalidad contagiosa, en ese instante supo que había merecido la pena todo el esfuerzo por volver a verla.

El taxi les dejó en las inmediaciones de los Campos Elíseos, desde allí fueron dando un paseo hasta el arco del triunfo.

A lo lejos se vislumbraba el pináculo de la torre Eiffel que se erguía majestuosa entre la copa de los árboles.

—¿Te apetece visitar la torre? —le preguntó Jennifer.

—Hay una cola gigantesca. Fíjate —le dijo señalando el ascensor que subía hasta la mediación de la estructura metálica—. Perderemos toda la mañana.

Jennifer asintió, le hubiera gustado subir y contemplar desde allí toda la ciudad, pero no le apetecía pasar todo el día inmersa en una interminable cola de turistas.

—¿Qué tal un paseo en el batón Rouge? Podremos ver los lugares más emblemáticos de la ciudad, y después elegimos destino.

—¿En uno de los barcos que recorren el Sena?

—Así es.

Muy cerca de allí, se encontraba un amplio embarcadero donde fondeaba la mayor parte de la flota que recorría el Sena.

Aquellas embarcaciones eran de mayores dimensiones a las que surcaban los canales de Ámsterdam, debido al cauce y al mayor número de visitantes, que triplicaba en número al de la capital holandesa.

Se sentaron al fondo del barco, aquel día había espacio de sobra para elegir asientos, si se hubiesen montado un mes antes la cola hubiera sido interminable, por fortuna ya no estaban en temporada alta.

Sobre los asientos había unos pequeños cascotes que explicaban en diferentes idiomas el patrimonio histórico que se extendía por la ribera del Sena.

A Sam apenas le duraron cinco minutos, como si le doliera el oído se los quitó de golpe y los dejó junto al asiento; no había hecho miles de kilómetros para escuchar una clase de historia.

Jennifer sonrió al ver como se los quitaba y dejó los suyos sobre el reposabrazos.

—Así que llevas un par de semanas buscándome —comentó intrigada.

—Hacia tiempo que tenía ganas de regresar a Europa —le explicó—. Poco antes de salir alguien me dijo que vuestra compañía hacía una gira por Europa —hizo una pequeña pausa—. Aterricé en Venecia, pero ya os habíais marchado —continuó su explicación obviando la odisea que había vivido, no sabía si algún día sería capaz de contarla—. Fue entonces cuando me comunicaron que estabais en Praga y decidí comprar un billete de Eurorail.

—Uno de esos billetes con los que viajas por diferentes países —intervino Jennifer—. Suena interesante. Me gustaría hacerlo algún día.

«Demasiado interesante» pensó Sam.

—Y ¿qué tal la experiencia?

—Al principio un tanto accidentada, no terminaba de ubicarme, ya sabes el jet lag, diferentes idiomas y costumbres. Pero al final creo que acabaré disfrutando de ella.

—¿Sabes? Creo que eres la primera persona que me busca.

Él esbozó una sonrisa.

—El esfuerzo ha merecido la pena —dijo mirándola fijamente a los ojos—. Volvería a repetirlo sin dudar.

Ambos continuaron disfrutando del paseo hasta llegar a las inmediaciones de Montmartre, allí descendieron del barco, y fueron hasta un pequeño establecimiento donde vendían porciones de pizza, compraron un par de ellas y las acompañaron con un rosado espumoso de lo más suave.

Ascendieron por una de sus interminables escalinatas hasta la zona alta del distrito. Allí deambularon por sus calles durante horas contagiados por la vida bohemia que se respiraba en el ambiente.

Sam se sentó frente a uno de los numerosos caballetes que inundaban las plazas, y se dejó retratar por uno de los artistas. El resultado como era de esperar no fue de su agrado, pero sí del de Jennifer que no paraba de reír al ver las enormes orejas y el afilado mentón que el caricaturista había reflejado en el lienzo.

Sam sabía que aquella era la seña de identidad de sus artistas. Aquella caricaturización burlesca no le molestó como tal, pero iba en contra de todo lo que había aprendido en su profesión, para un fotógrafo nada es comparable a la verosimilitud de una buena instantánea.

Unos metros más arriba encontraron a varios pintores captando el fugaz momento en que los últimos rayos de luz se perdían inexorablemente sobre la cúpula de la catedral. A Sam le llamó poderosamente la atención como un mismo momento era captado de diferente forma por los pintores.

—Así es como me imagino a los grandes genios de principios de siglo —le comentó Jennifer mientras contemplaba un bello lienzo de estilo impresionista.

—Es gratificante contemplar como no se han perdido las tradiciones —respondió con una sonrisa.

Al anochecer Sam llevó a Jennifer a un restaurante frente al Sena del que le habían hablado mil maravillas:

«La Tour d'Argent».

Se trataba de uno de los más prestigiosos de la ciudad y por tanto de los más caros, pero no sabía cuántas oportunidades tendría para impresionar a Jennifer y no reparó en gastos.

El restaurante estaba situado en la tercera planta de uno de los más antiguos edificios del número 15 de Quai de la Tournelle.

El maître les sentó en una elegante mesa con un bello mantel de lino bordado con hilos de oro que daba a un gran ventanal desde donde se divisaba la Torre Eiffel y el barrio latino.

A sus pies el Sena serpenteaba en uno de los recodos más caudalosos de la ciudad.

—Creo que eres mejor guía de lo que esperaba —reconoció Jennifer mientras una hermosa media luna coronaba la iluminación de la Torre Eiffel con los colores de la bandera nacional.

Él asintió con una sonrisa.

—Desde pequeña siempre he tenido una ilusión —reconoció Jennifer—. Me gustaría vivir una temporada en una de esas melancólicas buhardillas —le dijo señalando los edificios de estilo art nouveau que se situaban al otro lado del río.

Sam sacó la cámara que había comprado aquella mañana y reguló el obturador.

—Sitúate un poco más a la derecha —le indicó mientras se acercaba a la ventana—. Quiero inmortalizar este momento.

Jenniferle sonrió con dulzura.

Carter realizó cuatro instantáneas y guardó la cámara en su bolsa de viaje.

El maître que esperaba impaciente a que realizaran las fotos se acercó y les entregó la carta.

—Les recomiendo el Chateau Lafite del 79.

Sam no entendía demasiado de vinos, pero sabía que cuando se lo recomendaba es porque era uno de los mejores del restaurante.

Cuando abrió la carta comprobó que estaba en lo cierto, su precio no dejaba lugar a dudas.

Sam asintió y el maître fue a buscar una botella.

No había gastado demasiado dinero durante el viaje, casi todo se había limitado a comidas en el vagón restaurante y a comprar el billete de eurorail, aquel era el día perfecto para resarcirse del infierno que había experimentado en su viaje.

Ambos leyeron la carta durante varios minutos, mientras el camarero les servía el vino.

—Este restaurante es famoso por su pato—le comentó mientras ojeaba los postres—. Es una receta legendaria, se remonta a la época de la revolución francesa. Este era uno de los restaurantes preferidos por Napoleón y Josefina.

Jennifer se sintió fascinada por aquella historia, si pretendía impresionarla sin lugar a dudas lo estaba consiguiendo.

—Según tengo entendido lo cocinan con el jugo de su propia sangre.

—Hasta ahora me gustaba la historia Sam, no lo estropees al final.

Ambos soltaron una carcajada.

—Creo que algunas veces hablo demasiado —reconoció sin parar de reír.

—Aun así creo que me has convencido —respondió Jennifer cerrando la carta y dejándola sobre la mesa—. Espero que la sangre no impregne demasiado el sabor.

Sam rió y asintió.

—Este vino es delicioso —dijo Jennifer tras beber un sorbo.

—Para ti no será nada especial. Estarás acostumbrada a este tipo de restaurantes. En el ambiente en que te mueves será lo más habitual.

—No es como la gente piensa —respondió Jennifer negando con la cabeza—. No acudimos a fiestas glamurosas todos los días. Además, no sé porque lo preguntas, tú también perteneces a este mundillo.

—A los fotógrafos rara vez nos invitan a las fiestas.

—Depende del fotógrafo —le interrumpió Jennifer—, algunos han logrado un estatus tan elevado que son imprescindibles en todos los eventos.

—Unos pocos elegidos contados con los dedos de una mano —contestó con resignación.

A Jennifer se le dibujó una tierna sonrisa.

—Y ¿cuándo podré ver las fotos?

—Las revelaré en cuanto regrese a Nueva York. Te llamaré en cuanto estén listas —hizo una pequeña pausa—. Me gustaría verte más a menudo a partir de ahora.

Jennifer se quedó un momento pensativa sopesando sus palabras.

—¿En los desfiles de moda? —le preguntó.

Sam negó con la cabeza.

—Me refiero a algo más íntimo, como volver a repetir esta cena.

El camarero llegó con los platos que habían pedido y Jennifer se sintió salvada por la campana. Sam comenzaba a gustarle pero no esperaba una declaración en toda regla.

Mientras degustaban el pato apenas se dirigieron la palabra, Sam se dio cuenta de que estaba yendo un poco rápido.

—Lo siento, Jennifer. No pretendía agobiarte —le confesó tras ver que el ambiente se había enfriado—, mi viaje ha sido un tanto accidentado y me ha hecho ver la vida de forma diferente.

—¿Como por ejemplo?

—Creo que cuando deseas algo debes ir a por ello sin pensar en las consecuencias.

—Comprendo —respondió Jennifer.

De postre les sirvieron un coulant de chocolate blanco con licor de coñac y una mouse de limón con merengue glasé.

—¿Crees que mañana me entrará el traje? —le preguntó Jennifer mientras degustaba el postre.

Él se echó a reír.

—De momento tengo la suerte de poder comer de todo, mi metabolismo me lo permite.

Acabaron la cena cuando la noche parisina se encumbraba en todo su esplendor. El fugaz atardecer había dado paso a una infinidad de pequeñas farolas que se extendía por las callejuelas que bordeaban el sinuoso cauce del río Sena.

El batón Rouge, iluminado de azul y rojo navegaba plácidamente por un lecho de mansas aguas entre los edificios más emblemáticos de la ciudad que se hallaban bellamente iluminados. Al fondo, la torre Eiffel no dejaba de parpadear entre cientos de luces de neón contemplando a la ciudad que nunca duerme.

—Ha sido un día inolvidable —le aseguró Jennifer a las puertas del restaurante mientras esperaba un taxi—, pero mañana tengo que madrugar para el desfile.

Sam asintió con una sonrisa.

—¿Estarás allí?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Jennifer sonrió.

—¿Has pensado en lo que te dije?

—¿En seguir viéndonos en Nueva York?

Él asintió.

—Si continúas por este camino creo que tienes bastantes posibilidades —contestó con una sonrisa.

Sam la atrajo hasta sus brazos y la besó cuando el taxi se detenía a su altura.

—Necesito preguntarte algo antes de que te marches —dijo Sam—. ¿De Venecia hasta Praga hicisteis el viaje en tren?

Jennifer negó con la cabeza.

En ese instante Sam comprendió que la tormenta de nieve le había jugado una mala pasada, la chica a la que secuestraron en el tren no era ella.

Jennifer subió al vehículo y regresó a su hotel. Sam hizo lo propio en otro taxi, su hotel se encontraba en el otro extremo de la ciudad.

Sam no recordaba cuando fue la última vez que durmió a pierna suelta, se acostó temprano y no se levantó hasta la diez de la mañana. Estiró los brazos y abrió las cortinas de la habitación de su hotel. Al otro lado un espléndido sol coronaba con un halo de luz la cúpula de Montmartre.

Bajó a desayunar crepes con nata y un café expreso, había cenado tanto la noche anterior que se sentía hinchado.

El desfile de modas se celebraba a las doce de la mañana, fue a dar un paseo por las cercanías del hotel, y cogió un taxi frente a la escalinata de la iglesia de Montmartre.

Durante el trayecto tuvo que soportar el intenso tráfico del centro de la ciudad, al que estaba acostumbrado en Nueva York.

Al llegar al Palacio de Congresos comprobó que la expectación era aún mayor de lo que esperaba. A sus puertas se agolpaba la prensa especializada de diferentes países. La fama que estaba alcanzando Carl Stewart solo era comparable a la que tuvo en su momento Valentino.

Jennifer le había reservado un asiento en segunda fila.

Al entrar en la sala del teatro se llevó una gran sorpresa. Los operarios habían trabajado sin descanso durante toda la noche construyendo una pasarela que desde la segunda planta del teatro bajaba zigzagueando hasta la plataforma que se situaba a los pies del escenario; era como si una inmensa rampa bajara por varias plantas de un edificio.

Aquello le recordó a los musicales de Hollywood de los años cincuenta donde los bailarines descendían por altas escalinatas hasta la plataforma inferior.

—Si el diseñador pretendía sorprender a la prensa creo que lo está consiguiendo —le comentaba una anciana con grandes gafas de sol y un abrigo de malta a una joven de excesiva palidez sentadas un par de asientos más atrás.

Sam escuchó el comentario, y estuvo a punto de girarse y darles la razón.

Poco a poco la sala se fue llenando. Al entrar en el recinto todo el mundo se quedaba con la boca abierta.

Cuando los espectadores tomaron asiento las luces se apagaron y un tenue foco iluminó la planta superior. Por allí fueron descendiendo una a una todas las modelos luciendo espectaculares diseños creados por Carl Stewart para la ocasión. Las modelos bajaban lentamente en fila india.

Sam se fijó en que el resultado era espectacular, sin embargo, la iluminación era un tanto defectuosa, aquella intensa luz deslumbraba a las modelos que bajaban con los ojos entreabiertos confiando en su instinto.

Por fin Sam vio aparecer a Jennifer, llevaba un elegante vestido color escarlata y unos altos tacones de Blanik. Al verla le costó reprimir un aplauso entre medio de las butacas.

Jennifer comenzó a descender la pasarela mirando al público fijamente como en ella era

habitual, estaba arrebatadora con aquel espléndido traje.

Poco a poco las primeras modelos llegaron a la platea del teatro y esperaron cara a los espectadores a que lo hicieran el resto de sus compañeras.

Sin previo aviso un fuerte estruendo se oyó en la sala, fue como el rugido de un bloque de cemento al resquebrajarse. La pasarela superior se soltó del engranaje y las modelos comenzaron a correr despavoridas. Los espectadores se levantaron de sus asientos presa del pánico.

Sam miró hacia donde se encontraba Jennifer, las dos modelos que se hallaban tras ella comenzaron a correr cuesta abajo, a una se le dobló el tacón y cayó sobre la pasarela girando como si fuese una peonza, sus compañeras que ni tan siquiera se percataron por los gritos de la multitud acabaron siendo arrolladas a su paso. Jennifer y las dos modelos situadas delante de ella se llevaron la peor parte, cayeron al vacío desde una altura de más de diez metros.

Sam saltó entre los asientos pisando a un par de espectadores cuando contempló horrorizado la caída al vacío. Los servicios de emergencia entraron a la carrera en el pabellón y se encendieron todas las luces.

Un par de modelos gritaban de dolor sin poder moverse sobre la platea del escenario. Cuando llegó a su altura, un enorme charco de sangre circundaba el precioso cabello rubio de Jennifer, en ese instante recordó la imagen que desde la ventana había visto Sasha cuando vio morir a su madre y a su hermana.

No podía creer lo cruel que era el destino.

Sam le dio la mano y Jennifer se la estrechó con fuerza.

—¡Aguantate Jennifer! —exclamó mientras le hacía señales sin saber si le escuchaba—. ¡Ya vienen!

Sam vio como los ojos de Jennifer se cerraban y le apretó con fuerza la mano, pero ya no respiraba.

—¡Apártense! —le ordenó uno de los médicos que llegaba en ese momento.

Sam se quedó de rodillas a un par de metros de distancia y rompió a llorar desconsolado.

Poco después levantó la vista y volvió a mirarla, pero los esfuerzos de los médicos por reanimarla eran en vano.

Justo en ese momento fue cuando vio desaparecer entre las cortinas del escenario a Carl Stewart.

Carter pensó que el diseñador tenía la culpa de todo, había construido aquel escenario en tan solo una noche y tenía que pagar por ello.

Una incontrolable rabia en su interior hizo que se levantara y corriera a su encuentro. Al llegar a bambalinas no lo vio por ninguna parte, pero estaba convencido de que no se encontraría demasiado lejos. Fue hasta los camerinos, pero tan solo encontró modelos llorando desconsoladas.

—¿Alguien ha visto a Carl? —preguntó a un par de ellas.

Ambas negaron con la cabeza.

—Ese bastardo se fue por allí —le aseguró la maquilladora que acababa de llegar.

Salió del camerino y corrió hacia la parte trasera. Al llegar lo vio salir por una larga escalinata donde al fondo le esperaba su chofer.

Sam descubrió otra puerta al fondo de un largo pasillo que descendía paralela por donde no había que bajar tantas escaleras, corrió a toda velocidad esperando llegar antes de que alcanzara el vehículo.

Dio un enorme portazo y se abalanzó sobre él cuando el chofer abría la puerta de la limusina.

A diferencia de otros diseñadores que no se interesaban por el deporte, Carl Stewart practicaba judo desde pequeño y acudía a diario al gimnasio. Sin embargo, el odio que sentía Sam en aquellos momentos compensaba toda la preparación física que pudiera distanciarlos.

Mientras ambos forcejeaban aprovechó que la puerta estaba entreabierta y la cerró de golpe sobre su pierna. El diseñador dio un alarido de dolor y se llevó la mano al tobillo, Sam lo arrastró hacia fuera y lo empujó contra el asfalto.

El chofer bajo en ese momento del coche dispuesto a auxiliarle.

—¡Ni se te ocurra! —le gritó hecho una furia.

El chofer se detuvo en seco y dio media vuelta al comprobar la intensa mirada de odio que tenía dibujada en su semblante.

Sam arrastró de la chaqueta al diseñador hasta el interior del palacio y lo metió en la primera sala que encontró. Allí cerró la puerta y empezó a golpear su rostro sin parar, la ira le cegó de tal forma que si una azafata no hubiese escuchado los gritos habría acabado con él allí mismo.

La policía acudió de inmediato y los detuvo a ambos en el acto.

A Sam no le importó ser detenido, había conseguido que Carl no se escapara y lo arrestaran.

Sam Carter se pasó un par de días en comisaria arrestado por alteración del orden público, tras explicar al juez su versión de los hechos, éste decidió ponerlo en libertad.

A la salida del juzgado el inspector que llevaba el caso se le acercó a las puertas del edificio.

—Me alegra ver que algunos jueces aún mantienen su integridad.

Sam asintió cabizbajo, mientras continuaba pensando en Jennifer.

—Podía haber sido peor —le aseguró el policía—. Le podían haber acusado de intento de asesinato.

Él asintió meditando sus palabras.

—Le invito a un café —le dijo el agente.

Ambos cruzaron al otro lado de la calzada salpicada por una fina lluvia y entraron en una cafetería de grandes toldos rojos donde las máquinas tragaperras no paraban de sonar.

—Vamos a sentarnos allí —le dijo señalando una pequeña mesa—. Tengo buenas noticias para usted.

Sam retiró un par de sillas y se acomodó en una de ellas. El agente se sentó frente a él.

—Nos ha costado varios días de duros interrogatorios, pero al final el diseñador ha confesado.

—¿A qué se refiere?—preguntó sin entender nada.

—Todos pensábamos que la tragedia del Palacio de Congresos había sido un mero accidente —le explicó el inspector—, pero el asunto es más complejo de lo que parece.

Sam lo miraba atónito como si no entendiera nada de lo que le estaba contando.

—Ese pedante lo planeó todo —le siguió informando—. De madrugada cuando los operarios acabaron el montaje aflojó varias piezas del engranaje para que la pasarela cediera al paso de las modelos.

—¿Me está hablando en serio? —le preguntó tras hacer una serie de muecas de incredulidad, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Yo no bromeo, amigo —le contestó encendiendo un cigarrillo—. Ese tipo lo tenía todo planeado desde hacía tiempo. París era el último evento de la temporada y quería despedirse a lo grande, con algo que fuera recordado para los anales de la historia.

—Algo como lo que ha ocurrido —respondió Sam con ironía.

—Eso me temo.

—Pero no tiene ningún sentido —repuso—, Jennifer le hacía ganar mucho dinero ¿Por qué iba a querer deshacerse de la modelo más cotizada del momento?

—Eso mismo nos preguntamos nosotros —respondió el inspector, y se mecía el mentón con suavidad—. Llevo muchos años en esto, pero aún me sigue sorprendiendo hasta dónde puede llegar la mente del ser humano.

Carter le dio la razón recordando a Jennifer.

—El tipo nos respondió con la mayor sangre fría posible que la fama es efímera. Alegó que por muy famosa que sea una modelo siempre vendrá otra que la sustituirá, y en unos pocos meses ya nadie se acordará de ella.

—¡Menudo hijo de perra!

El inspector asintió viendo la rabia contenida en sus ojos.

El camarero trajo el café y el inspector bebió un sorbo.

—Pero la historia no acaba aquí, aún hay más —añadió mirándolo fijamente—. Al parecer quiere hablar con usted.

Sam frunció el ceño y guardó silencio mientras la ira lo devoraba por dentro.

—No creo que sea buena idea —sentenció—. Si lo vuelvo a tener cara a cara acabaré lo que empecé el otro día.

—Comprendo lo que siente —respondió el inspector—. Yo en su lugar actuaría del mismo modo. Pero debería escucharle, no tiene nada que perder, y quizás ganemos algo.

Sam meditó sus palabras durante unos instantes.

—Ya sabe que ha contratado al mejor abogado de París, y si encuentra algún resquicio en un

par de años estará en la calle. Su confesión la hizo fuera de la comisaria, no pudimos grabar nada.

Sam asintió varias veces con la cabeza, sabía de sobra que tipos como aquel no duraban demasiado tiempo en la cárcel.

—Le propongo algo —insistió el agente—. Lo visitará con un cristal de seguridad de por medio. De esa forma evitaremos que los nervios le jueguen una mala pasada.

—Preferiría no volver a ver a ese tipo en toda mi vida —le respondió—. Pero lo último que deseo es que salga en libertad. Deme un par de horas para pensarlo. Mi vuelo sale mañana.

—Lo comprendo —respondió el inspector—. Aquí tiene mi número— añadió sacando una tarjeta de la chaqueta—. Si se decide, yo mismo le llevaré en mi coche patrulla.

Sam Carter pasó toda la tarde deambulando por las calles de París, lo que menos le apetecía era volver a reencontrarse con el tipo al que más odiaba en su vida, y sobre todo después de conocer que era un asesino confeso.

Sin embargo, aquella incertidumbre era más fuerte que él

¿Qué demonios podría querer Carl Stewart? Si se marchaba sin averiguarlo los fantasmas del pasado le perseguirían durante toda la vida.

Al fondo de la calle vio una cabina de teléfono y llamó al inspector.

Una hora más tarde se encontraba sentado frente a una cabina de cristal insonorizada esperando a que llegara Carl Stewart.

Un instante después el diseñador apareció en la sala esposado de pies y manos con el labio y la ceja partidos por los golpes que primero Sam y luego la policía le habían ocasionado. Aunque los policías tenían prohibido golpearle durante el interrogatorio habían aprovechado la paliza que le había dado Sam para continuar golpeándolo en las mismas heridas sin que nadie se percatara de ello.

Carl se sentó frente al cristal de la cabina y cogió el telefonillo con una sonrisa burlesca.

—Faltó poco para que me mataras el otro día —le aseguró nada más comenzar la conversación—. Sé que te hubiese gustado, pero no siempre puede uno vengar a las furcias.

Sam golpeó el cristal con el telefonillo, si le había mandado llamar para provocarle no tardaría mucho en marcharse de allí.

El inspector que se encontraba al otro lado del cristal le hizo un gesto para que se calmara.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Carl? —le preguntó un poco más calmado.

—Tan solo que conozcas toda la verdad antes de regresar a Nueva York.

—Puedes ahorrártela —le contestó con un gesto desdeñoso de su mano—. El inspector ya me lo ha contado.

—¿Estás seguro! —exclamó dando una carcajada—. La policía no conoce nada de lo que voy a contarte.

Sam lo miró fijamente sin saber adónde pretendía llegar.

—¿Todavía no te has preguntado porqué viajaste hasta Volgogrado?

—¿No sé, por qué lo preguntas? Fuiste tú el que insistió en que hiciera aquel recorr...

Sam no fue capaz de acabar la frase al comprender que el diseñador tenía algo que ver con todo aquello.

—Puedes terminar la frase —le invitó Carl—, o prefieres que yo lo haga por ti.

Carter se quedó en silencio, en tan solo unos instantes se le pasaron por la cabeza numerosas preguntas que era incapaz de responder.

—El año pasado llegaron rumores de un investigador privado que no paraba de hacer preguntas sobre mí —comenzó a explicar Carl—. Aquello me resultó sospechoso. Al principio pensé que se trataba de un marido celoso, tuve una fugaz aventura con una diseñadora casada con un magnate del petróleo, y ya sabes como son esos texanos —añadió dando una carcajada—. Al final descubrí que aquel asunto no tenía nada que ver con ella.

Sam le miraba sin saber por qué le contaba aquella historia.

—Poco después el investigador dio un paso más y comencé a verle por todas partes: si iba a un desfile de modas estaba allí, si acudía a una gala benéfica él también lo hacía, si iba a cenar a un restaurante lo encontraba en la puerta esperándome —hizo una breve pausa y se aclaró la garganta—. Hasta que un día me cansé de todo aquello, y decidí afrontar el problema de frente.

El policía que se encontraba a su lado escuchaba la conversación tan interesado como Sam.

—Una tarde abordé al tipo en plena calle y me encaré con él. Al principio lo encontré esquivo como era de esperar, pero al final conseguí ablandarlo, un buen talonario lo arregla todo.

—¿Y bien? —preguntó Sam que continuaba sin entender nada.

—Me reuní con él en el hotel Plaza. Se llamaba Mijail Lukhov. Era un mercenario que se vendía al mejor postor.

Sam recordó que aquel nombre fue el que menciono Sasha en Stalingrado.

—Aquel día el tipo me confesó que había sido contratado para encontrarme. Habían descubierto que mi padre combatió en la Segunda Guerra mundial.

A Sam se le cambió el semblante al oír sus palabras, ahora comenzaba a atar cabos.

—Sí, amigo —continuó con una enorme cara de satisfacción—. Si la mafia rusa te persigue te encontrará aunque te escondas en el lugar más recóndito del mundo. Y Sasha necesitaba encontrar un culpable.

Sam sabía de lo que estaba hablando, lo acababa de vivir en primera persona, todavía no entendía cómo continuaba con vida, escapar de la mafia rusa y del Kgb era algo al alcance de muy pocos.

—Al principio no sabía cómo solucionar el problema —continuó explicando—, pero cuando menos lo esperaba encontré la solución. Fue el día en que nos conocimos en la fiesta de tu amigo. Sam me explicó que ambos compartimos el mismo apellido, aquello fue como una revelación.

—Comprendo. Te refieres a que es un apellido de origen alemán.

—Así es. Yo necesitaba un cabeza de turco —respondió el diseñador con una sonrisa maliciosa—. En el Plaza acorde con Mijail que comunicara a Sasha que tu padre era el asesino de

la SS.

A Sam le sorprendió el desprecio con que Carl Stewart hablaba de su propio padre, parecía que no le importaba lo más mínimo que hubiese pertenecido al régimen nazi.

—Y ¿por qué hacerlo todo tan complicado? —le preguntó Sam— ¿Por qué no me asesinaron en Nueva York?

—Mijail desapareció tras nuestra reunión en el Plaza y a la semana siguiente viajaste a Europa. Imagino que los rusos decidieron encargarse personalmente del asunto.

Sam sabía que Sasha prefería vengarse por sí mismo.

—La sorpresa llegó cuando te vi en los ensayos del Palacio de Congresos. Jamás comprenderé como escapaste de sus garras —confesó el diseñador—, pero esto aún no ha acabado, ahora conocen tu nombre y tu dirección.

En ese momento fue Sam quien ríó a carcajadas.

Carl Stewart se quedó impactado ante aquella reacción, no estaba acostumbrado a que nadie se riera a su costa, y mucho menos después de su confesión.

—¡A partir de ahora serás tú quien corra a esconderse! —le gritó Sam con suficiencia y continuó riéndose— ¿Cuánto hace que no sabes nada de Sasha? ¿Una semana?

El diseñador lo miró contrariado.

—La Kgb lo detuvo por intentar manipularlos. Se pasará una larga temporada en Siberia.

A Carl se le cambió el semblante al oír aquello.

—Lo que aún no sabe la Kgb es que alguien más intentó engañarles. Alguien cuyo padre asesinó a decenas de rusos en la batalla de Stalingrado. Estoy convencido de que les interesará saber tu nombre.

—¡Maldito engendro del demonio! —exclamó Carl golpeando con fuerza el cristal.

—En cuanto salga de aquí me pondré en contacto con ellos —le aseguró Sam—. Estás en un callejón sin salida, Carl Stewart —añadió saboreando el momento—. A partir de ahora tienes dos opciones: o pasarte el resto de tu vida en la cárcel confesando en el juicio el asesinato de Jennifer o quedar libre mientras en la calle te espera la Kgb.

Carl Stewart se abalanzó sobre el cristal y le pegó un fuerte cabezazo.

—Contrataré a quien haga falta —le aseguró el diseñador mientras la policía se lo llevaban a rastras—. No te librarás de mí tan fácilmente. El que se la juega a Carl Stewart se la paga —continuó gritando mientras lo sacaban de la sala.

—Tranquilo, amigo —le dijo el investigador que esperaba tras él—. Todos amenazan cuando se sienten desesperados.

Sam asintió satisfecho.

A la salida de la cárcel, el agente hizo una llamada, y Sam fue a la comisaría a realizar una declaración firmada ante la Interpol de todo lo que había sucedido durante el viaje.

—Coge ese avión mañana y olvida todo lo que has vivido —le recomendó el inspector.

—Eso es fácil de decir y difícil de hacer —respondió Sam.

—Avísame si algún día regresas a París.

—En el próximo viaje elegiré otro continente.

El agente asintió con una sonrisa.

—Buena suerte, amigo —le dijo estrechando su mano.

Sam salió de la comisaria y volvió al hotel.

Al día siguiente regresó a Nueva York tras aquellas vacaciones que no olvidaría el resto de su vida.